

ALBERTO VALERO MARTÍN

CASTILLA MADRE  
SALAMANCA

DE LA TIERRA  
DE LAS PIEDRAS  
Y DE LOS HOMBRES



RENACIMIENTO  
MADRID

OFICINA TÉCNICA  
DE  
ESTUDIOS POLÍTICOS

Centímetros

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

Blue

Cyan

Green

Yellow

Red

Magenta

White

3/Color

Black

© The Tiffen Company, 2007

TIFFEN

Color Control Patches



JT  
COM

CASTILLA MADRE  
SALAMANCA

+ 37137  
C.



ALBERTO VALERO MARTÍN



# CASTILLA MADRE SALAMANCA

(DE LA TIERRA, DE LAS PIEDRAS Y DE LOS HOMBRES)

VERSOS DE DON MIGUEL DE UNAMUNO,  
DE GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA, DE  
FRANCISCO VILLAESPESA, DE SALVADOR  
RUEDA Y DE EDUARDO MARQUINA



RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1916

---

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29, teléf. 14-30.—Madrid.

## SEÑOR DON SANTIAGO ALBA

*Mi querido amigo:*

*Por el ferviente y hondo amor patriótico que yo puse en estas páginas al escribirlas, pensé, desde luego, en dedicárselas á un político.*

*Ha llegado el momento de escribir la dedicatoria, y me he encarado, revestido de la mayor serenidad posible, con el recuerdo de los personajes más visibles en el rétablillo de nuestra política.*

*Y me he puesto un poco triste .. En el horizonte espiritual de España — cuyas zonas artísticas están hermosamente cuajadas de claros luceros — apenas si brillan, con fulgores propios, más de tres astros en la zona donde acampan los políticos.*

*Melquiades Alvarez parece un excelente divo de ópera italiana. Cierva el protagonista de una tragedia bufa. Lerroux un personaje de novela picaresca. Los demás, en su mayoría, gentes de una dura y grosera corteza espiritual; almas sin desbaste, hombres de una absoluta insensibilidad literaria y sin ninguna curiosidad estética; caciquillos, en fin, sin emoción, sin cultura y sin talento.*

*Quedan tres, aparte y en pie, y yo muy reverente ante ellos: D. Gumersindo Azcárate, D. Antonio Maura y Montaner y usted, ilustre D. Santiago.*

*Usted, nacido en Zamora y criado en Valladolid, paréceme el más indicado para recibir la pobre ofrenda de estas como oraciones fervorosas que ha despertado en mi corazón mi amor por Salamanca.*

*Cantos á la vieja y dorada ciudad evocadora y doctora, han de hallar un eco hermano en el espíritu de un hombre que ha abierto los ojos al mundo en el glorioso solar de Doña Urraca, campo heroico de nuestro romancero, y que ha vivido su ruda y altiva mocedad en el antiguo infantazgo de Valladolid, el más rico y vasto de Castilla.*

*Vayan, pues, á usted, querido Don Santiago, que tan bien sabrá comprenderlas, estas páginas impregnadas de mi amor á nuestra tierra madre, que es Castilla, la fuerte y la inmortal.*

*Le abraza afectuosamente,*

ALBERTO VALERO MARTÍN



## SALAMANCA

Alto soto de torres que al ponerse  
tras las encinas que el celaje esmaltan,  
dora á los rayos de su lumbre el padre

Sol de Castilla;

bosque de piedras que arrancó la Historia  
á las entrañas de la tierra madre,  
remanso de quietud, yo te bendigo,  
¡mi Salamanca!

Miras á un lado, allende el Tormes lento,  
de las encinas el follaje pardo  
cual el follaje de tu piedra, inmoble,  
denso y perenne.

Y de otro lado, por la calva Armuña,  
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,  
y entre los surcos al morir la tarde  
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego, la esperanza duerme,  
de otras cosechas y otras dulces tardes;  
las horas al correr sobre la tierra  
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,  
de las cosechas del pensar tranquilo  
que, año tras año, maduró en tus aulas,  
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,  
y es el tranquilo curso de tu vida  
como el crecer de las encinas, lento,  
lento y seguro.

De entre tus piedras seculares, tumba  
de remembranzas del ayer glorioso,  
de entre tus piedras recogió mi espíritu  
fe, paz y fuerza.

En este patio que se cierra al mundo  
y con ruinoso crestería borda  
limpio celaje, al pie de la fachada  
que de plateros  
ostenta filigranas en la piedra,  
en este austero patio, cuando cede  
el vocerío estudiantil, susurra  
voz de recuerdos.

En silencio fray Luis quédase solo  
meditando de Job los infortunios,  
ó paladeando en oración los dulces  
nombres de Cristo.

Nombres de amor y paz con que en la lucha  
buscó confort, y arrogante luego  
á la brega volvióse amor cantando,  
paz y reposo.

La apacibilidad de tu vivienda  
gustó, andariego y soñador, Cervantes;  
la voluntad le enhechizaste y quiso  
volver á verte.

Volver á verte en el reposo quieta,  
soñar contigo el sueño de la vida,  
soñar la vida que perdura siempre  
sin morir nunca.

Sueño de no morir es el que infundes  
á los que beben de tu dulce calma,  
sueño de no morir ese que dicen  
culto á la muerte.

En mí florezcan cual en tí, robustas,  
y en flor perduradora, las entrañas,  
y en ellas talle con seguro toque  
visión del pueblo.

Levántense cual torres clamorosas  
mis pensamientos en robusta fábrica,  
y asiéntese en mi patria para siempre  
la mi Quimera,

Pedernoso cual tú sea mi nombre  
de los tiempos la roña resistiendo,  
y por encima al tráfago del mundo  
resuene limpio.

Pregona eternidad tu alma de piedra  
y amor de vida en tu regazo arraiga,  
amor de vida eterna, y á su sombra  
amor de amores.

En tus callejas que del sol nos guardan  
y son cual surcos de tu campo urbano,  
en tus callejas duermen los amores  
más fugitivos.

Amores que nacieron como nace  
en los trigales amapola ardiente  
para morir antes de la hoz, dejando  
fruto de sueño.

El gesto amargo del Digesto hastioso  
junto á las rejas se enjugaron muchos,  
volviendo luego, corazón alegre,  
á nuevo estudio.

De doctos labios recibieron ciencia;  
mas de otros labios palpitantes, frescos,  
bebieron del Amor, fuente sin fondo,  
sabiduría.

Luego en las tristes aulas del estudio,  
frías y oscuras, en sus duros bancos,  
aquietaron sus pechos encendidos  
en sed de vida.

Como en los troncos vivos de los árboles,  
de las aulas así en los muertos troncos  
grabó el Amor por manos juveniles  
su eterna empresa.

Sentencias no hallaréis del Tribóniano,  
de Peripato no veréis doctrina,  
ni aforismos de Hipócrates sutiles,  
jugo de libros.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,  
Carmen, Olalla, Concha, Blanca ó Pura,  
nombres que fueron miel para los labios,  
brasa en el pecho.

Así bajo los ojos la divisa  
del Amor, redentora del estudio,  
y cuando el maestro calla, aquellos bancos  
dicen amores.

¡Oh Salamanca, entre tus piedras de oro  
aprendieron á amar los estudiantes,  
mientras los campos que te ciñen daban  
jugosos frutos.

Del corazón en las honduras guardo  
tu alma robusta; cuando yo me muera,  
guarda, dorada Salamanca mía,  
tú mi recuerdo.

Y cuando el Sol al acostarse encienda  
el oro secular que te recama,  
con tu lenguaje, de lo eterno heraldo,  
di tú que he sido.

MIGUEL DE UNAMUNO

## Á SALAMANCA

De ajenas perfecciones envidioso y rendido,  
desde patrias del Norte, Salamanca, he venido  
á acogerme al amparo de tu quietud austera,  
y eres para mi alma como una primavera.  
Huelés á incienso y sueñas á gaita y tamboril;  
de la sabiduría eres huerto y pensil.  
Dormidas en la entraña de tu desabrimiento,  
hay voces que responden dentro del : ensamiento  
con suavidad de miel y de pan castellano  
á todo lo que existe de profundo y de humano  
en la seca, abrasada, atormentada arcilla,  
que es barro de mi carne, porque nací en Castilla.  
Cierto que entre las frondas se duerme la inquietud,  
que son monte y pradera, equilibrio y salud...  
pero sin inquietud ¿de qué vale la vida?  
¿Y qué hemos de lograr con el alma dormida?  
¡No, no... despierte el alma y cumpla su destino;  
fatiguese pisando el polvo del camino;  
tenga sed, sufra de hambre, trabaje, caiga, ansie;  
abrasada de Sol, hacia el Sol desvarfe;  
saque de su aridez de tierra castellana  
la fragancia inmortal, la gracia sobrehumana;  
diga: «Yo soy mi tierra y doy del polvo, trigo;  
con mi sudor lo riego, y Dios está conmigo.»  
Ciudad loca de sol, de ciencia y de heroísmo,  
bajo tu guarda dejo lo mejor de mí mismo;  
custodia mi inquietud, sazona mi locura,  
tú que sabes hacer de sinrazón cordura.

Salamanca: por la lección que me dictaste,  
por la severidad con que me adoctrinaste,  
por tu pan y tu piedra de corteza dorada,  
te doy el corazón, y aún creo darte nada.

G. MARTÍNEZ SIERRA

## SALAMANCA, ¡MADRE NUESTRA!

Son tus piedras cual ubres empapadas de ciencia,  
saturadas de ritmo, de vigor y elocuencia,  
que han nutrido la raza de un licor maternal;  
de tus piedras formadas con remotos vestiglos,  
han bebido la leche de la vida los siglos  
que te han vuelto una vasta sementera ideal.

Aún susurran tus piedras la interior armonía  
de tu antiguo venero de sublime poesía;  
tus palacios, tus templos, tienen eco, luz, voz;  
cual fonógrafo histórico te quedaste encantada  
repiteando á los hombres tu poesía sagrada  
que atraviesa las almas como río veloz.

Como clueca gigante de alas nobles y puras,  
que caldea los claustros de las aves futuras,  
difundiendo en el nido su perfume vital,  
en tu seno de asombros, ¡oh gran loba maternal,  
empolló el ígneo ovario de tu cátedra eterna  
las bandadas de espíritus con tu ardor inmortal.

Ancho río de hombres fué el hervir de tu fuente,  
que partió en cien raudales su fecundo torrente  
y cubrió todo el mundo de un inmenso laurel;  
tú enseñaste á los hombres, Salamanca divina,  
á que fuesen abejas de una luz peregrina  
y á que cada alma hilase su áurea gota de miel.

Inspirada Sibila de los tiempos remotos,  
no son rotos tus plintos ni tus dioses son rotos;  
tu viril semillero tuvo audaz sucesión;  
aún se escucha en tus cátedras á los altos doctores

y aún se siente cual eco de una abeja entre flores  
la divina palabra de Fray Luis de León.

En tus clásicos muros suenan líricos coros;  
si estrujasen tus bloques dieran versos sonoros;  
no podrás extinguirte ni jamás fenecer:  
de Fray Luis á Meléndez corre un puente encendido,  
de Galán hasta Horacio vibra un son transmitido;  
no ha cesado tu fuente de correr y correr.

Se alimenta tu verso de la savia latina;  
de Virgilio y de Horacio la cigarra divina  
por el cable del ritmo le transmite su son;  
y al través de tus líricos la cigarra resuena,  
la cigarra los hincha, la cigarra los llena  
y susurros de vinos son ardiente canción.

Salamanca doctora, profetisa inspirada;  
de tu Meca despide para toda cruzada  
sabios, héroes, poetas coronados de luz;  
á ti vuelve los ojos nuestra raza rendida;  
dale tu fuerte savia, dale tu inmensa vida  
y que á todos sus triunfos lleve en alto la cruz.

A beber van las almas á remotas cisternas  
cual si hubieses secado tus corrientes eternas;  
es más claro que nunca tu veloz manantial;  
nunca fué más fecunda tu virtud prodigiosa,  
nunca fué más latente tu eficacia gloriosa;  
¡ya encastada de siglos, eres vivo inmortal!

Tu raíz es tan honda, que recorre y enlaza  
todo el plano glorioso del solar de la raza;  
no hay poder, Salamanca, que te hiciera morir;  
si de ti se tirase cual de planta frondosa,  
toda España sería tu raigambre grandiosa,  
¡pan inmenso de tierra que el mar viene á ceñir!

Salamanca sublime, Salamanca maestra,  
la de nombre profético, la ideal madre nuestra,  
la doctora, la sabia, la del jugo español:  
entre tantas ciudades donde Dios ríe y canta,  
no hay ninguna más sobria, más severa, más santa,  
más altiva, más noble, más dorada del Sol.



## Á SALAMANCA

Fuerte y sola ciudad castellana,  
huesos nuestros en urna romana,  
y basílica en campos de trigo:  
no le dan á tu fe soberana  
las playas alagos, las peñas abrigo;  
en tu acción violenta y humana  
sólo quieres á Dios por testigo...  
Y estás ola en los llanos que adoro,  
como el magno crisol de la raza:  
Salamanca, de piedras de oro  
custodia y coraza.  
Salamanca, te has hecho á ti misma  
como un vasto milagro, y por verte  
triunfadora hasta el fin de la muerte,  
la caricia del Sol que es tu crisma...  
Quemóse tu sangre del Sol excesivo  
que calcina la vasta llanura;  
quemóse tu sangre, tu espíritu vivo  
se nutre y endurece  
de tu propio vivir solitario:  
ni muriendo serás sepultura  
ciudad de oro, serás relicario...  
De los días que he vivido,  
para conocerte, en tí,  
traigo el ánimo rendido,  
y que es prematuro el canto con que te celebro, cuido,  
porque la voz en el alma se me apagó, con el ruido  
de los ecos inefables que en tus calles sorprendí...

Sorprendí en las paces de esta tu llanura castellana  
tu grito de vida, cuando tus estudiantes de antaño  
grababan en la tarima carcomida de su escaño  
los nombres de sus amores en pulcra letra italiana.  
Y esta eres tú; la reseca  
llanura da una flor roja: tu recia piedra serrana  
abre al reclamo de un pecho las juntas de sus sillares  
y el florido garabato  
de la reja, en que una dama fía y arriesga el recato,  
hace de tu noche un templo, de tus ventanas altares.  
No hay guerrero en tus capillas,  
bajo el arco funerario de cincelados primores,  
que no guarde entre sus manos la espada de sus Castillas;  
pero, dormida, á su lado, la dama de sus amores...  
En el cuero de las botas montaraces, las horquillas  
de las espuelas inscrustan su aventurero sonido;  
y el charro que pasa, erguido  
sobre la silla cocera de su violenta jaca,  
luce airosa, como un dejo de tu gracia salmantina  
la camisa, bien calada de una mano femenina,  
sobre el aforro inflexible del cinto de media vaca.  
Tu empuje de tierra llana no quiere, para el camino,  
caudillo que le sujete:  
le basta la banda blanca de un pañuelo femenino  
para engarzarse la chapa de acero del corselete...  
Y como si ellos quisieran poner sobre sus escudos  
la gracia de sus mujeres más que los emblemas rudos  
de la vida de batallas que están llevando por ellas,  
tus nobles, cuando á la guerra se parten en sus corceles,  
cifras de amores ostentan grabadas en sus cuarteles.  
¡Tus Maldonados, sus lirios; tus Fonseca, sus estrellas!  
¡Y así te veo, divina Salamanca hechizadora,  
afinado el trazo rígido de tu perfil castellano  
en una amante sonrisa: tu fuerza dominadora  
replegándose en un arco del seiscientos italiano!  
Y así te veo, en la hora  
dulcemente vespertina  
cuando el Sol, que está poniéndose en la lejanía, dora  
la recamada silueta de tus líneas de hornacina.  
¡Va á ser de noche... y te veo

en un fulgor de apogeo,  
Salamanca, ardiendo toda de aquella lumbre postrera;  
mientras te veo, te adoro,  
dorada joya en el manto de mi Castilla guerrera,  
cual si viéndote estuviera  
entre los hilos trenzados de una filigrana de oro!  
¡Salamanca, adiós te queda, rica de lo que has vivido,  
rica en el pasmo glorioso de tus sillares en flor;  
yo también, de haberte visto, me alejaré enriquecido  
que en el corazón me llevo con el tuyo un nuevo amor!  
Imagen chapada de oro del ideal castellano:  
poco valgo; pero quiero  
antes de pasar tus muros, á tus plantas, de mi mano,  
rendir mi verso, señora, como una espada de acero!  
Con él logré celebrarte rimando el deslumbramiento  
con que te he visto, ciudad de nuestro Renacimiento:  
¡y sea mi premio, cuando después de cantarte, muera,  
un vitor sobre tus piedras, como los grababan antes  
en tinta imperecedera,  
las turbas enloquecidas de tus francos estudiantes!

EDUARDO MARQUINA



## SALAMANCA

Cuando la sombra de tus venas fluye  
en la fragancia musical del viento  
crepuscular, huir la vida siento  
por los ojos, sin ver adónde huye.

Y me encuentro perdido en las marañas  
obscuras de tus lóbregas callejas,  
entre los hilos de leyendas viejas,  
como en red de invisibles telarañas.

Y apoyada la diestra sobre el hierro  
de la espada, mi altiva frente agacho  
y me descubro al ver pasar mi entierro...

Y tras su sombra de un rumor de seda  
camino, retorciéndome el mostacho,  
como el Don Félix que cantó Espronceda.

FRANCISCO VILLAESPESA



## Á MANERA DE PREFACIO

SALAMANCA.—CASTILLA.—LA CIVILIZACIÓN Y EL SENTIMIENTO.—EL ALMA DEL PAISAJE CASTELLANO.—EL ORATORIO Y EL HUERTO DE FRAY LUIS.—CANCIÓN DE ESPERANZA.

Pocas veces, lector, me he sentido tan emocionado, tan conmovido como ahora. Pocas veces me ha rebrincado tanto el corazón. Pocas veces me ha estremecido el lírico, el divino temblar del alma, tan sutil y tan misterioso, tan vivo y tan poético, como está estremeciéndome en este instante. Las líneas que voy trazando son las primeras de mi libro á Salamanca, y yo quisiera hacer de este libro el mejor de los míos, algo como un breviario de amor, donde henchidos de un alto sentimiento, fuerte y armonioso, alentasen en la entraña romántica de estas prosas mis madrigales más apasionados á las rejas antiguas de la ciudad y mis elegías más desoladas á estas piedras áureas y bermejas que tan misteriosamente hablan á mi espíritu de glorias y de esplendores pretéritos. Yo quisiera que mi libro—condenado, como mío, á nacer feo y

deforme, desnudo de los brillantes arreos que yo anhelara prestarle, y á caminar á tientas entre la obscuridad de mi insuficiencia y á estrellarse, tal vez, en el rocoso y profundo abismo donde arroja la crítica comadrona á cuantos engendros literarios nacen sin la precisa robustez para la vida—; yo quisiera, repito, que mi libro fuese digno de esta doctora y evocadora Salamanca, de esta gloriosa ciudad dorada y vieja, de la que dijo Cervantes que quien una vez ha gozado de su apacibilidad queda con el afán de tornar luego; de esta amadisima ciudad famosa, la de las encrucijadas típicas, la de los rincones maravillosos, la de las casonas hidalgas, con sus escudos nobiliarios y sus rejas de forja peregrina y sus zaguanes espaciosos y umbrios; de esta austera y callada ciudad, en la que dijérase que alienta todavía, briosa y fuerte, el alma aventurera de la raza, el alma de aquella Castilla grande, sabia y guerrera; de esta Salamanca terruñera y altiva, que espeja sus torres centenarias en el claro cristal del Tormes, y allí, en el fondo encantado del río, parece adormida, arrullada por el lento cantar del agua, que á las veces suena blando y amoroso, como un madrigal clásico, y á las veces hosco y orgulloso y rudo, como el viejo ritmo marcial de nuestro romancero castellano; de esta bella ciudad, plantel antaño de hampones y de caballeros, cuna de nuestra hidalguía y de nuestra picaresca, donde vagaron teólogos y rufianes, escolásticos y tapadas, bachilleres y rodrigones; donde fray Luis—á quien mejor que á Herrera cuadraría el sobrenombre de divino—cantó la vida de campo; y Celestina adobó tantas fingidas doncelleces, y vivieron la nobleza y la sabiduría juntas con la briba y la gallofa cabe este transparente



Tormes, elogiado por el enamorado y valiente Garcilaso; de esta ciudad, en fin, que es poesía hecha piedra por el milagro de artistas grandes, y es piedra tornada en oro por el beso sagrado de los siglos...

Salamanca—joya la más valiosa de aquella tierra castellano-leonesa—trae á mi alma, además, el recuerdo de la Castilla antigua. Yo amo á Castilla, lector, con una exaltación ferviente. Y ahora, escribiendo de ella, llénome de una emoción extraña. No sé si es congoja ó si es delicia, latir de esperanza ó sabor de llanto, que Castilla, en los espíritus de los que sabemos venerarla intensa y arraigadamente, trae á nuestro ánimo todas estas contrarias y fuertes sensaciones: la delicia de amarla y de vivirla y la congoja de verla olvidada y desventurada; la tristeza de que no es ya aquella tierra fecunda y madre, y la esperanza confortante y bendita de que volverá á serlo, de que volverá á reinar en el mundo, recia y señora, austera y noble, hidalga y generosa y valiente, como reina en el fondo secreto de nuestro corazón, en el que siempre tiene levantado un altar, y frente al altar una inextinguible lámpara votiva alimentada por lo mejor y más puro de nuestro sentimiento, en recuerdo á las gloriosas y famosas y antañonas grandezas de la raza.

¡Castilla! Este solo nombre tiene para mí un poder benéfico y brujo. Con sólo pronunciarlo con el respeto y el amor que debemos pronunciarle todos, éntrase en mi sentido, por misteriosos y milagrosos caminos espirituales, por esos escondidos caminos del alma, rítmicos como una estrofa y fragantes como un rosal, el recuerdo áureo y luminoso de nuestra historia y de nuestras tradiciones. Castilla quiere decir fe; Castilla quiere decir heroísmo; Castilla quiere decir

amor. Esta gloriosa trinidad de su viejo espíritu hizo de Castilla el primer pueblo del mundo. Y se concibe bien que así fuera, porque el heroísmo y el amor y la fe son las tres grandes arterias por donde circula vigorosa la sangre sana y roja de los pueblos fuertes, y si hoy languidecemos, si hoy agonizamos, es por esto, precisamente por esto; es porque han emigrado de nuestras almas escépticas, egoístas y cobardes, las altas virtudes cívicas de nuestros gloriosos y esforzadísimos abuelos; es porque nos falta la fe y nos falta el amor y nos falta el heroísmo...

Abundan, y yo creo que por desventura nuestra, los que nos aconsejan cerrar los ojos al pretérito para no contemplar sino el presente y escudriñar el porvenir. Bien está lo de plantarse de cara hacia el porvenir—que representa el mayor bien para el futuro de la raza —; pero mal, muy mal, impecablemente mal, lo de cerrar los ojos al pasado. Un grande y eminentísimo pensador, para cuya memoria guardo una devoción tan sincera como respetuosa, tuvo — á mi juicio — la equivocación de aconsejarnos cerrar con doble llave el sepulcro del Cid. ¡No, y mil veces no, señores! ¡Dejemos de par en par abierta la losa de su sepultura, y que el famoso Rodrigo de Vivar vuelva á guerrear por tierras de España, heroico y recio bajo su férrea armadura, teñida del sol y de la sangre de cien batallas gloriosas, al galope Babieca, y en alto y tajadora y rápida su tizona invencible .. Miremos de reanimar el cadáver del Cid; infiltrémonos de su aliento épico y esforzado; volvamos á plantarle á horcajadas sobre su caballo de guerra, y tratemos—como pregoná nuestro romancero inmortal—de que siga Rodrigo ganando batallas después de muerto, cosa más

difícil ahora que antes, porque ahora—y esa es la disolvente y funesta labor de nuestro escepticismo—el inclito castellano, el fiero y arrogante león español, el Cid famoso, está más muerto que nunca.

A un pueblo como el nuestro, que tiene en su historia un modelo de pueblos tan grande, tan alto y lozano como la Castilla de antaño, no puede ni debe decirsele que aparte los ojos de sus grandezas pasadas, sino, por el contrario, que aprenda de ellas y se enorgullezca de ellas, y que siempre las ame y siempre las imite, porque cuando un pueblo culmina como culminó Castilla, la de los guerreros, la de los poetas, la de los místicos, debe tener siempre ante su vista el ejemplo de su tradición ejemplarísima, aunque convierta también los ojos hacia el presente y hacia el porvenir; pero siempre mirando al pasado, que le ofrece tan bravas y tan jugosas enseñanzas, porque el tiempo no se recorre á saltos, sino á paso de andadura, y los siglos son eslabones de una misma cadena y no se debe separar unos de otros los eslabones y arrojarlos al desván de las cosas inútiles, lo que parece más estúpido todavía si pensamos que somos un pueblo pobre y que esos viejos eslabones de nuestra cadena son de oro rico y macizo.

Se ha renegado del Cid y del Quijote, y yo creo que con ello se ha profanado á la raza. Seamos un poco á lo Cid y un poco á lo Quijote; aprestémonos con arrogancia á todas las luchas y á todas las aventuras, y en nuestros reveses y en nuestros descabros fíemos siempre en nuestro propio brazo y en nuestro propio corazón.

Allá va el caballero de la Triste Figura, enhiesta la bandera de sus sueños, ñe camino en camino y de ha-

zaña en hazaña. Le burlan los zafios y los venteros. Le apalean los yangüeses. Le pagan con ingratitud los galeotes. Pero, ¡qué importa! El lleva el corazón en alto, y enarbolado, erguido, glorioso, el romántico airón del ideal...

Pongamos sobre nuestra cabeza, loca y soñadora—mente, el anhelado yelmo de Mambrino, aunque la prosa de la vida no nos depare más que una bacía de barbero, y no renunciemos á nuestro desear la gloria y á nuestra desatada fantasía. Si á esto hemos de renunciar, si prescindimos de este aliento grande y generoso, de esta sed de lucha y de justicia, de este anhelo de cosas excelsas y divinas, ¿qué valdrá lo que nos quede? ¿Seremos más felices si abandonamos nuestros sueños de gloria y nos hacemos cucos, discretos y cobardes? ¿Tendrá más eficacia para nuestra dicha el asegurarnos, por los vergonzantes caminos de la intriga y la recomendación, tres comidas al día, dos trajes cada temporada y una cama donde dormir—donde dormir, no donde soñar—bajo techado? Yo sé que esto les basta á muchas gentes; pero puedo asegurar, en nombre de todos mis cofrades en la idealidad lírica, en el absurdo caballeresco y en las extravagancias gloriosas, que eso no puede bastarnos á los poetas.

Tampoco el solo afán de civilización puede bastarnos. La civilización—aun tan esplendorosa en todos los órdenes científicos como ha llegado á serlo en estos tiempos—no es suficiente á calmar esta implacable y rabiosa sed del alma. La civilización es cosa cerebral. La civilización son los automóviles, y los aeroplanos, y la telegrafía sin hilos. La civilización es una reina poderosa, la más poderosa reina del mundo, cuyo bri-

llante y conquistador ejército va hacia adelante siempre, ebrio de nuevas conquistas maravillosas, mirando pocas veces hacia atrás y avergonzándose del pasado las más de las veces que le mira. La civilización es el cerebro, pero no es el sentimiento, en el sentido que algunos locos damos á esta palabra. Los civilizados, cultivados en demasía, sólo miran hacia adelante. Los sentimentales, un poco salvajes, miramos muchas veces hacia atrás. Y es que nosotros miramos á los hijos nacidos y por nacer; pero recordamos á la madre muerta, á la madre bendita cuya evocación adoramos religiosamente, y en cuya sepultura dejamos las mejores rosas del rosal de nuestro corazón, para que ella sepa que siempre, á través del tiempo y la distancia, nosotros la recordamos y la amamos y la bendecimos.

La civilización, por hipotecarnos el cerebro demasiado, olvida más de la cuenta el sentimiento. Aquí se está cantando el paisaje de Castilla. ¿Creéis de verdad que puede alguien ahondar en el alma misteriosa del paisaje recorriéndole en uno de esos automóviles de sesenta por hora? No. Así nadie puede entender ni amar el paisaje. Así no puede conocerse ni se puede hablar de él. Es decir: como poder hablar se puede, y bien lo están demostrando las tonterías que á diario dicen de este mismo paisaje de Castilla los que sólo le han visto desde el tren, que es cosa de civilización...

El alma del paisaje castellano es de un ritmo lento y escondido, de una palpitación fuerte y sosegada, de un alentar austero y grave, como las tonadas de sus gañanes, que repugnan la ligereza de las seguidillas; como sus romances castizos y gloriosos, de tono bien distinto al nerviosismo morboso de otro linaje de poe-

sías; como el centenario cantar de estos anchos ríos serenos que lamen los muros vetustos de las viejas ciudades castellanas.

Esta tarde misma me he llegado hasta el huerto de fray Luis. El paisaje irradiaba una lozana y jugosa alegría primaveral. El campo, henchido de verdor, de vida robusta, lleno de vigor y de fuerza, lleno de emoción y de poesía, estaba hermosamente alegre. Pero su alegría era seria, si me permitís esta frase. Era la suya como esa alegría festera de los pueblos de Castilla, que nunca llega á ser estrepitosa. Era como una bendición á la vida, como una gloria de vivir, como una delicia de cielo azul y pródigo sol y tierra florecida. Era todo esto, que se traducía en los trinos bulliciosos de los pájaros en las copas de los árboles, y en el alegre cantar del agua en los regatos transparentes. Pero no era fanfarrona su alegría, ni ruidosa, ni cascabelera, era seria, en fin.

A la mano derecha extiéndose, ondulante, acariciada mansa y amorosamente por el Tormes, una verde y mullida ribera que, de trecho en trecho, recúbrese de unos álamos esbeltos, amables, como esos otros de los paisajes de égloga. En las amplias praderas alegres, entre las alamedas y el camino, rumiaban la fresca y húmeda hierba unas ovejas dóciles y clamorosas y unos potros nerviosos y cerriles. Las alamedas, que traían al sentido como una promesa de frescura y de paz, espejábanse en el cristal del Tormes con el amor que se espeja en el corazón de un hombre el recuerdo de una mujer, y el Tormes, tal que un poeta enamorado, para todas las alamedas tenía un madrigal...

Tendidos en la llanura, en la ancha vega del río,

pueblos y casas de labor... Al fondo yérguense, azulinos y lejanos, como entre una bruma de ensueño, los riscos de la sierra de Béjar, picudos y orgullosos, empenachados de pura y brillante nieve, un poco rojiza al Sol...

A la siniestra mano álzanse unos tesos, terrosos y pardos, con algunas venas bermejas, y tras los tesos los viejos campanarios pueblerinos, renegridos y ruinosos, en derechura al cielo, simbolizando nuestro insaciable y eterno anhelo de ideal. En derredor rojean los tejados de las casucas y destacan los portones corraleros de las paneras...

Y ante mí, el largo y serpeante camino, tendido amorosamente sobre el llano, por el que avanzaba un rebaño de ovejas envuelto en polvo, despidiendo el agrio olor de las lanas... Yo no sé dónde iba el rebaño, ni me importaba. Lo importante para mí, era que aquel rebaño fuese hacia donde yo me figurase. Y yo me figuré que iba el rebaño hacia tierras lejanas; pero siempre por caminos y senderos, entre la melodía eglogal de los balidos de las ovejas y los ladridos de los mastines y las esquilas trémulas y las tonadas de los pastores... Es decir: en una peregrinación en verso, porque, como me hacía notar un día el gran poeta Francisco Antón, esos rebaños metidos en los vagones de un ferrocarril, esos rebaños que pudiéramos llamar civilizados, hacen sus peregrinaciones en prosa...

El cielo estaba muy alto y muy azul. El ambiente cálido y oloroso. El horizonte, este incomparable horizonte de Castilla, transparente como un limpio fanal y lejano como una loca esperanza. El llano era como una hoguera de Sol. El camino, como un centelleante

reguero de viva y rojiza luz. Jadeaba mi potro fatigado. Un grave y romancero cantar, de tonos pausados y somnolientos, acostábase sobre los llanos en siesta... Cruzaba yo el arenal...

El crujir monorrítmico de la aceña solicitó un momento mi atención. Ya sabéis que cercana á la aceña está la granja. Sobre los tejados de la granja y de la aceña, revolaban unas bandadas de palomas manchando de blanco el glorioso azul del cielo, persiguiéndose con graciosos revuelos de amor, trascendiendo á una delicia rústica y epitalámica...

Frontero con la aceña álzase un pequeño edificio, de fábrica vieja y sencilla. Sus piedras, doradas por el sol de los siglos y un poco destruidas por la acción devastadora de las aguas, hablan al espíritu un lenguaje romántico, de misterio y de emoción. Aquellos muros encierran el silencioso oratorio de fray Luis. Aquel recio portón formidable conduce á la sagrada cripta, de la que transciende un aliento de muerte, de reposo, de frío y de humedad...

Dejé el potro al cuidado de un mozo del molinero, y, mudo y descubierto, penetré en el oratorio del excelso poeta. De las paredes penden unos grandes y antiguos lienzos ungidos de misticismo cristiano. Yo no podría asegurar que esos cuadros sean maravillosos como obra de arte. Lo que puedo afirmar es que me lo parecieron. Llevaba el ánimo propicio á encontrarlo todo dulce y penetrante, todas las cosas bellas. El silencio de la tarde, rítmico y hondo, el blando suspirar de las ramas de los árboles, la queda y fugitiva canción del río, aquel ambiente de recogimiento y de intimidad que incensaba el oratorio y el recuerdo espiritualísimo de fray Luis, habíanme lle-



nado de unas suaves ansias de amarlo y admirarlo todo...

La cripta y el oratorio han estado, varias veces, á pique de ser destruidos por las crecidas del río Tormes. Pero el dueño de esta finca, el marqués de Puerto Seguro - cuyo elogio es bien justo consignar aquí—, con un respeto al gran poeta clásico y un exquisito sentido de arte poco frecuentes entre nuestros aristócratas, no ha escatimado gasto ni sacrificio alguno para que todo viniese á quedar en su primitivo estado.

A poco, á caballo otra vez, entraba yo en el famoso huerto. Los árboles, plétóricos de áureos y olorosos frutos, extendían sus verdes ramas hacia mí. Sentíame como envuelto en un aroma de vida jugosa y retirada, silenciosa y grave. Reía la fuente con su risa de perlas y de cristal, tal que bendiciendo el silencio y el reposo. Dijérase que canta en ella todavía la entrañabilísima canción de fray Luis, que aún repite los versos luminosos y eternos que tan á maravilla supo descifrar el poeta en su comunión espiritual con la fontana pura... Todo era frescura y sosiego... Sí. Allí estaban los versos de fray Luis, cantando en el cristal del agua y temblando en las ramas de los árboles, como siempre, como antes y después de ser escritos, como los bebió el alma poética y sedienta del maestro... Aún parece que riman, repitiendo el motivo:

Qué descansada vida...

Allí la fontana pura, allí la cumbre airosa, allí el suave y no aprendido cantar de las aves, allí la esperanza del fruto cierto, allí el aire meneando los árboles con un manso ruido; allí, en fin, el rincón escon-

dido y fragante, umbrío y rumoroso, donde soñó el poeta...

Pero como el elemento cómico suele ir unido á las cosas más serias de la vida, y siempre lo burlesco es encargado de arrebatarnos el tesoro del éxtasis, yo no pude extasiarme á todo mi placer, porque dos perrazos que tiene el hortelano se abalanzaron sobre mí. Los perros se parecen en muchas cosas á los hombres—digo esto sin ánimo de ofender á los perros—, y aquellos del hortelano, muy defensores de la propiedad—los perros, como muchos hombres, no han leído á Proudhon—, debieron creer que era yo ladrón de fruta del cercado ajeno, y se me venían gruñidores y agresivos. Yo amo á los perros tanto como los amaba Schopenhauer y no quise defenderme. Piqué espuelas al caballo y levantó el galope.

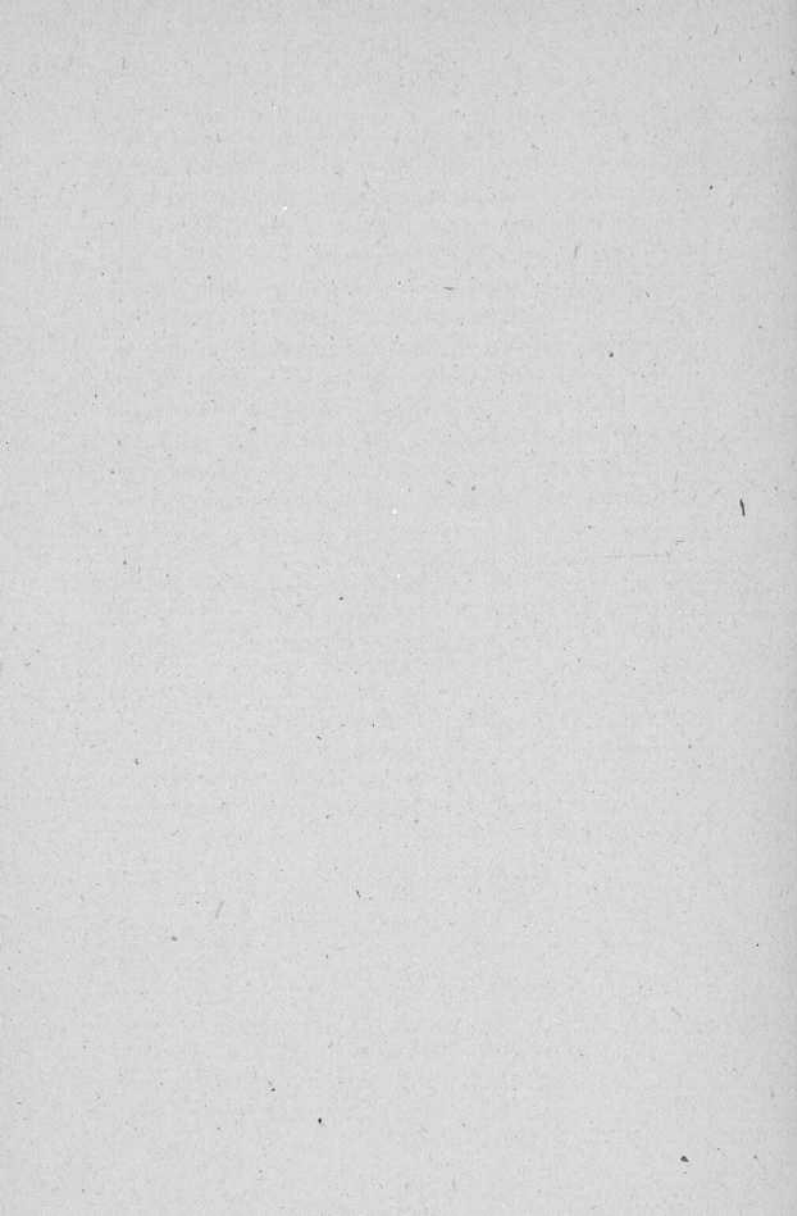
Me aquieté pronto y anduve por otros caminos, cruzando por los prados y cambiando de senderos. Fué desmayando la luz. Agonizaba el sol entre púrpuras. Allá, lejos, erizábase la llanura de rastros oscuros, que en aquella hora de ensueño parecían de un oro milagroso. Azuleaban los lejanos montes. Adquirió el río unos resplandores metálicos y cárdenos. Voló sobre el silencio del llano, en la tristeza crepuscular, una lenta tonada. Era la del retorno de los gañanes. Algo como un rústico himno al reposar de la brega, la que recoge todo los anohecidos el lívido y trémulo lucero vespéral...

Pensaba yo en Castilla, como acostumbro en mis largos y solitarios paseos, y evoqué otros paisajes castilianos, esos paisajes adustos y austeros, místicos y épicos, donde parece que de un momento á otro han de vislumbrarse lanzas de guerreros y hábitos de religio-

sos... Pensé, con pena, que la mayor parte de la Castilla de hoy podría simbolizarse en un páramo maldito y seco, despoblado por el azote del hambre y por la tragedia de la emigración, donde se alzarán, todavía orgullosas, las ruinas centenarias de un castillo... Iba ya poniéndome muy triste, cuando el optimismo llamó reciamente á mi corazón y en él cantó esta canción de esperanza: Castilla, la Castilla pujante y madre, la Castilla de los trovadores, de los soldados y de los místicos, os habla por los labios sagrados de la tradición. Volved á ella los ojos, amadla aún, y Castilla resurgirá y renacerá tan esforzada y tan sabia y tan altiva como la Castilla antañona, la gloriosa y la inmortal... (1)

---

(1) Gran parte de los párrafos de este prefacio corresponden á un discurso que el autor pronunció en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, con ocasión de celebrar aquel Ateneo una fiesta literaria en honor del paisaje castellano. El autor, sin cuidarse de bruñir y perfilar ahora los párrafos de aquel discurso, un poco incorrectos y un poco atropellados, como cumple á lo que en un momento se dice con mediana preparación, ha querido incluirlos aquí, porque piensa que en tal lugar no están, tal vez, mal del todo.



# PRIMERA PARTE

DICE LA VOZ DE LAS PIEDRAS...



# LA UNIVERSIDAD

TARDE DE DOMINGO

La típica y antigua calle de Libreros—donde antaño naciera el sabio astrólogo y donairoso pícaro D. Diego de Torres y Villarroel, catedrático de Matemáticas en esta Universidad famosa, y donde hogaño vive el formidable forjador de espíritus D. Miguel de Unamuno, su actual rector—ábrese ante mí pintoresca y serpeante. Hacia su angosta pendiente dirigense mis pasos aventureros. Muchas de las casucas de esta castiza calle tienen, en sus viejas piedras, ese bello color rojizo y dorado que el sol de los siglos, en fuerza de besarlas larga y apasionadamente, con grande y encendido amor, ha ido poniendo en ellas como una pátina de leyenda y de misterio... Las campanas de la bravísima y evocadora catedral y las campanas de la enorme clerecía, voltean pesada y despaciosamente, rompiendo el silencio en que parecían dormidas estas vetustas callejuelas, vertiendo desde las altas torres unas campanadas broncas, graves, lentas, que dejan en el sentido como un largo eco litúrgico, como un acento medroso de dolor y de ultra-

tumba... Escuchándolas tan elegíacas, tan sollozantes, éntrase por el ánimo un temor incomprensible... Es como un temor del alma, como un sobresalto del corazón, como un triste presentimiento del sentido; todo indeciso y vago, todo esfumado en las nieblas de lo inconsciente, de lo que no se traduce en palabras; pero todo íntimo, penetrante... Es como si estas campanas viejas, de tan bronco y solemne voltear, tuviesen la misión trágica de repetirnos un día y otro día—rompiendo el silencio de nuestra solitaria meditación—que nada somos, sino sombras vagando por el planeta, ciegas y espectrales, empujadas por el implacable ventarrón de la fatalidad hacia negros abismos de dolor ó hacia huertos luminosos de ventura; que hemos de pasar también nosotros, en derechura á un fin ignoto y enigmático, como pasaron el esplendor, el poderío y la pujanza de que nos hablan estos bellos rincones evocadores; que nada somos, sino carne perecedera, barro quebradizo, polvo, en fin, que algún día ha dereintegrarse al polvo de donde salió impulsado por un soplo de vida deleznable y engañosa... El corazón se preña de angustia, el alma se estremece como un pájaro al que hubieran cortado las alas, sentimos en los ojos la picazón del llanto que no llega á brotar, y elevamos la mirada al glorioso azul del cielo como en una desesperada y suplicante interrogación al misterio de la vida y de la muerte... Recordamos algunos sofismas que no nos consuelan; pretendemos baldíamente decir una oración que rezábamos de niños y hemos olvidado de hombres; siguen las campanadas levantando un eco grave y triste en nuestro espíritu, como rumor de húmeda tierra de cementerio cayendo á lentas paletadas sobre la tabla de un ataúd; sigue el



miedo del «más allá» royéndonos en el animo, la alucinación del «ultra» desorientándonos, parece que vamos en tinieblas, tacteando sombras á través de una eterna noche... Pese á nuestro orgullo de valientes, hemos temblado medrosos, y hemos clavado en el cielo nuestra mirada suplicante, y ha preguntado el alma: ¿Qué somos y adónde vamos, Señor?... ¿Hasta cuándo hemos de estar planteándonos esta duda tan terrible?... ¿Qué será de nosotros?... ¿Vamos hacia alguna parte?... ¿De dónde venimos?... ¿Qué será de nuestros amores en la tierra?... ¿Y de esta juventud?... ¿Y de este soñar y desear y anhelar, Señor?...

Nos asimos á la fe como única tabla de salvación; pero á una fe honrada, seria y grande, de puro espíritu cristiano, suave y luminoso y benigno, sedante y consolador; una fe que ya ha emigrado de las gentes, porque ésta que yo quiero ver renacida en mí, para acostarme descansado en ella, es una fe reñida con esta otra de farándula, aparatosa y externa, que cultivan con tan buen éxito comercial los devotos al uso... Es la fe que quiero, como aquella purísima de San Juan de la Cruz, cuando se preguntaba adolorido: «Ay, quién podra sanarme!» .. Es la honda fe de Teresa, cuando desdeña el lujo y esplendor terrenos y vuelve los sedientos ojos á lo alto, en éxtasis... Es la grande y verdadera fe, la que ha de salvarnos, quizá; la única que consuela...

Enmudecen las campanas un momento y quedan en silencio sepultadas estas callejuelas típicas, que tienen como un galano prestigio de leyenda, y en silencio también las altas y altas fuertes torres, llenas de un suave misticismo penetrante y de una altivez romántica y gloriosa...

El sensual milagro de la primavera, juvenil y sabroso, ha llenado las rejas de rosas y de fragancias.

Tras de algunas de estas rejas floridas, rien unos ojos enamorados y suspiran unos sangrientos labios de mujer... Algunos mozalbetes acarician con mano trémula los enrejados hierros, y se miran en aquellos ojos, y se embriagan en la voluptuosidad de las rosas fragantes y encendidas...

En el ambiente laten, con ritmo de misterio y de delicia, los henchidos y jugosos versos de ese divino y eterno poema de la juventud y del amor; laten callados y cordiales, con una palpitación de vida briosa y sentimental...

En este bellísimo escenario, en esta vetusta y áurea Salamanca, hasta las palabras de amor que los mozos se dicen, esas dulces palabras tan leves, tan fugitivas en sentir de los escépticos, tienen como un acento de eternidad, parecen perfumadas con el aroma sagrado de los siglos; es como si un viejo y grande amor, que por todas partes alienta y bulle, refloreciera en nuevos y jugosos brotes; es como si un rosal inmenso, sepultado en polvo centenario, cuajárase por arte de encantamiento y maravilla de infinitas rosas frescas y bermejas... Es algo que no se explica bien; pero siéntese el alma de las cosas fundiéndose en nuestra alma, y se piensa que todo lo que aquí se diga de amor ha de ser eco de una pura verdad, porque es profanación dudar de amor aquí, en esta antañona y amorosísima Salamanca, donde con voz misteriosa y austera hablan estas torres al espíritu del divino amor de Dios, y donde estos trozos de murallas y estas rejas peregrinas y estos umbrosos zaguanes dicen al sentido la

fragancia y el alentar y el fuerte amor de los hombres...

De vez en vez cruzan las callejas los blancos hábitos de un fraile dominico, ó el negro balandrán de un canónigo, ó la garrida figura de un charro, jinete en su buena yegua de vientre, ó las capas luengas, parduzcas y remendadas de estos viejos mendigos pintorescos, socarrones y ladinos, de duros perfiles, de miembros morenos y enjutos, que pasan rezongando sus pedigüeñas salmodias, trascendiendo á páginas picarescas y castizas...

Desciendo por esta calle antigua y famosa, y, al promediarla, una viva emoción, cien veces rumiada en mis divagaciones por la ciudad, detiéneme como apresado en los hilos de oro de los buenos recuerdos.. Es el patio de las Escuelas Menores, solitario y silencioso. Alzase en su centro, modelada en bronce, la venerada y colosal figura de Fray Luis... Parece que su voz suena en nosotros. Dijérase que nos habla de su fecunda y revuelta vida, de sus bregas y de sus afanes, de esta misma Universidad que él amó y enaltecio tanto, y que luego, con un magnífico y elocuente gesto de íntimo desvío á todo lo brillante y aparatoso, nos recita sabia, amorosa y mansamente aquellos versos tan amados:

Qué descansada vida...

De estas Escuelas Menores, la fachada que mira al Norte, la más bella sin duda, debió ser la última que se edificó, á juzgar por el estilo plateresco que triunfa en ella y á juzgar por las imperiales águilas coronadas que aquí se ven esculpidas. Forman esta grácil y linda

portada dos arcos semicirculares, que descansan en su unión sobre una columna, y una sutil y ligera cornisa que resalta sobre los elegantes arcos. El segundo cuerpo, dividido en tres compartimientos por cuatro esbeltas pilastras, presenta tres grandes y hermosos escudos imperiales, bajo otros tantos arcos labrados, sobre los que se levanta un bello friso, coronado de su cornisa. Un arquitrabe, donde campean una tiara papal y dos arrogantes medallones con los bustos de San Pedro y San Pablo, con su cornisamento bien saliente, remata este edificio evocador. Y descansando en el cornisamento, una bellísima y calada crestería, por entre cuyo encaje vense trozos de pálido azul que se recorta graciosamente entre las piedras doradas por los siglos y por el crepúsculo, como grandes turquesas milagrosas engarzadas en gruesos marcos de oro antiguo... Es una fábrica sobria y elegante, graciosa y rítmica, donde acúsase ya, con todas sus ricas galas, la hermosa arquitectura del Renacimiento.

Frente á la estatua de fray Luis álzase la soberbia fachada plateresca, inverosímil y rojiza, modelo perfecto de su género, de la famosísima Universidad. No se comprende que estas bermejas piedras estén labradas por manos de hombre. Parece labor de abejas ó de gnomos, tan sutil y tan afiligranada. Describir punto por punto este monumento sería enojoso y prolijo; tal es la inacabable profusión de adornos, armas, escudos, bustos, estatuas y relieves. El conjunto es de una grande armonía y no hay detalle, por insignificante que parezca, que no esté colocado en el sitio que precisamente debe ocupar, como el acento en los versos de una estrofa.

Sin ser arábica esta fachada—porque jamás admi-

tieron los árabes la imagen del hombre en sus decoraciones—parece inspirada en la deslumbrante arquitectura de los califas, en la fanfarronería y en la riqueza y en el sibaritismo oriental. Tiene ese pródigo lujo en las líneas y en los adornos con que los árabes ornaban los interiores de sus palacios esplendorosos, para más embriagarse de sensualidad entre los brazos cobreños de sus favoritas, en las treguas lujúricas á los sangrientos peligros de la guerra... El arte peregrino plateresco hizo de esta fachada como una tela rica, maravillosa, exótica, oriental, inverosímilmente trabada y tejida, que cubre gloriosamente este grande y macizo muro...

En el centro de la fachada, en su parte inferior, ábrense dos grandes puertas, separadas por un ligero pilar. Nada interesante tiene el monumento en su parte baja. Acaso el artista, con ese grande y solícito amor que todos los artistas sienten por sus obras, no se aventuró á exponer la suya á la acción destructora de la humedad y á la más destructora aún de la perversidad y la barbarie de los hombres. El gran lujo ornamental principia en los capiteles. Desde aquí hasta el cornisamento del último cuerpo de los tres en que se divide la fachada, todo el muro se pierde bajo una inconcebible y asombrosa labor de follajes, de escudos y de relieves. Los del primer cuerpo constituyen una linda y menuda filigrana que va aumentando en tamaño según la fábrica se eleva, lo que transparenta el talento sutil del escultor, que supo armonizar el tamaño de los adornos con las alturas, sin que la portentosa armonía general se quebrantara un solo punto.

De los cinco compartimientos en que se divide el

primer cuerpo, el del centro, el más grande, contiene, en un medallón sostenido por dos aguiluchos, los retratos en bajorrelieves de los Reyes Católicos, y en la parte inferior de la orla del medallón, escritos en latín, los nombres de Fernando é Isabel. En la parte alta, y en escritura griega, reza un letrero: «Los reyes para la ciencia, la ciencia para los reyes». El cuerpo segundo, igual en compartimientos, disposición y lujo de labores al primero, presenta ya mayor tamaño en los adornos y alguna variedad en la forma. La interminable riqueza de relieves que ascienden por las pilastras cubriendo los entrepaños y llenando los menudos capiteles y las cornisas, son mayores y menos espesos. Los relieves son más altos y las proporciones más visibles. En la cornisa general descúbrese cabezas y calaveras humanas. En el friso, niños desnudos, y por todas partes, á lo ancho y á lo largo, del mismo modo que en los otros dos cuerpos de este monumento, molduras y filigranas y relieves, primorosos, abundantísimos y ligeros. Los compartimientos del centro encierran imperiales escudos con águilas coronadas. Los de los costados, cuatro medallones con bajorrelieves, de escultura, tal que los de los Reyes Católicos, un tanto amanerada, y otros cuatro bustos encima coronados de cuatro grandes conchas.

En el promedio del tercer cuerpo, y bajo un arco de medio punto sostenido por dos columnas cilíndricas, hay unas bravísimas esculturas que representan al antipapa D. Pedro de Luna—Benedicto XIII—con dos cardenales ó doctores á su lado, y otros que acúsanse en el fondo en graves y hermosas actitudes. En los costados, y dentro de los breves arcos, enciérranse dos pequeñas esculturas que representan á

Adán y Eva, y unos hermosos ramos terminados en bocas de dragones monstruosos suspenden unos medallones con bustos muy arrogantes. Sendos trofeos penden de los medallones. Niños sobrepuestos á los ramos completan esta gran riqueza ornamental. El cuadro de tan soberbia fachada plateresca terminalo un bien pronunciado cornisamento, con recias y peregrinas molduras. Dominándolo todo, una crestería calada de caprichosos relieves con dos pilarillos cónicos á los costados.

Tal es, descrito á grandes trazos, este magnífico modelo plateresco, principiado á construir, según prestigiosos arqueólogos, en 1480, con motivo de la primera visita que los Reyes Católicos hicieron á Salamanca, y terminado en tiempos de Carlos V, según puede colegirse de estos escudos heráldicos, por los que dijérase que el emperador, sin negar á sus abuelos preclaros el lugar preferente en esta suntuosa fachada, quiso que también en ella campeasen sus arrogantes escudos de armas, con las orgullosas águilas imperiales. Tan brava fachada, como la de las Escuelas Menores —donde se adivina la misma inteligente mano, no obstante su elegante sobriedad—construyóse muchos años después de edificado el primitivo edificio—1415 al 1433, en tiempos de Benedicto XIII y el Toscano—, que constó de una sola planta, aunque desde los comienzos pensóse en añadirle un segundo cuerpo que, de haberse terminado tan brillante y ricamente como se empezó, hubiera hecho de las Escuelas Mayores un monumento admirabilísimo, y eso que siendo la planta baja tan sencilla y pobre, comparada con otras fábricas salmantinas, hubiera ofrecido la contradicción, corriente en la historia de las artes, de

dos cuerpos de un edificio construidos en el mismo siglo que no se parecen en nada. Lástima que no haya llegado hasta nosotros el nombre del arquitecto, gran artista, sin duda, que dirigió las obras de la bellísima galería superior de Occidente.

Todo el patio parece impregnado en una suave y dorada serenidad. Parece como si, dormidos por sus rincones, alentaran viejos decires escolásticos y viejos versos castizos... La evocación trae luego al ánimo el espectáculo bullicioso y marcial de una alegre y desenfrenada tropa estudiantil cerrando contra una nocturna ronda de alguaciles y corchetes, entre un estrépito de carreras y cintarazos y un revoltijo de capas y de manteos, bajo el resplandor casto y lírico de la luna, que pondría en la crestería calada como un tono de plata labrada y bruñida...

Ritma el silencio con nuestra emoción, y nuestra emoción con la poesía penetrante de estas piedras vetustas...

A lo largo de la calle, en las rejas floridas, en esta hora sentimental, tiemblan los madrigales entre las rosas... Las palabras de estos enamorados deben tener aquí, cerca de las dos catedrales estupendas, la ojival y la románica, entre tanto arte cristiano, una cadencia gemela á las cadencias salomónicas del cantar de los cantares...

Vuelvo sobre mis pasos, tiro por la derecha, y llego hasta la otra puerta que la Universidad tiene frente al atrio de la catedral. Tal puerta no existió en los primeros tiempos del edificio. Este portalón constituyó la primera capilla. Cuando, con licencia del obispo Don Sancho, se hizo la capilla de San Jerónimo, inutilizóse por pequeña la primitiva y abrióse esta puerta.



Paseo la mirada por el exterior de la fábrica, exterior poco interesante, en verdad. Ni siquiera en su parte alta, uno de aquellos primorosos y elegantes cornisamentos de la época, con sus grifos y sus lóbulos y sus jaquelados. Son paramentos lisos, pobres y toscos. Cinco escudos en el muro. Uno es de Benedicto XIII; otro, las armas de León y Castilla con la corona real; dos del Tostado, que costeó algunas obras, y el último, al ángulo Norte, es el de la misma Universidad, donde campean la tiara y las armas de Castilla, símbolos de la doble protección que siempre la dispensaron los reyes y los papas.

Y es que esta Universidad fué edificada en aquellos tiempos de ansiedad y de transición, tiempos de los concilios de Constanza y de Basilea, cuando acercábanse los escándalos del cisma, y el alma de los pueblos, metida en violentas discusiones religiosas y sin reposo para cultivar las artes, había perdido aquel fervor místico que produjo las incomparables creaciones del arte ojival, y no acertaba á llenar el gran vacío artístico en que vivía.

Esta Universidad, no inferior en fama á las de París y Bolonia y Lovaina y Oxford, de las primeras de la tierra, á la que Alejandro IV llamó una de las cuatro lumbreras del mundo, y de la que se dijo en el concilio de Viena que era el segundo estudio del orbe, nació en un pobre y sencillo edificio. Mejor dicho, nacer verdaderamente, nació en una maravillosa fábrica, porque la Universidad, antes de construirse las Escuelas Mayores, creóse bajo las bóvedas de la catedral vieja, venerable y portentoso monumento románico, donde la fundó Alfonso IX, rey de León, á principios del siglo XIII, sin que tuviese, como equivocadamente

han sostenido varios autores, el menor punto de relación con los Estudios de Palencia, á los que se tragó, como en el sueño de Faraón la vaca gorda á la flaca. Mucho antes, pues, de la construcción de las Escuelas Mayores—lo que ya se colige de algunas citas que dejó apuntadas—, la Universidad nació en la catedral vieja, y en ella vivió muy largos años. Y así, dentro de los templos, dando los primeros vagidos bajo sus altas cúpulas resonantes, nacieron casi todas las Universidades fundadas por entonces en Europa.

Este edificio que ahora ocupa es una construcción del siglo xv, cuadrangular y de piedra arenisca, humilde y tosca como ya he dicho. A no haberse enriquecido después, en tiempos de los Reyes Católicos, con la gran fachada occidental plateresca, con el soberbio salón de su biblioteca y con la galería que primero edificóse cuando se decidió añadirla un segundo cuerpo, la Universidad, tal como salió de las manos del maestro Alonso Rodríguez Carpintero, nada de notable ofrecería á los ojos insaciables y escudriñadores de los artistas. Constó de una planta sola, aunque el recio espesor de sus muros hace suponer que, desde luego, hubo el proyecto de edificar sobre ella.

La Universidad, monumentalmente, no responde á la fama que alcanzó en el orbe. Es pequeña, lo fué más aún, y no se comprende cómo en el curso de 1586 y 1587, por ejemplo—y aun descontando que se inscribían en la matrícula, para acogerse al fuero, los posaderos, abastecedores, criados y comensales de los estudiantes—, arrojase el total de matriculados el crecidísimo número de 6.762 escolares, aunque es de suponer que se contasen en él los alumnos de las Escuelas Menores y los del Seminario.

La pequeñez de la Universidad resalta más todavía por hallarse como prisionera entre fastuosos monumentos bellos y enormes. Y, sin embargo, ella triunfó y triunfa, y triunfará siempre. Ella es aquí la reina y la señora. Y es que ella representa el espíritu libre y cultivado, la docta independencia del juicio y el talento de todas las épocas, mientras que el espíritu que alienta en las otras portentosas construcciones, si grande y fecundo en épocas lejanas, ha ido recargándose de cadenas y más cadenas de intolerancia y sectarismo. dos terribles cánceres que la moderna cirugía social, para sanarnos de podredumbre colectiva, tiende á extirpar valientemente.

... Es tarde de domingo. Nadie pasea por los claustros de la Universidad, sino dos silenciosos turistas alemanes que acaban de penetrar seguidos de un bedel, y no resisto á la tentación sabrosísima de franquear la entornada puerta, guarnecida de hermosos clavos viejos...

El artesonado mudéjar de este portalón de ingreso, que fué, como ya dije, rica techumbre arábiga de la primitiva capilla, los pétreos y elegantes escudos de las claves de la otra portalada, los solitarios y evocadores claustros, su patio severo y silencioso, la actual capilla de San Jerónimo, de gusto grecorromano, que se enriqueció con sus retablos de Gallegos, con sus cuadros de Vicente González, del italiano caballero Cacioniga y de Gregorio Ferro; con su altar corintio, de soberbios mármoles; con sus ricas colgaduras, de rojo terciopelo y fleco de oro, y sus puertas interiores de excelentes tallas; capilla donde en tiempos descansaron las cenizas venerables de fray Luis; la magnífica escalera con su bóveda gótica y su precioso ante-

pecho, donde corren por ambos lados de su longitud y en sendos tramos desiguales, niños y damas entre ramos, soldados armados á la antigua y caballeros en plaza rejoneando toros; la brava galería superior del lienzo de Occidente — la que, corrida por los otros tres lados, debió cerrar de bellísima manera el interior de este cuerpo segundo—, con sus deliciosos arcos y espléndido antepecho labrado, donde el artista, sin duda, quiso encerrar hondos pensamientos, tal que en los jeroglíficos egipcios, en las enigmáticas figuras con que la adornó; el magnífico aljarfe de su techumbre; la armonía rota, pero graciosa en su incoherencia, de estos arcos de cinco curvas, confundiéndose con estas pilas-tras góticas y este artesonado arábigo, con estos frisos y estos antepechos; la gran portada ojival, bella y hojarascosa, defendida por elegante verja de hierro que da entrada á esta suntuosa biblioteca, fundada por Alfonso el Sabio, gótica primero y reformada por Churriguera después, que rebajó su bóveda ojival á causa de su excesiva altura, con lo que se ha llegado al absurdo de que las ventanas de esta bellísima pieza son ojivales por fuera y semicirculares por dentro; el hermoso salón de su biblioteca, con su retrato de don Pedro de Luna y su estantería churrigueresca y barroca, y sus códices viejos, y sus incunables peregrinos, y sus preciosos volúmenes en número de muchos miles, y su arquitectura aún germánica, pero donde se vislumbra la transición al Renacimiento portador de los modelos grecorromanos; la austeridad de estas piedras viejas y nobles, la magia del ambiente, el encanto brujo de esta soledad tan sabrosa, el tesoro lírico de las evocaciones pintorescas, todo vuelve, una vez más, á ser gustado por mí, que me aventuro por

estos claustros callado y trémulo, lleno de respeto y de emoción...

En estas cátedras ha sonado la voz de los Nebrija, el Brocense, Gutierre de Toledo, fray Diego de Deza, fray Luis de León, fray Domingo de Soto... En estos bancos se han sentado Diego de Anaya, Jiménez de Cisneros, Juan de Sahagún, Juan de la Cruz, Toribio de Mogrobejo, Hurtado de Mendoza, Ponce de León, Saavedra Fajardo, Juan del Encina—el poeta que el siglo xv hacía hablar á sus pulidos y galanes pastores, como después, aunque más galanes y más pulidos, habían de hablar aquéllos Salicio y Nemoroso de las inmortales y dulces églogas de Garcilaso—, Góngora, Cervantes, Mateo Alemán, Hernán-Cortés, Salinas, Verdugo... En estas frías y obscuras aulas pusieron sus regias plantas Don Juan I, Don Juan II, los Reyes Católicos, Don Carlos I, Don Felipe II, Don Felipe III, Doña Margarita... Por aquí han paseado, en épocas grandes y pretéritas, los más claros varones de nuestra raza. Aquí han meditado inteligencias imperecederas. Aquí han latido bravísimos corazones. Aquí han lucido la pobreza de su ropilla y el tesoro de su altivez muchos y muy altos maestros de las artes. Quizá aquí, entre lección y lección, para olvidar un punto el conceptismo de las humanidades y el aprendizaje del «juris», hanse rimado muchos valientes romances y muchas intencionadas letrillas, y muchos sonetos perfectos, y muchos dulces madrigales, honra y prez de nuestra incomparable literatura castellana...

Penetro en la cátedra de fray Luis, amplia y sombría. En los largos y viejos bancos que supieron de la malicia y de la sabiduría de tantos estudiantes léense

aún, escritos con punzantes instrumentos en la madera carcomida, nombres y más nombres de mujeres... Hacía ellas volaría el pensamiento de aquellos bachilleres legendarios, viendo de prender sus gracias en el poético broche de alguna enamorada canción, mientras allá, en el fondo obscuro de la cátedra, conceptos helenistas y jurídicas glosas fluían baldiamente de labios del maestro.

Salgo un momento al patio. Alzase en él un cedro gigantesco, y en su verde y poblada copa hay una algarabía de pájaros que cantan al sol que muere. Parece como si cantaran á la vida, siempre vieja y siempre renovada... Desde el patio descúbreanse las torres de la catedral, áureas y rojizas siempre, más rojizas y más áureas en esta hora bella y bruja del crepúsculo. Dijérase que se refleja en ellas un invisible incendio de oro... Cruzan unas palomas, altas y con las alas quietas... Sus blancos y plumosos pechuelos, heridos oblicuamente por los postreros rayos del sol, las hace aparecer como unas palomas milagrosas y doradas, como el alma de estas torres, entre cuyas piedras viejas van amorosamente á cobijarse...

Me encanta esta soledad, tan propicia al recuerdo y á la emoción; esta soledad lírica, que la hora y el lugar hacen venerable y sagrada.

Tornan las campanas á verter sus lentos y broncos sollozares litúrgicos... Enmudecen los pájaros del cedro. Guarécense las palomas en los vetustos capiteles. Cae la noche... Otra vez tiembla desorientada el alma y estremécese el espíritu con sobresalto...

El bedel, sonando su manajo de llaves, me indica que debo salir de aquí... Ya en la calle, el aroma cálido y sensual de la primavera canta su canción entre

los hierros de las rejas floridas... Hay un aroma de siglos y un aroma de rosas. El optimismo, gran regalo de la fuerte juventud, nos presta su aliento esforzado y generoso... Y el alma, tal que los pájaros del cedro solitario, canta su ferviente canción á la vida, siempre vieja y siempre en jugosa y palpitante renovación.





## LA CATEDRAL VIEJA

Las piedras de este templo emocionante, donde parece estancado el ritmo misterioso de los siglos, están impregnadas de una grave y alucinadora solemnidad. Si me permitis una extravagancia os diré que, bajo estas novilísimas bóvedas, aletea, romántica y sutil, una serena inquietud. Es una inquietud grande y desconcertante, que tiene, sin embargo, un tono litúrgico y reposado. Es como esa inquietud de las almas de los místicos; almas extáticas, que están siempre llenas de unción y de humildad, en un punto del azul del cielo, como en inalterable y perenne adoración religiosa, como si estuviesen de continuo en una misma postura, de rodillas años tras años, y, no obstante, siempre temerosas, siempre inquietas y sobresaltadas.

Los sepulcros de este vetusto monumento románico, con sus yacentes esculturas de obispos y de guerreros, de damas y de monjas, traen al ánimo, como todos los sepulcros, la visión espeluznante de la Muerte, de esa postrera novia lúgubre y trágica que no faltará á nuestra cita en las encrucijadas de lo inexplorado y lo desconocido, en las selvas ignotas, en los bosques de la eterna noche. Pero la idea de la muerte, siempre absurda y horrible, tiene en estos oscuros claustros,

bajo estas viejas losas sepulcrales, cierta cadencia aquietadora. Parece que aquí ha de ser el sueño más hondo y reposado, más grave y solemne, arrullado por esta mansa y callada elegía que balbuce el tiempo en el misterio encantado de los siglos... Bajo estas piedras venerables, bien tumbados á la larga, arropados en el lienzo del sudario, con los ojos cerrados para siempre, debe dormirse bien... Si el ruido puede interrumpir el sueño de la muerte, no haya miedo que se interrumpa aquí. El silencio, un silencio indescifrable y cóncavo, es como el guardián de estos muros sagrados... No hay coro en esta catedral, pero aunque le hubiera. Los canónigos de todas las catedrales del mundo tienen un andar deslizante y silencioso. Al hablar, bisbisean muy por lo bajito. Tosen como con sordina. Y en la hora nona, en la hora de los rezos en el coro, dormitan más que rezan. Suelen apoyarse las gordezuelas manos en los vientres cupuliformes, echar la cabeza hacia atrás, estribándola contra el rico respaldar, y así, en esta mansa, beatífica y cómoda actitud, hacer sus ejercicios espirituales, en una voz queda y gangosa, que invita á la perezosa dulzura del sueño, como un canto de cuna soñoliento y bárbaro...

Los señores turistas tampoco acostumbran á distinguirse por su ruidosidad. Cierto que en su mayor número son extranjeros. Son hombres no habituados al grito ni á la bullanga. No se han educado en las fiestas de verbenas ni en las fiestas de toros. Leen silenciosamente en su *Baedeker*, toman en silencio sus apuntes y en silencio escuchan la incansable y susurrante voz del improvisado cicerón, que todo lo dice muy piano y casi al oído de los visitantes, como si estuviera haciéndoles grandes y secretas revelaciones,

como para dar más importancia á los pintorescos absurdos que va diciendo...

Sí... En estos claustros medioevales, en estos sepulcros solemnes, amparados en el silencio de estas rinconadas bellas y sombrías, debe dormirse bien... La idea de la muerte adquiere para nosotros, bajo estas bóvedas, el carácter de un perenne descanso, de un reposo infinito... Anhelamos esta suprema paz, mansa y callada, y execramos el recuerdo de los ridículos cementerios vulgares. Allí no se respeta el sueño sagrado de nuestras postreras nupcias. Hacínanse los difuntos en unos nichos grotescos. El dolor de los visitantes, ruidoso y exasperado, ese dolor hiposo y agudo, casi siempre fugitivo, desentona con la augusta idea de la eternidad de la muerte, que es la idea del verdadero dolor. No hay en esos cementerios elegía ni tragedia. La tristeza chillona y lloriqueante es al mismo tiempo una tristeza cómica, de aspavientos y de contorsiones... Y no se diga de esas romerías vocingleras del día de difuntos, cuando irrumpe en los cementerios, desde las primeras horas de la mañana, una multitud hipócrita y despreciable, con cestas repletas de comida y botas preñadas de vino...

Yo he presenciado alguna vez tan indignante espectáculo, y he pensado que si pudiesen, por obra de milagro y de maravilla, levantarse los muertos de sus tumbas, sería tal y tan justa su indignación que, irritados y asqueados, echarían violentamente á los vivos, arrojándoles á la cara, si no dispusieren de otras armas arrojadizas, sus propias y amarillas calaveras...

La muerte exige respeto. Ante ella hemos de sentir un dolor sincero y reverente. Los pueblos de la antigüedad que celebraban festines con ocasión de la

muerte de sus deudos, los que todavía los celebran—entre los que pueden contarse algunos de esta tierra de Castilla—no supieron ni saben lo que es la muerte...

\*  
\* \*

Si hemos de conceder crédito al cronista Dávila, el año 1100 y el día 25 de Diciembre, se consagró por el obispo D. Visquio la Catedral de Santa María la Sede y se dijo la primera misa.

La catedral vieja—donde nació la Universidad, donde bautizáronse el rey Don Alfonso XI y el poeta Juan del Encina, donde se celebraron Cortes y concilios importantes—es un venerable templo romántico—sin que falten en él influencias bizantinas y balbuceos del gótico—de tres espaciosas naves, con su cimborrio en el crucero y tres ábsides en el testero. La fortaleza de sus bóvedas y de sus torres, el recio espesor de sus muros y las almenas que los coronaban—algunas de las cuales se advierten todavía—la conquistaron en lo antiguo el dictado de *fuerte*. Refiriéndose á las catedrales de Oviedo, Toledo, León y Salamanca, decía un viejo adagio:

*Sancta Ovetensis, Pulchra Leonina,  
Dives toletana, Fortis Salmantina.*

El primitivo aspecto de la catedral vieja debió ser tal que el de un medioeval caballero cubierto por su recia y rebrilladora armadura de guerra. Eran aquellos tiempos, famosos y lejanos, tiempos de batallar constante y de continuas y sangrientas escaramuzas. Y al fabri-

car los templos, tanto pensábase en los odios crueles de los hombres como en el divino amor de Dios...

El exterior de este monumento tiene un carácter oriental, de marcado bizantinismo. Apenas se advierte en él la exaltada manera germánica y el clasicismo romano. El interior ya es otra cosa. Aun con reminiscencias de la arquitectura bizantina, tan sólida y bizarra, échanse claramente de ver el firme románico y el ojivo naciente.

Una cosa muy bella de este templo, tanto como sus maravillosos capiteles, sus bóvedas de arcos encontrados, sus columnas enormes y fortísimas, sus sepulcros señoriales y su interesantísimo cimborrio del Gallo—á la sazón amenazado de ruina, ¡qué vergüenza!—, es la incomparable luz. Dificilmente los que no conozcan esta soberbia catedral románica podrán imaginarse la emoción y el efecto de este clarooscuro, que parece pintado por los propios pinceles de Rivera... Es una luz que invita á la voluptuosidad macerante de las graves y tristes meditaciones. Despierta en nuestro sentido el placer atormentado de la miedosa y desamparada soledad. Me refiero á las personas de un espíritu inquieto y cultivado, naturalmente. Los de otro linaje espiritual piensan en cosas bien distintas apenas se tropiezan solos y á obscuras. Precisamente esta soledad y esta obscuridad de la catedral vieja fueron causa de que se quitase el coro, donde todas las obscenidades hallaron inadecuado asiento.

Pero no se hable de ello; traer tan sucias evocaciones á colación cuando se trata de esta catedral maravillosa, sugeridora de tan místicos afanes, sería como profanarla otra vez.

He hablado de esta imponderable luz y quiero insis-

tir para deciros que ella, con este inquietante claro-oscuro de que os hice mérito, pone en cuanto besa como una caricia de misterio y de consagración. Hasta en los frescos pintados en el muro de la nave del Evangelio—rematadamente malos—, exvotos que representan hechos pintorescos y milagrosos, tienen, envueltos en esta luz prodigiosa, como un cierto valor artístico. Imaginaos, pues, lo que parecerán aquí el retablo de la capilla mayor y el fresco del cascarón que la corona, pinturas muy excelentes.

Sobre este retablo y este fresco hay opiniones diversas. Unos opinan que el fresco es la pintura mural más antigua de España, y que las tres tablas del centro, en la parte baja del retablo, son de Fernando Gallegos, el Alberto Durero salmantino. Otros creen que ambas obras son de una misma mano. Ved lo que dice á este respecto un eminente arqueólogo: «Hase creído por mucho tiempo que el retablo había sido pintado por Fernando Gallegos; las cualidades de las pinturas, su estilo y el colorido, que revelan la escuela de Alberto Durero, sirvieron de fundamento á esta opinión. Pero hay en el archivo de la catedral una escritura, fechada en 15 de Diciembre de 1445, por la cual un pintor llamado Nicolás Florentín se obligó á pintar por la cantidad de 75.000 maravedís la bóveda del altar, según su expresión, *desde encima fasta abajo sobre el retablo que agora nuevamente está puesto conforme á la muestra que presento en etopas*. Esta cláusula, en nuestro juicio, no deja ya lugar á dudas; el retablo y el cascarón fueron pintados por una misma mano; ese Nicolás Florentín fué el autor de ambas obras. Lo indica así la cantidad misma que se señala como precio: 75.000 maravedís, aunque éstos fuesen de plata ó

cobre, no pudo en aquellos tiempos pagarse por el fresco del cascarón, que es pequeño y reducido. Lo demuestra también la expresión *desde encima fasta abajo*; la bóveda en si misma tiene tan poca altura, que no era necesaria esa expresión para comprenderla. La bóveda y el hemiciclo quiso decir la escritura; y las palabras *sobre el retablo que agora nuevamente está puesto* lo confirman, pues dan á entender que el armazón de madera estaba ya construido y colocado, y el ajuste comprendía el pintado de sus tablas y el dorado de sus menudas tallas.»

Componen este retablo cincuenta y cinco tablas, en cinco líneas, á once tablas cada una. El motivo que va desenvolviéndose en esta apreciablesima obra de arte es la vida entera de Jesús.

El fresco del cascarón representa el Juicio Final. Sobre un fondo obscuro, y á la voz del ángel del Apocalipsis, se levantan de sus sepulcros crecidos grupos de figuras. Alrededor del Supremo juez destácanse los ángeles sonando las trompetas. Largos letreros salen peregrinamente de sus bocas. De los resucitados, los bienaventurados están á la derecha, vestidos de blanco, y á la izquierda los réprobos empujados por los demonios á las fauces de un horrible dragón.

No son éstas las únicas pinturas de positivo mérito que se encuentran en la catedral vieja. Entre otras muy notables destácanse un San Miguel — quemado y estropeado, por cierto —, que hay en uno de los antiguos altares del claustro; un retablo de Fernando Gallejos, que perteneció á la capilla de la Universidad, y un admirable retrato de un enlutado y anciano hidalgo, atribuido á Pantoja, lleno de altivez y de nobleza, prócer y elegante, que hállase en la sala capitular.

Si fuera posible una relación de amistad entre un hombre pintado y un hombre vivo, este viejo hidalgo, á lo que dicen natural de Valladolid, y el poeta madrileño que escribe estas cuartillas serian amigos entrañables. Y es que yo siento hacia este enlutado un extraño afecto personal. Debíó ser bueno, inteligente y enérgico. Su gesto es de una clara bondad, su mirada de una sagacísima comprensión, y toda su persona, todo su talante está respirando una hidalga y castiza altivez. Debíó ser uno de aquellos nobles valientes y letrados, francos y buenos, que tanto ennoblecieron estos duros terruños de Castilla; uno de aquellos doctos varones, fuertes en la guerra y piadosos en las paces, legítimo orgullo de la raza, que han hecho de nuestra tierra castellana, de esta tierra épica y mística, el más alto y glorioso solar.

El retablo de Gallegos que he citado un poco más arriba, también tiene para mí un grande encanto. Es un encanto dulce, suave y fragante. Yo conozco la vida de esta santa por las canciones que cantan las niñas en los jardines. Todos las habéis escuchado alguna vez.

Es cuando llegan los días azules de la primavera, y la tierra huele á gloria, y el cielo parece un cristal azul, y viértese entero el sol como en una luminosa fanfarria de diamantes, y en las floridas copas de los árboles gorjean los pájaros nuevos, y deshiélanse los arroyos de la sierra y cantan breñas abajo, y se cubre el oro incipiente de los trigales con la sangre bermeja de las amapolas, y los jardines tienen un fresco aroma nupcial, y las niñas, al aire los rizados de sus melenas, y vestidas con delantalitos blancos, pulquérrimos, se cogen por las manos y forman un gracioso



corro y principian á marchar en rueda, rítmicamente, cantando con su celeste voz:

En Cádiz hay una niña  
que Catalina se llama,  
¡Ay, sí!,  
que Catalina se llama...

Pues bien: el martirio de aquella pobre Santa Catalina, «hija de un perro moro y de una renegada»—si es cierta la canción infantil—y «la rueda de cuchillos y navajas», y todo lo demás que dicen las niñas en el romance, son los motivos del retablo de Gallegos. Muchas veces, mirándole en este ambiente de muerte, de vetustez y de humedad, he creído sentir refrescado el corazón—ya muy angustiado—, por la caricia de unas vocecitas de plata y de cristal, llegadas de no sé dónde, que cantaban dulces y graciosas, olorosas como esos brotes recientes de los rosales:

En Cádiz hay una niña  
que Catalina se llama...

\*  
\* \* \*

Cuatro capillas hay en el claustro. La primera, que se encuentra á la izquierda, fundada por D. Rodrigo Arias Maldonado, de Talavera, en 1510, dejando rentas suficientes para el sostenimiento de doce capellanes, un sacristán y tres mozos de coro, no tiene mucho de particular si se exceptúan algunas pinturas apreciables, y el rito mozárabe que en ella se celebra algunos días del año, en recuerdo de la antigua disci-

plina española y por privilegio apostólico que obtuvo el fundador.

La capilla de Santa Bárbara, cercana á la de Talavera, como ella reducida y obscura, fué fundada en 1344 por el obispo de Salamanca D. Juan Lucero. Esta capilla tiene algunos sepulcros notables, como el de D. García Ruiz, cuya estatua yacente tiene una espada en la mano y un perro lamiéndole el pie, y el más notable de todos, el del centro de la cuadra, que pertenece al fundador, prelado célebre en nuestra historia por haber autorizado la nulidad del matrimonio de Don Pedro el Cruel con la infeliz princesa doña Blanca de Borbón, y haberse prestado á casarle con doña Juana de Castro.

Pero la gran celebridad de esta capilla procede del destino que hubo en los antiguos y gloriosos tiempos universitarios de Salamanca. En ella, tras un encierro de veinticuatro horas, se graduaban los doctores de la Universidad. He aquí la extraña ceremonia, tal como nos la cuenta un distinguido cronista: «Una campana anunciaba por intervalos iguales las horas que el graduando pasaba en aquel imponente y lóbrego encierro. Precedía la misa del Espíritu Santo, que jueces y candidato tenían el deber de oír con silencioso recogimiento. Terminadas las angustiosas horas del encierro, el graduando veía abrirse las puertas de la capilla, penetrar en ella silenciosamente y tomar asiento, en derredor, á los jueces. Una lámpara suspendida del techo, que todavía se conserva, bañaba de luz su cabeza, deslumbrándole é impidiéndole distinguir á sus jueces, que permanecían velados por la sombra. Sentado en un sillón de vaqueta, que también se conserva, puesto en las gradas del altar, con los pies apoyados en

el sepulcro del obispo, sufría durante una hora el fugo de escolásticas argucias, que le dirigian bocas, para él invisibles, desde los extremos del pequeño templo; y cuando el ejercicio se daba por terminado iba á esperar, arrodillado ante el altar de la Virgen, que está en el ángulo del claustro, el resultado de la sentencia. La campana, los atalabillos y las chirimías anunciaban con sus desiguales sonidos á la población el triunfo del candidato, si tenía la fortuna de salir airoso en aquella prueba, más terrible por las imponentes ceremonias de que se la rodeaba que por las dificultades científicas del ejercicio.»

Los que no lograban triunfar escapábanse tristes y cariacontecidos por una puerta trasera, «de los carros» llamada. Y he aquí, tal vez, el origen de la vulgarísima frase «salir por la puerta de los carros».

La tercera capilla, la de Santa Catalina, la más antigua de todas, fué creada en 1196 por el obispo don Vital, fundador del claustro. Como de todas, excepto de la de Talavera, ha desaparecido el culto. El gran prestigio de esta capilla es el de haber acogido varias Cortes y concilios. También creo que es aquí donde se halla un viejísimo y peregrino órgano, oriental de aspecto, y un pendón de los famosos y aguerridos comuneros castellanos, que ondeó en la célebre batalla de Villalar, todo roto y acuchillado, pendón de derrota, en el que parece advertirse unas manchas de sangre, ya oscura y descompuesta, y en el que dijérase que aún suenan los apóstrofes de aquellos héroes y hiere el sentido aún la pólvora de los arcabuces que explotaron pujantes y aventureros un día lejano y trágico, inolvidable y glorioso, en que el barro cegaba los caminos y el viento azotaba los rostros,

y la lluvia caía copiosa sobre la tierra ensangrentada...

En el mismo lienzo de la capilla de Santa Catalina sigue la de San Bartolomé, más conocida por la de los Anayas, notabilísima por los sepulcros que contiene. Su fundación, debida á D. Diego de Anaya, arranca del 1422. Sobre el suntuoso sepulcro del fundador véase aún, en la bóveda, y pendiente de una cadena, el sombrero que usó D. Diego en su viaje al concilio de Constanza. El sepulcro es realmente muy bello. Todo él es de mármol blanco. Sobre una cama imperial, llena de relieves, apoyada en los lomos de ocho leones, recuéstase sobre almohadones la estatua del arzobispo, con hábito pontifical. Un grupo de tres santos, en cada ángulo del túmulo, cubre las aristas de la cama. En los costados, bajo esbeltas y sutiles ojivas, aparecen Jesucristo y los doce apóstoles en un lado y la Virgen y trece santas en el otro. Rodea el sepulcro una primorosa, una maravillosa verja gótica, por la que corre, entre las forjas peregrinas, este epitafio: «Aquí yace el reverendísimo, e ilustre, e muy magnífico D. Diego de Anaya, arzobispo de Sevilla, fundador del insigne colegio de San Bartolomé; falleció año de 1437.»

Con ser tan soberbio este mausoleo, no es, sin embargo, el que yo prefiero entre los muchos que encierra la catedral. Hay uno en el rincón del claustro, descubierto recientemente, grave, sobrio, sencillísimo, que me produce una enorme emoción. Otros hay de una ingenuidad encantadora y primitiva. Tal que el de una monja cuya alma suben al cielo dos angelicos, mientras un coro de plañideras vierte abundantes lágrimas por la difunta. Otros hay inverosímiles, co-

locadosal biés, empotrados en los muros. Dijérase que estas venerables esculturas yacentes, en tan violenta é inconcebible actitud, están desde hace siglos haciendo esfuerzos milagrosos por no rodar á lo largo de las paredes y hacerse añicos contra el suelo las honorables cabezas de piedra...

En la misma capilla de los Anayas hay un sepulcro que me enamora. Son dos figuras las que yacen: hombre y mujer. Él está armado de guerrero, en la mano la espada y á los pies el casco. Ella vestida de beata, con toca á la cabeza .. Parece que siguen amándose después de muertos, durmiendo, juntos, un inacabable sueño de amor. . Él la defiende con su espada, á pesar de los siglos, y ella no se distancia de él, á pesar de la muerte. El amor se ha hecho escultura. . Tal vez la escultura se haga milagro, y en el fondo de esta capilla, en las altas horas nocharniegas, cuando el claustro está callado y solo, y la capilla es toda sombra y oscilan en los ángulos fantasmas imaginarios, y el silencio es medroso y alucinante, estas dos estatuas aún se estremezcan y se besen...

Grato ha de ser dormir así... compañeros en la vida y en la muerte. . No como la desventurada princesa Mafalda, que en esta catedral misma, en el fondo de la capilla mayor, duerme su postrero sueño, el sueño del que no se despierta, como durmiese los de sus breves noches terrenales, sin compañero en el lecho, sin incienso de amor ni placer de juventud, sola, eternamente sola .. Tal reza la lápida: «Aquí yace la princesa Mafalda, hija del rey Don Alfonso VIII de Castilla y de la reina Doña Leonor, y hermana de la reina Doña Berenguela, mujer del rey Don Alfonso IX de León, que finó por casar en Salamanca, año de 1204.»

Finó por casar... Es decir, murió soltera, de ansia de amor tal vez... Ni en su vida, ni en su muerte tuvo esta pobre princesita—heroína de un triste poema sentimental—quien partiese con ella las sábanas ricas de su lecho...

Y ahora —siempre sola, siempre enamorada sin amores—su doncellez, su anhelar, sus carnes jóvenes y reales, su pecho casto y encendido—donde nunca posóse el fuego de un beso de varón—, sus ojos implorantes y tristes, el clavel rojo y sediento de sus labios—pobres labios que tantas veces, trémulos, suspiraran por goces desconocidos—, todo todo, tras haber sido nauseabunda y viscosa y horrible y pestilente gusanera, habrá venido á parar en un leve montecillo de ceniza y de polvo...

## LA CASA DE LAS CONCHAS

Este evocador monumento debió edificarse durante los últimos años del siglo xv. Así parece indicarlo el gran escudo de realeza que con airosa valentía se destaca en la parte alta de la fachada principal, cuyo escudo, con el yugo y el haz de saetas que tiene á su pie, danos á entender que la fundación de la *Casa de las Conchas* alcanzaba la época próspera y fuerte para España del reinado de los Reyes Católicos, y la fundación debióse—también nos lo dicen los cinco lises que campean en los muchos escudos que por todas partes adornan este palacio, á uno de los varios Maldonados de quienes justamente puede vanagloriarse Salamanca.

La arquitectura de esta fábrica, en la que no puede admirarse la pureza de un estilo único, revela los bellos tiempos de transición en el arte monumental. Vislúmbrase ya, á través de las molduras de estas viejas piedras, la elegancia clásica y prócer de las gallas ricas y brillantes del Renacimiento; pero el Renacimiento—es á fines del siglo xv no reina por completo todavía.

Descúbrese en la fachada de la *Casa de las Conchas* la influencia de la divina decoración ojival, ya un

poco transformada la suprema gallardía de sus brazos, como intentando cerrar orgullosamente el camino á un nuevo estilo en arte que avanza alegre y juvenil, tal que una jocunda copla de amor, muy engalanado en sus innúmeros relieves, evitando que el antiguo y glorioso ojivo triunfe en la fachada como absoluto señor y dueño. El ojivo, sin embargo, luce altivo y majestuoso, entre arcos y curvas de esbeltísimas combinaciones.

Pero este donoso y artístico bregar de dos bellos estilos distintos, es sólo en la parte de afuera. En el interior de este palacio desaparece ya todo fecundo rastro de arte gótico y triunfa rotundamente la decoración plateresca.

Y ahora, lector, si las dimensiones de este libro modesto lo permitiesen, yo gustaría mucho de hacerte una descripción reposada de tan hermoso edificio; pero mirando la brevedad en el escribir á que vengo obligado, y la enfadosa prolijidad en que fatalmente habría de incurrir mi pluma si hubiera de ir deteniéndose en cada una de estas bravas piedras labradas y centenarias, voy á transcribir aquí unas sutiles líneas del Sr. Falcón, que ofrecen exacta idea de este viejo solar de los Maldonados.

Oigamos, pues, al eminente arqueólogo:

«Es este edificio, como las casas de la *Salina*, de las *Muertes* y de *Monterrey*, un palacio de un grande de la Edad Media; pero su arquitectura, aunque de transición, se muestra más severa y adusta que en aquellos monumentos. Aquel aire cortesano y risueño que distingue á estos edificios no se encuentra en la *Casa de las Conchas*. Su aspecto general es serio y elegante sin fastuosidad, como los caballeros de los tiem-



pos de los Reyes Católicos, que preocupados con graves pensamientos, conceden menos al lujo y más á la comodidad y á la firmeza. Es, en una palabra, la imagen de uno de aquellos caballeros, guerreros antes que cortesanos, que siguiendo los estandartes de la magnánima reina que conquistó á Granada y comprendió á Colón, se inspiraban en sus levantados pensamientos y hacían de la piedad y el valor un heroísmo. Todos los rasgos de aquellos tipos caballerescos pueden leerse en este bello monumento, si con atención se le examina: junto al casco del guerrero se encuentra en él la invocación á la Virgen; al lado del escudo de nobleza, la concha del peregrino; sobre el calado ajimez, el elevado torreón; mezclados con la ojiva los arcos de varias curvas; altos y robustos muros, con pocas y esbeltas ventanas. Esa mezcla de tintas religiosas y guerreras, de orgullo y de humildad, de fuerza y de justicia, que es el distintivo de aquellos nobles, es también el carácter más culminante de este palacio. Los robustos y altos muros, el torreón amenazando levantarse como una atalaya en el ángulo, y las escasas ventanas y ferradas puertas, recuerdan tiempos de guerra en que todavía no se tenía formada una idea completa de la paz. Las conchas y los signos religiosos son el mejor testimonio de la religiosidad de aquellos valientes caballeros. Los frecuentes escudos revelan la idea que tenían de su nobleza de sangre, y todo el edificio expresa la grandeza de un poderoso de la tierra.»

Estas líneas del Sr. Falcón, escritas con cierto desaliño literario, con un desaliño muy disculpable en un hombre dedicado á otros estudios, dan, no obstante, una idea acabada de la *Casa de las Conchas*. Tal es, en verdad, la impresión que nos viene al ánimo cuan-

do contemplamos este hermoso monumento. A poco que en nosotros vibren las potencias imaginativas, por débil que arda en nuestros santuarios interiores la votiva lámpara que ilumina en nuestro espíritu el retablo místico y caballeresco de las glorias antañonas de la raza, aun no siendo muy inclinados á las bellas divagaciones y á los sueños castizos, apenas contemplamos esta fábrica vetusta, y mejor si es en horas de la alta noche, damos en recordar á nuestros bizarros caballeros medioevales, aquellos fuertes y gentiles caballeros, duros y erguidos en esta tierra épica y llana de Castilla — solar de Rodrigo de Vivar, la lanza guerrera, y de Juan de Yepes, el rezo místico — bravos, y reacios bajo sus rebrilladoras corazas de hierro, teñidas de sangre y de sol en rudos combates famosos, de corazón indomable y sano, que sabían «poner la vida al tablero» por su rey y por su dama, y que empleaban de continuo, en las peligrosas batallas y en las placenteras paces, en las duras jornadas de guerra y en las blandas treguas amorosas, el pensamiento y la voluntad en el mejor servicio de Dios...

La España grande, generosa y bravia, parece latir misteriosamente, con rítmico latido, entre las resquebrajaduras de estas piedras gloriosas. En los ajimeces de su fachada, en los arcos de su patio, en los escudos de sus muros, en el artesonado que cubre su escalera...

Un español enamorado de nuestras caballerescas tradiciones se conmoverá profundamente ante el evocador carácter de este palacio. Un arqueólogo observará con placer de erudito cómo la transición arquitectónica anuncia el próximo imperio del Renacimiento en esta hermosa lucha del plateresco que avan-

za y el gótico que retrocede. Un poeta lírico y apasionado prescindiría de todo ello para emocionarse, con una emoción suprema y sentimental, ante las rejas de la planta baja, y, sobre todo, ante la maravillosa reja cercana al ángulo.

Arqueológicamente, tal vez bastaría con decir que esta reja es un verdadero primor y que presenta la forma de tres tambores ó cubos con sendos remates cónicos. Pero poéticamente, líricamente, de esta reja peregrina cabe decir algo más. Esta reja es como un altar para oraciones de amor. Tras estos divinos hierros, todas las mujeres han de parecer interesantes y bellas. Si es realmente linda la mujer que nos mire tras esta milagrosa reja, entonces nos parecerá soñar con un divino sueño encantado. Se agolparán las estrofas en nuestro corazón y acudirán los versos á nuestros labios. El sol tendrá más fuego y mayor magia la luna. Los cielos serán más alegres y los hueros más fragantes. Las estrellas más misteriosas y más sabrosa la vida. En el aire, cargado de perfumes nuevos, cantará una enigmática, suavísima y enamorada canción. Un placentero ritmo de juventud nos colmará el sentido de gozo. Nos sentiremos arrobados por una imprecisa música epitalámica, tal que el trinar de pájaros en celo, y aspiraremos con delicia un aroma nupcial, tal que el de las acacias primaverales. Anhelaremos los peligros, las sorpresas y las aventuras. Y tras la evocación bizarra de los idos tiempos gloriosos, desearemos morir aquí, al pie de esta reja, defendiendo con nuestra espada el amor de esta mujer, dando la vida por ella, ofreciéndola, en la hora sagrada y solemne del morir, nuestra última gota de sangre, como la última rosa del rosal de nuestro cora-

zón, y nuestro último y apasionado suspiro, como el verso final de nuestro madrigal postrero...

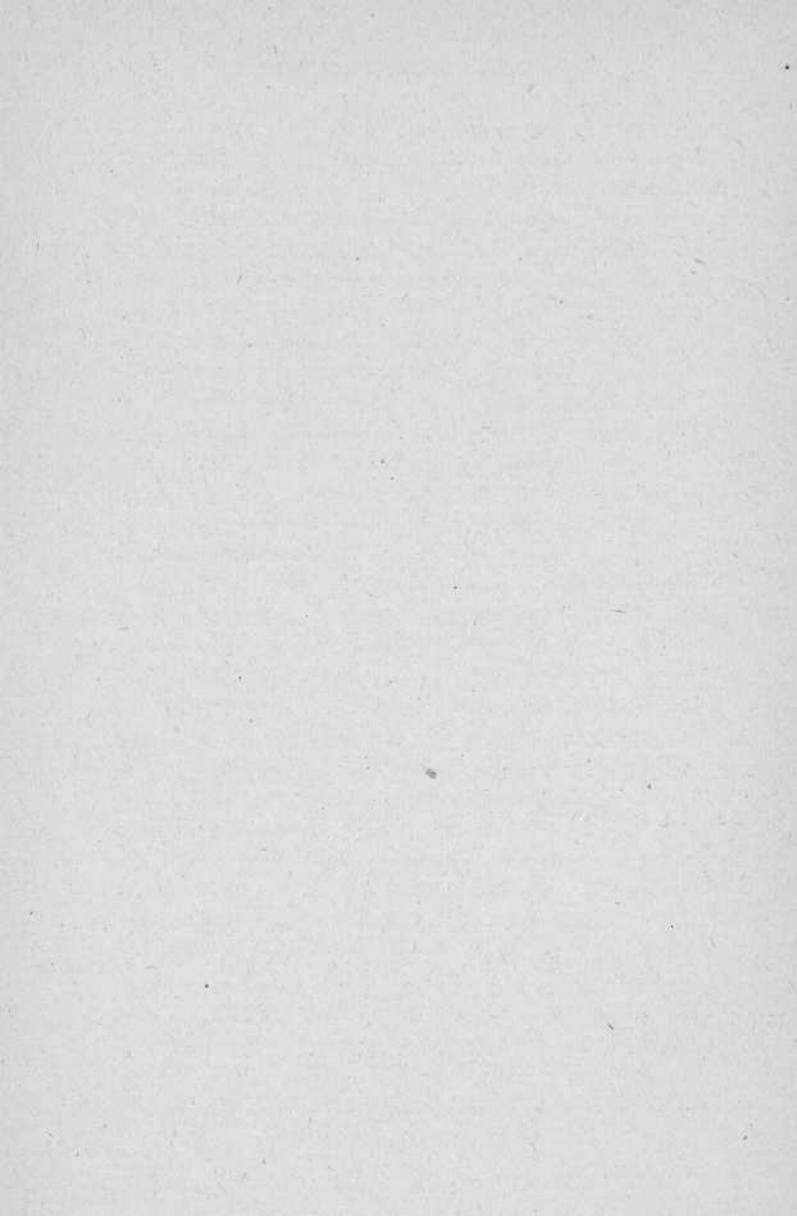
Esta bellísima reja, en este orgulloso palacio, en esta castiza calle de la Compañía, en esta Salamanca incomparable, es algo supremo y único, que trae al ánimo inquieto y soñador de los poetas, por deliciosos y misteriosos caminos del espíritu, un rumor de escalas de seda, de besos furtivos y de quedas charlas sentimentales, y acentos de enamoradas canciones, y recio y caballeresco chocar de bravas espadas toledanas, y gentil sonar de áureas y marciales espuelas, y gracioso y lindo ondear de rojas y arrogantes plumas.. Es el idilio y la tragedia. El peligro y el amor. El oro y la sangre. La vida y la muerte. El madrigal lírico y el romance heroico...

Todo ello, poético y confuso, parece dormir su sueño de siglos entre los hierros de esta reja, á la que pareceme profanar escribiendo su elogio en prosa, que es como redactan sus escrituras los notarios y sus libros de negocios los mercaderes. Para elogiar cosas tan bellas, de tan rara emoción, es preciso valerse de palabras armoniosas y rimadas, comunicativas de esa gracia alada y musical, misteriosa y sutil, que es la esencia indescriptible de los versos...

¡Divina reja! Aquí quedas, en la prosa de estas cuartillas, tan mal retratada en ellas como bien comprendida en las rimas secretas de mi corazón.

Sepan todos que te adoro con un amor extraño y romántico. Sepan que te bendigo por los sueños que me traes. Sepan cuánto me emociona y me inquieta el lírico misterio en que te envuelves, como en un celeste halo poético, salpicado de rosas y de sangre, y sepan, por fin, cuánto me entristece y me indigna el temor de

que tras tus incomparables hierros, que rememoran tantas bellas historias legendarias, pueda alentar algún día la moderna cursilería burguesa, incapaz de sueños de poesía, como grotesca, zafia y sórdida señora, atenta sólo á la defensa de su bien chapada caja de caudales y al recuento de las llenas y panzudas sacas de trigo...



## LA CASA DE LAS MUERTES

Es una bella y sencilla fábrica plateresca, erigida á principios del siglo XVI por D. Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, fundador también del elegante palacio de la Salina y del hermoso convento de las Úrsulas.

La Casa de las Muertes, pequeña en sus dimensiones, tiene una sola puerta de ingreso, con una toza que sirvela de arco, donde comienza su decoración, cubierta de lindas tallas que, en su centro, presentan un escudo de familia, sostenido por dos niños. A los lados de esta puerta descúbrese dos medallones con sendos bustos de damas, acaso parientes del fundador, vestidas á usanza del siglo XVI.

La planta principal tiene, á plomo de la puerta, un balcón cuadrilongo y central, y otro pequeño á cada costado. El del centro, revestido exteriormente de dos áticas llenas de primorosas labores, que reciben un arco de medio punto, ostenta, bajo este arco, el retrato de D. Alfonso de Fonseca, con bonete y capa de coro, y esta inscripción al pie:

«El serenísimo Fonseca, patriarca alejandrino.»

Bajo este arrogante busto, otro relieve reproduce un escudo igual que el de la puerta, sostenido por dos

donceles uno destocado del birrete, y ambos con la cabeza erguida, mirando al serenísimo patriarca.

El segundo cuerpo de este interesante y pequeño edificio ostenta dos balcones á los lados. El centro ocúpalo el busto del fundador y el elegante arco que lo cobija. Unas áticas pletóricas de labores ornamentan estos dos balcones.

Remata la imposta superior con unos niños sobre las áticas y un busto á cada lado.

El cornisamento general de esta fábrica es de muy lindas y buenas molduras.

El escudo de que ya hemos hecho mención ofrece la particularidad de que no campean en él, como en otras fundaciones del arzobispo, las cinco estrellas de la familia, sino un árbol, y á sus lados dos cabras de pie.

Tal es la Casa de las Muertes, deshabitada casi de continuo, resquebrajada y vieja, á la que las gentes miran con un gesto de horror invencible y de mal disimulada inquietud.

No se sabe de cierto á qué negra tragedia debe esta casa el lúgubre nombre con que es de todos conocida. Son muchos los terribles sucesos que se suponen acaecidos dentro de esos muros vetustos, que tienen como un prestigio fatídico de misterio y de dolor. Yo los he contemplado muchas veces, un poco sobresaltado el ánimo, en las desoladas noches invernales, en esas largas noches en que el viento, que se arrastra bronco por la llanura, éntrase recio y desatado por la ciudad y silba medroso y plañidero en las castizas encrucijadas de estas silenciosas callejas... Entonces, alucinado y trédulo, he creído ver en estas agrietadas paredes, misteriosamente proyectados por la luna invernal, como la sombra calotriante y terrífica de los



palos de una horca, y he creído ver manchas sangrientas en la portalada, y oír tumultos de lucha y quejidos de moribundos á lo largo de estos desiertos corredores, escapándose como palomas heridas y amedrentadas, por estos balcones típicos, húmedos y rotos...

El ventarrón fingía rugidos y sollozos, y al agitar estas maderas carcomidas, dijérase que aporreaban tras ellas, repetida y furiosamente, unas manos invisibles, crispadas y convulsas, que pedían auxilio á través de la trágica y desamparada noche...

Entre las historias que se cuentan de la Casa de las Muertes, las hay para todos los gustos. Unas, las más repulsivas, narran escenas de vulgares asesinatos por robos, en la que vagan unas sombras patibularias de plebeyos esgrimiendo navajas cachicuernas, y rufianes armados de agudas y punzantes dagas, y unos antipáticos espectros de viejos avaros que, abrazados febrilmente al talego de sus monedas, caen llenos de rabia y de heridas...

Otras hay caballerescas, donde las nobles espadas riñen hidalga y gentilmente, con galanía y con bravura, lidiando por los favores de una veleidosa y linda mujer... Entre estas últimas, por parecerme una interesante historia de sangre y de celos, muy á la española—que rima muy bien con estas casas solariegas, donde el amor y el valor y la bizarría y la hidalguía, junto con la inconstancia clásica y funesta de las mujeres, escribieron muchas sangrientas leyendas—, he escogido una bravísima, á mi entender, que voy, lector, á ofrecerte de seguida.

Hela aquí:

D. Diego fué hombre arrogante en todo: en el corazón y en la presencia. Fué reñidor y enamorado,

soldado y poeta, como el mayor número de los claros varones de aquellos tiempos grandes y esclarecidos. Rindió á las mujeres con la divina música de oro, fragante y galante, de sus poéticos decires, y á los hombres con los golpes invencibles y rápidos, recios y certeros, de su rabiatesa tizona, bien cubierta de gloria en cien batallas.

D. Diego hubo amores con muchas y muy principales damas de la ciudad. Los mejor defendidos zaguanes viéronle traspasar bajo sus macizos dinteles, guiado por alguna discreta dueña, en el silencio de las noches, hasta subir furtivamente las nobles escalinatas lujosas, y aventurarse por las ricas y tapizadas estancias, y dar, por fin, en el secreto aposento donde su amor, vestido de gala y fiesta, espérbale en cruz los brazos y estallando en suspiros los labios y el corazón, cerca de la cámara escondida y nupcial...

Fué terror de padres precavidos y de maridos celosos. Temíasele en la calle por valiente y en las iglesias por enamorado. Las puertas y las rejas no se le resistieron, como tampoco la honesta virtud de muchas mujeres. Y es que para sus almas hubo D. Diego la celeste llave bruja de sus madrigales, que dejábalas de par en par abiertas al libre y delicioso camino de la seducción, y, en cuanto á rivales y guardadores, la su gentil maestría en las armas, que hizo de don Diego algo inexpugnable, le franqueaba el sendero de enemigos.

Pues bien: este gran burlador del amor, de las espadas y de la justicia, este hermano, por doble vínculo, del Don Juan de Tirso y del Don Juan de Zorri-lla, este arrogante salamanquino, tan temible como el famoso sevillano, vino á purgarlas todas juntas, como

dicen, en la gentil persona de su legítima mujer...

Quiso la irónica y mala estrella de D. Diego que viera á enamorarse, rendida y apasionadamente, de una tal doña Mencía, salida á la sazón de un convento de monjas recoletas. Era doña Mencía bella como un sol, callada como una muda, tímida como una colegiala, amante como una tor tolica y asustadiza como una corza. D. Diego prendóse de aquel gracioso encogimiento, de aquel suspirar silenciosamente, de aquel dulce mirar, tan tierno y tan amoroso. Pero apenas fueron las bodas celebradas y rasgado para la dama el velo del misterio de la vida, y gustada la placentera miel del matrimonio, dió doña Mencía en hacer carantoñas á éste y al de más allá, y en sonreirles con muy buena gracia y, mucho aire de promesa, y en hablar tan picaresca en el concepto y tan suelta en el decir, que no parecía—y así las gentes, piadosamente, la interpretaron—sino que la cándida novicia trajo de su conventual retiro la divina misión de ser ella vengadora de cuantas mujeres fueron seducidas y abandonadas por la galante y atropellada veleidad de D. Diego.

Y así como ninguna mujer, hasta prendarse de doña Mencía, pudo ufanarse de haberle retenido á él más de tres noches seguidas, doña Mencía, no bien los deberes militares llamaban á D. Diego para combatir en el campo con los enemigos, buscaba cada tres noches la picante delicia del amor en diferentes talles varoniles.

La afrenta de D. Diego hizose pública y sonábase por la ciudad, al desnudo y con descaro. Al regresar de una batalla, y de labios de sus nobles deudos, súpola él, á hora de anohecida, camino de Salamanca. Dijéronle, mondos y lirondos, hasta los nombres de

los tres galanes que alternaban á la sazón en la posesión sabrosa de la inconstante y gentil doña Mencía. La vergüenza del ultraje y la sangrienta desgarradura en el velo de sus amores, que hasta entonces, celeste y dorado, ocultóle la afrentosa realidad, pusieron á D. Diego encendido hasta el blanco de los ojos...

Formó su decisión rápidamente. Mataría á los tres. Sería su venganza despiadada y terrible, implacable y astuta. Lavaría con sangre aquel negro oprobio inferido á su honra, y en aquella sangre misma habría de ahogarse doña Mencía, y en ella cerrar sus divinos ojos para siempre...

Fingió como que se burlaba de lo que oía, dijo no creer lo que se sonaba público, y pretextó haber de dirigirse en seguida, porque en tal punto se recordaba de ello, á una partida de caza en los montes de León. Volvió el caballo y se perdió al galope, tomando el sendero atrás.

Algún fiero pensamiento barruntaron sus amigos; pero tuvieron por bien respetar el misterio en que D. Diego gustaba de envolverse, y llegados á Salamanca dijeron á doña Mencía que su marido, salvo de los peligros de la guerra, habíase despartado de su compañía y dirigido á los montes de León, á una grande y arriesgada partida de caza, donde era reclamado.

Doña Mencía holgóse mucho de ello, y como ya tenía avisado á su cortejo de aquella noche que no fuese en su busca, porque D. Diego era de vuelta y á recibirle al camino habían salido sus deudos, volvió á enviarle un billete, en el que bien pudo decirle, como en el viejo romance de «Blanca Niña»:

Dormilda, señor, dormilda,  
desarmado sin temor,  
que el conde es ido á la caza  
á los montes de León.

Ello fué que á la mañana siguiente, frente á la portalada de la casa de D. Diego, bajo el balcón de la cámara de doña Mencía, amaneció un galán muerto y desangrado, con una herida en el pecho que le comunicaba con la espalda, pregonera de una estocada tan diestra como terrible.

Era época de frecuentes muertes en desafíos, y los vecinos de Salamanca no pararon mucho en ello, atribuyéndolo á la incontinencia amorosa de doña Mencía, que así cortejaba con varios galanes á la vez.

Móvióse un tanto la justicia—olfateando más en el fondo de las faltriqueras que en los recovecos de las conciencias—, hiciéronse y levantáronse prisiones, hubieron lugar largos interrogatorios infructuosos, y todo vino á quedar en calma, hasta que, de allí á pocas noches, y en el mismo sitio que el primero, amaneció otro hidalgo muerto, desangrado también y con una profunda y horrible herida en el propio centro del corazón...

No explicábase nadie estas dos misteriosas muertes, á no ser los deudos de D. Diego, que callaban. Les constaba su destreza para reñir, y sabían que habría matado á sus dos rivales, y aun que podría matar á veinte, sin apenas levantar rumor de espadas, al primer golpe.

Hubo nuevo revuelo de corchetes, alguaciles, esbirros, escribanos y golillas. Mesábase doña Mencía los abundantes y ondulados cabellos, desesperada y llorosa, discurriendo cuál mano criminal habríala privado

de la sabrosa placentería de aquellos dos galanes tan gentiles, y desesperábase más porque los cortejos parecían huir de ella y llevarse de los medrosos cuentos que empezaban á rodear, como un cerco de sangre, su persona y su casa.

Encargóse el tiempo de ir serenando los ánimos poco á poco, y el tercer cortejo de doña Mencía, que era hombre con puntas y ribetes de valiente, porque no se siguiera diciendo de él que también dejábase amedrentar por las historias que las viejas decían tras el fuego, se aventuró á reanudar el interrumpido camino de sus amores. Y una noche de lluvia y de viento decidióse á llamar, con la seña convenida, á las puertas de la casa de doña Mencía. Aún no le habían de adentro respondido cuando un hombre saltó al medio de la calle, retiróle de la puerta de un violento empujón, y le gritó, encendido en ira:

—¡Defendedos, D. Lope!

Muy luego, herido de muerte por el que así gritó, caía desangrándose el tercero de los galanes de doña Mencía. Pero D. Lope era duro y diestro en el reñir, y el otro combatiente quedó mal herido también.

El rugido bronco y sollozante del viento no permitió á la dama escuchar el ruido del lidiar de las espadas, y una dueña, persignándose con una mano, franqueó con la izquierda la puerta cautelosamente.

La dueña, reconociendo á D. Diego á la luz del farolillo del zaguán, y al descubrir, lívida de terror, aquel muerto en el centro de la calle, espantóse y quiso gritar y dar señas; pero no consiguió sino agitarse y revolverse en el suelo, rápida y fuertemente amordazada.

Doña Mencía, al ver penetrar á su marido, desnuda

la espada aún, fulgurantes los ojos, sangrando de un costado y horriblemente pálido y risueño, lo adivinó todo de golpe y creyó caer desmayada. Arrodillóse, blanca como difunta, y pidió perdón y clemencia con gritos y lágrimas y sollozos capaces de ablandar las entrañas de una roca... Estaba más bella que nunca; lujosamente ataviada para el festín del amor y del placer... D. Diego quiso tirarla una estocada, y fuera que se desangraba á momentos, ó fuera que viese á doña Mencía tan hermosa, ello fué que su mano soltó los gavilanes, y que los ojos se le cerraron, y que la espada vino al suelo, sangrienta hasta los primorosos calados de la taza...

D. Diego, rehaciéndose, otra vez pensó matar á su culpable esposa, y viéndose desarmado — porque doña Mencía se dió muy buena prisa á arrojar la espada por el balcón — precipitóse sobre ella y la apretó furiosamente por el cuello, atenazadas y crispadas las manos.

La mucha sangre que perdía D. Diego trájole pronto la agonía; pero no logró entreabrirle las manos apresadoras... Quiere decirse que agonizaron juntos los dos: de asfixia y de terror doña Mencía, y de pena y desangrándose D. Diego.

Cuando amaneció el día, y los vecinos divisaron á la dueña amordazada en un rincón del zaguán, tras la entornada puerta, y tomando por las escaleras arriba llegaron á la cámara de los señores, vieron, trémulos y sin habla, sobrecogidos ante el espeluznante cuadro, dos cadáveres al pie de un rico vargueño tendidos...

D. Diego, con una indefinible y terrible sonrisa, seguía apresando entre sus manos, aun después de

muerto, el cuello amoratado de doña Mencía, que aparecía horrible y monstruosa, vestida de fiesta y de gala, y con los ojos abiertos, muy abiertos, alucinantes, como si todavía contemplasen, llenos de espanto, una negra pesadilla de terror y de muerte...



## LA VIEJA BARRIADA

El silencio es profundo. La calma parece definitiva. Las calles vetustas, bajo el pródigo y candente sol, duermen un sueño de siglos. Se respira como un aroma de eternidad. En las viejas fachadas amarillentas, destácase la hidalguía, la pompa caballeresca de escudos nobiliarios: cimera, espadas, dagas, leones...

Las épocas han variado, y muchas de estas venerables casas solariegas no son ricas moradas de nobles caballeros. Su orgullo legendario y su prestigio heroico han sido vencidos por el tiempo, ese paladín implacable y tenaz, siempre victorioso en el torneo perenne de la vida. Los años lo mudan todo, y los coseletes, los cascos, las mallas, las lanzas, han cedido á las cayadas rústicas de los pastores y á las picas toscas con que los gañanes guían á los buzyes. Donde antaño se emplazó un palacio señorial y altivo, en que las ricas hembras solazábanse con valientes caballeros cristianos, y duques y condes cruzaban sus diestras espadas por el encanto de unos ojos bellos, emplázanse hogaño posadas y mesones, en los cuales mozas plebeyas y arrieros burdos retozan animados de su grosera bestialidad. A veces suena una blasfemia, acaso en la misma pieza espaciosa que fuera capilla del palacio, y no es

raro que un hombre, ensangrentado el pecho, caiga al suelo de golpe, en riña por unos dineros y no herido de espada caballeresca, sí de rufianesca navaja cachicuerna y traidora.

Bajo los escudos ábrense al sol y al aire las clásicas ventanas defendidas por rejas admirables, de vieja y peregrina forja.

De tiempo en tiempo, rompen el silencio unas campanadas graves, amplias, lentas, que caen desde lo alto de la catedral, litúrgicas y solemnes, y se alargan sollozantes, de torre en torre, de iglesia en iglesia, repercutiendo en la sonoridad de las cúpulas ..

A poco vuelve el silencio, sólo interrumpido á largos intervalos por el cantar somnoliento de las codornices enjauladas, por el paso de algún orondo canónigo ó por el de algún viejo mendigo que transciende á ese agrio inconfundible de la miseria.

Un hombre tiznado y andrajoso, un calderero errante, al hombro su mezquina carga de cazos y de sartenes, alborota un momento la paz de la callejuca, repicando un martillo contra una plancha de hierro. Nadie precisa de él, nadie le llama. El calderero mira á las ventanas, sin cesar en su repique, y desde ninguna le solicitan. Mira á los zaguanes, y ninguna de estas viejas que se amparan en la fresca penumbra, abismadas en sus labores, con las largas agujas entre sus manos temblorosas levanta la cabeza para verle pasar. Y allá, al final de la calle, en una encrucijada, desaparece el calderero, con los últimos ecos metálicos de su pregón característico.

El sol pone las calles como tortuosos regueros de luz. El aire abrasa. Las puertas portaleras, de un purísimo arco románico, están entornadas. Entre ellas

vese el piso enchinarrado, recién regado con agua fresca del pozo. Dan una deliciosa nota de paz y de frescura. Acometen deseos de entrar, y sentarse, y descansar allí...

De un edificio frontero salen unas vocecitas suaves, acordadas en un coro de cristal. Parece cantar de ángeles y piar de pájaros. La dulce canción infantil tiene un ritmo religioso. Son las niñas de un colegio. Dieron las cinco de la tarde, y las niñas, temblorosos los pechos bajo los delantalitos blancos, cantan sus oraciones á la Santa Virgen María...

En el fondo de esta calle evocadora se abre una plaza amplia, silenciosa, toda llena de calma y de sol, con unos árboles reverdecidos, que es como un remanso. Igual que regatos, humildes y tortuosas, afluyen á ella muchas callejuelas. En un rincón de la plaza, cercado de blancos tapias, hay un jardín. Sobre la blancura de las tapias, amorosamente, reclinan las ramas florecidas de unos almendros jugosos. Primogénita de los dueños de este jardín será una muhcachita bella y dulce, que soñará sus amores bajo los almendros en flor... Tal vez el blanco muro conoce las audacias de un gallardo estudiante, conquistador y valiente como D. Félix de Montemar.

Acaso, en líricas noches de luna, estos almendros mismos han sentido temblar sus ramas entre románticas frases juveniles y un armonioso rumor de besos. Quién sabe si las notas del piano, que á menudo revolverán por los senderos del jardín, serán la elegía melancólica de alguna dulce locura adorable y sentimental.

El alma de un jardín, para los poetas, es siempre una estrofa. El lugar y la hora son propicios á la diva-

gación, y yo encuentro un placer voluptuoso en ir leyendo esta estrofa peregrina, que tiene un ritmo de amor y de juventud, y en ir arrancando, uno á uno, los versos dispersos por el ambiente; en el sol, en los árboles, en el silencio, en los aromas, y componer una y mil veces la canción de amores, para recitarla en la sagrada intimidad de esta hora y de este sitio, y para encerrarla con llave de oro en el santuario de mi corazón...

Ha ido anocheciendo. El cielo pónese obscuro y las sombras prestan á la vieja barriada un aspecto siniestro. Los pétreos escudos nobiliarios y las afligranadas rejas antiguas adquieren con esta luz un penetrante sabor de leyenda. Echanse de menos los embizados misteriosos, el sonido marcial de las espuelas y los bravos chambergos caballerescos. En cada esquina parece que ha de oirse chocar de espadas y ayes de moribundos. Aventurándome entre encrucijadas sombrías llego hasta el campo.

Los tiempos prosaicos que vivimos no me han deparado ninguna aventura. Ni caballero con quien pelear, ni tapada á quien seguir.

La luna se muestra entera, vertiéndose sobre el llano. Por los caminos cantan los gañanes. Y las chicharras, monocordes y estridentes, alborotan la paz de la llanura con el chirrido desgarrado de sus élitros, pregoneros del estío y de la fértil abundancia de la mies...

## LA CASA DE SANTA TERESA

Es la tal casa un edificio sencillo y bien humilde en su construcción. A no ser por el grande prestigio que le presta el que dentro de sus muros habitase un tiempo la sabia doctora de Ávila, la dulce, la entrañable, la poética, la seráfica, la extática, la sensualísima y mística Teresa de Jesús, poco de notable ofrecería á los ojos de los artistas y al espíritu de los soñadores, tan inclinado á rumiar líricamente, en horas de emoción y de soledad, las sabrosas evocaciones del vivir pretérito de la raza.

Los dos escudos nobiliarios que tiene á los lados del balcón y las grandes dovelas del arco de su puerta indican á las claras que la casa perteneció á alguna noble familia de entonces. Y así fué, en efecto, y hasta parece comprobado que era la casa solariega de los Ovalles, señores de la Puebla de Escalonilla.

Estas sencillas paredes, venerables por haber cobijado á la suavísima Teresa, ungidas, por sólo esto, de una alta aristocracia espiritual, penetrante y sagrada, albergáronla, quemada del sol y entumecida de las nieves de los caminos, heridos los pies en los zarzales de los senderos, rendidos y ensangretandos, mal defendidos per el cuero de las sandalias, cuando exhausta

y enferma, pero con la esperanza entera, el pensamiento y los ojos en Dios y el corazón en lo alto, llegó á estos gloriosos llanos de Salamanca desde las tendidas llanuras de Ávila, vispera de Todos los Santos, el día 31 de Octubre de 1570, con el cristiano deseo de fundar en estas tierras salamanquinas un convento de la Orden.

La misma incomparable Santa, en los capítulos XVIII y XIX de sus obras, nos habla del gran sobresalto que ella y una compañera, apellidada María del Sacramento, pasaron en esta casa vetusta por causa de unos estudiantes que hubieron de salir de ella para dejársela libre y desocupada á las monjas.

Oigamos cómo la divina Teresa narra el trance interesante y medroso en los capítulos expresados de su *Libro de las fundaciones*:

«Pues una vispera de Todos los Santos, el año que queda dicho, á mediodía llegamos á la ciudad de Salamanca. Desde una posada procuré saber de un buen hombre de allí, á quien tenía encomendado me tuviese desembarazada la casa, llamado Nicolás Gutiérrez, harto siervo de Dios, que había ganado de su majestad, con su buena vida, una paz y contento en los trabajos grande; que había tenido muchos y vistose en gran prosperidad, y había quedado muy pobre y llevábalo con tanta alegría como la riqueza. Éste trabajó mucho en aquella fundación, con harta devoción y voluntad. Como vino, díjome que la casa no estaba desembarazada, que no había podido acabar con los estudiantes que saliesen della. Yo le dije lo que importaba que luego nos la diesen, antes que se entendiese que yo estaba en el lugar, que siempre andaba con miedo, no hubiese algún estorbo, como tengo di-

cho. Él fué á cuya era la casa, y tanto trabajó, que se la desembarazaron aquella tarde; ya cuasi de noche entramos en ella. Fué la primera que fundé sin poner el Santísimo Sacramento, porque yo no pensaba en tomar la posesión si no se ponía; y había yo sabido que no importaba, que fué harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes, que como no deben tener esa curiosidad, estaba de suerte toda la casa que no se trabajó poco aquella noche.

» Otro día, por la mañana, se dijo la primera misa, y procuré que fuesen por las monjas, que habían de venir de Medina del Campo. Quedamos la noche de Todos los Santos, mi compañera y yo, solas. Yo os digo, hermanas, que cuando se me acuerda el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo, harto sierva de Dios, que me da gana de reir. La casa era muy grande y desbaratada, y con muchos desvanes, y mi compañera no había quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que como se habían enojado tanto de que salieran de la casa, que alguno se había escondido en ella, ellos lo que pudieran muy bien hacer, según había adonde.

» Cerrámonos en una pieza donde estaba paja, que era lo primero que yo preveía para fundar la casa, porque teniéndolo, nó nos faltaba cama; en ella dormimos esa noche con unas dos mantas que nos prestaron. Otro día, unas monjas que estaban junto, que pensamos las pesara mucho, nos prestaron ropas para las compañeras que habían de venir, y nos enviaron limosnas; llamábase Santa Isabel, y todo el tiempo que estuvimos en aquella casa nos hicieron harto buenas obras y limosnas. Como mi compañera se vió cerrada en aquella pieza, parece sosegó algo cuanto á los estudiantes,

aunque no hacía si no mirar á una parte y á otra, todavía con temores, y el demonio que la debía ayudar con representarla pensamientos de peligro para turbarme á mí; que con la flaqueza de corazón que tengo nó me solía bastar. Yo la dije qué miraba, pues allí no podía entrar nadie. Dijome: «Madre, estoy pensando si ahora me muriera yo aquí, ¿qué haríades sola?» Aquello, si fuera, me parecía recia cosa; hizome pensar un poco en ello y aun haber miedo; porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no lo he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que, como he dicho, era noche de ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento en niñerías: cuando entiende que de él no se ha miedo busca otros rodeos.»

Tal es el cuadro que de la noche de su llegada á Salamanca nos ofrece la suelta y amadisima prosa de Teresa. Ahora, lector, con poco esfuerzo imaginativo podemos completarle nosotros.

El viento huracanado de Noviembre se arrastraba ronco y espantoso por las calles viejas de la ciudad. Batía las maderas del balcón, y, filtrándose por las grietas del tejado, rugía á través de las grandes y desiertas estancias, y sollozaba á lo largo de los amplios desvanes vacíos... De los campanarios, sonoras y lúgubres, caían unas campanadas lentas y graves, con un triste tañer medroso, como si volteasen por aquellas ánimas en pena que gemían empujadas por los vientos, de aquí para allá, en carreras frenéticas y en locos remolinos, llenándolo todo, atropellándose en los rincones oscuros y en las serpeteantes callejuelas, en los erguidos y gloriosos campanarios y en las bajas y negras encrucijadas...



María del Sacramento, á cada misterioso ruido, incorporábase lívida sobre su humilde lecho de pajas secas y crujientes, y miraba, amedrentada, en derredor suyo... Con grande sobresalto del corazón esperaba, de un momento á otro, ver derribada la puerta por un grupo de cínicos y desenfadados estudiantes, en son de guerra, rencorosos y terribles, que venían, huraños y vengativos, á pedirles severa cuenta de por qué les habían obligado á desembarazar la casa... Aún pensaba fuera peor verles entrar en son de orgía, locos y descreídos, dispuestos á realizar un sacrilegio abominable...

María del Sacramento cruzaba sobre el pecho castísimo las manos de marfil, que temblaban como dos lirios, y pedía devotamente al Señor, con ansias vivas, que pronto fueran venidos los alegres y dorados resplandores de un buen amanecer...

Teresa la consolaba, amorosa, confiada y dulce... Pero cuando María del Sacramento creyó morir, y díjolo á su compañera, Teresa, sobre las miserables pajas del lecho estremeciése de la cabeza á los pies... Había un extraño y grande temor á los muertos, y espantábase de pensar que aquello pudiera acaecer como María del Sacramento decía, y que podía verse sola en aquella casona desconocida y deshabitada, con una muerta al lado suyo, amarilla, y fría, y tiesa...

No temía á su muerte propia; había pensado en ella muchas veces, como en una esperanza de bendición, y hasta balbuceaba de continuo, el alma trémula como un pajarico enjaulado y la mirada extática y vuelta hacia la altura:

Vivo sin vivir en mí,  
y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero.

En otras apasionadas horas—que fueron todas las suyas—, viendo que se prolongaba su vida terrena y que su anhelo vehementísimo de reclinarse, tal que dicen los versos de San Juan de la Cruz,

entre los dulces brazos del amado,

se retardaba más de lo que ella apetecía en el secreto fragante de su corazón, repetíase melancólica, puestos sus más vivos afanes en la delicia de este bajo morir:

¡Ay, qué larga es esta vida,  
qué duros estos destierros!

Si; Teresa estaba familiarizada con la idea de su propia muerte; anhelaba, con su pasión exaltadísima, partirse de esta existencia perecedera y nacer á la vida inmortal, en los altos cielos nebulosos; pero la idea de la muerte era cosa que parecía la recia, medrosa y alucinante...

Y así, la dulce y suavísima Teresa de Jesús se sobresaltaba y estremecía oyendo y mirando á la asustadiza María del Sacramento.

Seguían los altos campanarios vertiendo el triste toque de ánimas por la boca grave y sonora de sus campanas, y seguía el viento sollozando por las callejas desiertas y gimiendo por los desvanes vacíos.

María del Sacramento y Teresa de Jesús temblaban y rezaban sobre las pajas crujientes, viendo de espantar de su sentido aquella mala pesadilla, enredo del demonio, sin duda.

Y huyó la pesadilla, por fin... Deshízola, como humo en el aire, la primera luz del amanecer, dorada y azulina, que penetraba gloriosamente por el postigo del viejo balcón.

Y entonces, en los labios convulsos de las carmelitas, floreció una sonrisa de serenidad y floreció una plegaria de agradecimiento, como dos rosas que se abrían alegres y fragantes en el místico jardín de sus almas...



## LA CASA DE LA SALINA

Era á fines del siglo xv, pasado ya aquel reinado de Don Juan II; fecundo para la literatura castellana, de cuya poética corte nos ha ofrecido un cuadro fresco, entonado y vivo, la pluma admirable y admirada de Enrique de Mesa; era en las postrimerías de la décimoquinta centuria, cuando con espléndido y brillante aparato llegó la corte á Salamanca, y entre la bizarra tropa de cortesanos muchos prelados y grandes, y muy hermosas y gentiles damas, y muy ricos y orgullosos caballeros. Con estos tales, opulento y magnífico, llegóse D. Alfonso de Fonseca, natural de esta ciudad gloriosa, oriundo de una familia rancia y linajuda, el mismo que ocupara después la silla arzobispal de Santiago y ostentado la alta dignidad de patriarca de Alejandría, por la que más generalmente es conocido de todos y llevado y traído en las páginas de la Historia.

El Ayuntamiento de Salamanca, cortés, generoso y galante, como había por costumbre, dispensóles una fastuosa acogida y proporcionó á la corte un hospedaje digno de la muy elevada calidad de aquellas empingorotadas personas. De acuerdo con la prestigiosa y hospitalaria nobleza salmantina, hizo que los grandes

y los prelados y las damas fuesen lujosamente acogidos entre las familias de más limpia distinción y de más claro abolengo. Pero olvidó dispensar igual galantería á una señora apellidada doña María de Ulloa, muy hermosa y gallega de nacimiento, y amiga de la mayor y más sabrosa intimidad, al decir de los que se suponen bien informados, de Don Alfonso de Fonseca.

Doña María de Ulloa hubo de cobijarse, como Dios la diera á entender, tal que cualquiera villana indigna de la menor consideración por parte de los nobles, quizás en una de estas amplias y viejas posadas, donde los zafios arrieros riñen y los sanguíneos gañanes se refocilan con la complaciente moza del mesón, rijosa y legañuda; en una de estas posadas castizas, reunión de pícaros y de tratantes, que bien podía hoy ufanarse de haber cobijado á doña María de Ulloa, como la solariega casa del *Aguila*, hogaño en posada convertida, ostenta sobre su vetusta portalada una reacia y herrumbosa cadena, en recuerdo de la real visita que hiciérale un día el rey Don Juan I.

Ello aconteciera así ó aconteciera de otro modo, lo cierto fué que aquella noche, al recogerse D. Alfonso y doña María, la dama no gustó de mostrarse muy zalameramente rendida para con su dueño, y éste, mientras miraba de consolarla del ultraje que infirieronla los nobles salmantinos, buscaba el caliente nido de sus brazos, sediento de sed de amor y trémulo por las ansias del placer.

Doña María, ardiendo en la indignación de aquella afrenta, llenos de irritadas lágrimas sus hermosísimos ojos, interrogaba con la voz temblorosa y ronquiza:

«—¿Y habréis de consentir vos, Alfonso mío, esta

ofensa con que á los dos nos hieren en mi persona? Ved que alimento en mi vientre sangre de vuestra misma sangre y vida de vuestra misma vida. Vedme llorar de los ojos, y pensad que lloro también del alma. Y ¿habréis de consentir mi afrenta y la de vuestro hijo por nacer? Apartaos, apartaos de mí y nunca más volváis, que hombre que así consiente que me afrenten en su tierra, no es merecedor de que estos ojos le miren ni estos labios le regalen.»

Y D. Alfonso, enamorado y soberbio como cumplido castellano, juró á la dama que ella había de poseer en Salamanca, para escarmiento de los unos y envidia de los otros, el más rico palacio de la ciudad.

Y así fué, en efecto. Poco después y destinado á servir de morada á Doña María de Ulloa, edificábase en la antigua calle de Albarderos—hoy de San Pablo—la más preciosa y espléndida fábrica plateresca, del más elegante y libre gusto del Renacimiento, entre todas las que honran y enaltecen el prestigio artístico y monumental de Salamanca.

Del mismo modo que no escaseó su amor á doña María, tampoco escaseóla sus dineros el gran Fonseca. Su corazón y su bolsa estaban bien abiertos á todos los caprichos de su dama. Y en episodio tan memorable, D. Alfonso quiso darla pruebas de su cariño y de su liberalidad. De vivir hoy, influido por nuestro miserable ambiente, tal vez el magnífico patriarca hubiese alquilado para su barragana una casita modesta en algún barrio apartado, y hubiérala abonado en algún *restaurant* económico. Pero aquellos eran tiempos grandes, tiempos de gallardía y de poesía. Y don Alfonso no desentonó de su época. Los mejores artifices de entonces labraron este palacio. Tal vez las ma-

nos mismas que bordaron en piedra la fachada plateresca de la Universidad, casi inverosímil, y la fachada del convento de San Esteban, casi milagrosa. Si no fueran las propias de Sardiña, de Ceroni y de Berruquete, fueron, sin duda, las mejores entre las de sus discípulos, ó las más sabias entre las de sus compañeros.

Forman el grandioso pórtico de *La Casa de la Salina* cuatro bellos arcos sostenidos por columnas exentas, profanadas desde que se macizaron para fabricar un entresuelo. Los colgantes y los relieves de sus capiteles, y los bustos esculpidos en los cinco medallones de las enjutas, son de una arrogancia, en particular los varoniles, muy capaz de satisfacer y aun de entusiasmar al crítico menos contentadizo. Y el mismo excelente y sugestivo arte échase de ver en las tres cuadradas ventanas del cuerpo principal, hoy torpemente transformadas en balcones—, y en los hombres atléticos que los sostienen, y en los primorosos angelitos, llenos de gracia y ligereza, asentados sobre las columnas de sus jambas, cuyas bases, fustes y capiteles, son bien ricos en admirables labores.

Pero lo más hermoso de este gran modelo del arte plateresco es, sin duda, su bellissimo patio. Tres esbeltos arcos de medio punto, á la mano izquierda, trazan un delicioso pórtico semejante al de la entrada. Frente á este arco, sobre la escalera, arrancan otros alcovados de altas pilastras y aparece encima una lindísima galería, con antepecho calado, de un gótico más puro. Lo más notable está en las diez y seis arrogantísimas ménsulas, sembradas por sus dos caras de magníficos y sorprendentes florones. «Nunca—dice el ilustre Quadrado—el cincel ha representado con más



vigor la musculatura humana, ni con más expresión el esfuerzo y la fátiga que en aquellos membrudos atletas, jóvenes y ancianos, que llevando el peso de las ménsulas con académicas y variadas posturas, y terminando en una voluta sus piernas, reciben sobre sus hombros una monstruosa alimaña con cabeza de fiera tan multiforme y caprichosa como suele observarse en las gárgolas.

Bien pudo consolarse doña María de Ulloa, en la posesión de tan espléndido palacio, de la cruda y manifiesta descortesía con que acogieronla los nobles salmantinos, y á buen seguro que muchos de ellos envidiaríanla esta soberbia y plateresca fábrica que la pasión y la generosidad de un hombre levantó orgulloosamente en una de las calles más principales de Salamanca, para que doña María lo habitase y reinara como única dueña y señora dentro de aquellos muros que el arte y el amor hacían sagrados y gloriosos.

Aquí mismo, en este patio sorprendente, alentarían antaño, con fuerte y jugoso alentar de vida, muchas placenteras horas henchidas de sensualidad robusta y desatada, que rimarían libres y alegres episodios de amor entre el prócer y apasionado D. Alfonso y la hermosa y altiva doña María...

Los estivales y líricos cielos, altos y pletóricos de estrellas, luminosos y misteriosos, pondrían sobre este patio de maravilla, que parece embrujado por el sutil arte de los últimos años del siglo xv y primeros del xvi, como una milagrosa techumbre, digna de esta rica belleza monumental.

Las fragancias de los huertos cercanos, trascendiendo á frescos frutos maduros, perfumados de sol, llenarían el sentido de los amantes, codicioso y febril,

de un afán de lujuria lenta y encendida, como la lujuria insaciable y rítmica de esos poéticos y rijosos cuentos que nos ha legado el Oriente

Pero los años que vivimos son bien distintos de aquellos que vivieron doña María y D. Alfonso, y hoy este rico palacio, cuyas piedras centenarias guardan tantos secretos de amor; en cuyo patio, libre y suelta la rima, palpitaron tantas bellas y ardientes estrofas pasionales, y cuyos muros parecen todavía hablarnos, por las bocas de sus escudos con cinco estrellas, del magnánimo y galante patriarca de Alejandría, hase convertido por mala obra y peor gracia de la ruin prosa de nuestros tiempos, en casa de la Diputación provincial. .

Y donde antaño desmayó de amores una bella mujer entre los brazos de su enamorado, en un ambiente de bazarria y de poesía, saturado de arte en las piedras y en las almas, en el misterio lírico de las altas noches fragantes, hogaño unos señores caciques, que han hojeado el Alcubilla más que las antologías, discuten retóricamente sobre cosas de política, con minúscula, y sobre cosas de administración.

SEGUNDA PARTE  
DE LA TIERRA Y DE LOS HOMBRES



## ESTOS, FABIO, ¡AY DOLOR!...

Interior de una casa rústica. Una cuadra grande y destartalada. Viejas y húmedas vigas sostienen la techumbre. El piso es de rojizos y rotos ladrillones. Tras la encaladura de los muros, á trechos derruidos, vese el color pardo de los adobes terrosos. Una mesa, un armarico y algunas sillas; todo de madera blanca y refregada. Al fondo, una ventana, por la que penetra una luz lívida y triste, de amanecer invernal. Los barbechos amarillean en el paisaje. Cae una llovizna fría. Los álamos tiemblan, altos y desnudos, como si sintiesen el helado relente de la madrugada...

En el centro de la estancia hay un cofre peludo y bermejo. Teresa, con el ademán tardinero y el gesto lloroso, va liando ropas y acomodándolas en el cofre. Teresa viste un obscuro y recio refajo; lleva ceñida al talle una parda toquilla estambreña, luce medias toscas y azules y calza unos zapatos claveteados. Es aún joven y guapa. Sus grandes ojos están llenos de melancolía. De vez en vez mira hacia la ventana, hacia el campo, y tiene que esforzarse para no llorar...

Florentino, con pantalón y chaleco de pana, en mangas de camisa, cubierta la brava cabeza por un

grande y viejo sombrero de fieltro, lía y ata unas mantas.

Teresa y Florentino son pegujaleros arruinados. Llevaban en arriendo una dehesa, y los años vinieron mal, y los amos no hubieron consideración de ésto, y exigieron el cumplimiento del contrato, y el infeliz matrimonio, tras tantos años de honradez y de brega, tiene ahora que vender lo poco que posee, y luego de malbaratarlo todo marchar á tierras americanas, aventureramente, en busca de un problemático bienestar... La esperanza les cegó el sentido y ellos firmaron aquel contrato—uno de estos tremendos contratos de arrendamientos rústicos—, ni mejor ni peor que la mayoría de su clase, y á ello se avinieron con el ánimo resuelto y el corazón alegre, dispuestos á bregar con tesón y sin reposo para asegurar su vejez, por hacer un caudal, por el pan de sus hijos... Pero los años vinieron mal y se perdió mucha miés, y muchos frutos se helaron, y los amos exigían la renta...

El padre de Teresa, labrador bien acomodado en tiempos, arruinóse también en el trajín del campo, y nada podía hacer ahora sino mirar, llorando, como se le iban aquellos hijos tan buenos... Él quedaría aquí, en Castilla, al cuidado de otra hija, á la que todos esperaban á la sazón, que vivía en un pueblo cercano... Isabel, la hermana de Teresa, no tardaría en llegar con su marido. Habían convenido en reunirse esta madrugada para darse un abrazo de despedida, el último quizás, y llevarse Isabel al padre.

La señá Ulpiana y la señá Mónica, bien abrigadas en sendos y negros mantones, sentadas cerca de la pared, contemplan con un gesto de estupor y de angustia el ir y venir silencioso de Florentino y de Te-

resa. La señá Ulpiana y la señá Mónica, muy viejas ya, viven en la casa frontera, y han salido tan de mañanica y con tiempo tan crudo, para acompañar el más posible á los emigrantes, á quienes han visto nacer. A las pobres viejas se les salta el corazón del pecho, y están trémulas y pálidas, como si asistiesen á una misteriosa catástrofe irreparable...

Hay dos hombres más en la estancia. Viejos también los dos. El más anciano sentado en un rincón. Es el padre de Teresa, el señor Sandalio. Tiene un gran pañuelo de colorines apresado en la diestra temblona y sarmentosa y, á las veces, hace como que tose, y como que se lleva el pañuelo á la boca, álzalo disimuladamente hasta los ojos, y se enjuga una lágrima...

Cerca de él, en pie, D. Dámaso. D. Dámaso es el médico del lugar. Grande amigo de la casa desde tiempos lejanos y contrapariante del señor Sandalio, en su rostro retrátase una grande emoción. Parece meditativo y calla también... Todos callan... Hay un silencio solemne y triste, largo y profundo, que parece que zumba... Sólo el clarín mañanero de los gallos suena de tarde en tarde, agudo y fanfarrón, á través de la fría llovizna...

La señá Mónica es quien primero se decide á hablar, y como si se desembarazasen de una carga penosa, como si hubieranlo estado deseando sin decidirse, todos van hablando después.

MÓNICA.—(*Con débil y lastimera voz.*) ¡Válgame el Señor, y cuánto habemos de ver en el mundo! ¡Mirai que la hija y los nietos de Sandalio tener que cruzar los mares pa buscar el pan!... ¡Válgame el Señor!...

FLORENTINO.—Tos los tiempos no son unos, señá

Mónica, y antaño era como antaño y hogaño es como hogaño.

ULPIANA.—Habréis mucha pena, ¿verdá? ¡Ay Virgen, si á mí me llevaran á cerrar los mis ojos afuera de aquí! Es muy malo dirse tan lejos.

FLORENTINO.—Lo que ha de hacerse, hacerlo agudo. ¡Lástima no haberlo determinao antes!

MÓNICA.—Hay valentías que salen caras, galán.

FLORENTINO.—Mejor será quedarse aquí como borregos, ¿no es eso? ¡Y que el lobo del hambre nos devore á tos!

ULPIANA.—Pero es lo que se dice... Cuesta duelo asepararse de lo que es de uno... Ahí tiés á tu mujer (*por Teresa*) con un agobio en el corazón que se la espeja en la cara... Ahí la tiés, más muerta que no otra cosa...

(*Teresa, medio llorando, sigue arreglando el cofre como si nada hubiera oído*)

FLORENTINO.—(*Por Teresa.*) Esta... ya es sabido... las mujeres... son ustés ansina... Pero habrá de conformarse á la postre... En América se pué vivir y aquí no... (*Cariñosamente á Teresa.*) Vamos, espabila y conténtate, que día llegará en que bendigas esta hora triste.

MÓNICA.—¡Válgame el Señor!

FLORENTINO.—(*Sin dejar su quehacer.*) Ya ven ustés Casiano cómo escribe lo bien que le va.

TERESA.—(*Queda y dolorosamente.*) ¿Y á Rufo? ¿Cómo le fué al probico de Rufo?... ¡Ese ya no pué escribir á naidel!

FLORENTINO.—Pa vivir, cualquier terreno es bueno; pa morir, tos son igual de malos.

TERESA.—Pero es lo que se dice...



MÓNICA.—¡Válgame el Señor!...

ULPIANA.—(*Suspirando tan lacrimosamente como Mónica.*) A mí se me espeaza el corazón de veros... ¿No podrias arreglarbos sin necesidá de este condenao viaje?... Apañándoos con la vuestra probeza... A cama chica, échate en medio...

FLORENTINO.—Las viejas pretenden ustés componerlo to con refranes. Y la desgracia no se lleva de decires refraneros ni de sentencias. Sobre que refranes los hay pa tos los gustos, y contra ese que usté acaba de mentar tengo yo un puño de ellos. A bolsa sin dinero, dígole cuero; antes que el diablo me quiebre un ojo, quiébrome yo los dos: más negro que el cuervo, no puén ser las alas... ¿Qué l'ha pareció á usté?

(*Entra por la derecha Romualdo, recio y robusto chicarrón, hijo de Teresa y Florentino; Romualdo siente su corazón de catorce años lleno de una viva y alegre curiosidad por aquel viaje tan misterioso y tan discutido. Mira un poco desorientado hacia todos, y el gesto lacrimoso de los viejos le hace sonreír sin querer.*)

FLORENTINO.—(*A Romualdo.*) ¡Qué! ¿Está listo el carro?

ROMUALDO.—Ya está á la puerta, padre. Y los que vienen con nosotros, ¿no han llegao entavía?

FLORENTINO.—Si vienen agudos, estarán llegando.

DON DÁMASO.—(*Al chico.*) ¿Tú marchas contento, galán?

ROMUALDO.—Ya ve usté..., sí, señor...

DON DÁMASO.—¡Dios te dé suerte, hijo mío!

ROMUALDO.—Y á usté mucha salud, don Dámaso.

(*Se oye llorar un niño. En el ambiente de fatalidad,*

*de desventura y de misterio que reina en la estancia, estos tiernos y dolorosos vagidos son algo triste y calofriante, lleno de desolación.)*

ULPIANA.—(Por el niño.) ¡Angelico!

SANDALIO.—¡Angelico de Dios!...

FLORENTINO.—(A Romualdo.) Anda, coge al tu hermano y tráiselo á madre.

*(Entra Romualdo por la derecha y sale luego sosteniendo en brazos un niño de pocos meses. Teresa le coge con amor, blanda y maternalmente, y siéntase en un rincón con él, acunándole, cerca del señor Sandalio, que mira silencioso á la hija y al nietecico, y hace en seguida como que tose y como que quiere contenerse la tos con el pañuelo de colores, y álzalo hasta los ojos y contra ellos lo restriega disimuladamente.)*

TERESA.—(Conteniendo con esfuerzo el llanto y mirando al hijo, que ahora ríe y juega en el regazo tibio de la madre.) ¡Pa qué habrás nacido tú, hijo de mis entrañas!...

*(Tras el pañuelo del viejo se escucha un sollozo ronco.)*

MÓNICA.—¡Válgame el Señor!...

FLORENTINO.—(Terminando de atar el cofre.) Ea, ¡esto s'ha arrematao!

*(Entran por la derecha tres hombres jóvenes. Traen á la espalda un lio con ropas y vienen abrigados con mantas.)*

HOMBRE 1.º.—¡Qué! ¿Estamos listos, Florentino? *(Fijándose en los demás.)* A la paz de Dios

HOMBRE 2.º.—Ahi en la Rivera se nos unirán otra porción de ellos. Y de la Armuña también embarca gente con nosotros.

ROMUALDO.—(*Alegre.*) ¡Bien acompañaos vamos á ir. El mozo del señor Antón también viene.

HOMBRE 2.º—(*Burda y cariñosamente á Teresa.*) Vamos, mujer, pon otra cara. Que la mi Blasa pa allá irá pronto, cuanti la mande dineros, y lo que ella siente es no dirse luego con nosotros.

FLORENTINO. —¡Me tién de un genial. ¡Parece que están de entierro!

SANDALIO.—(*Con la voz temblorosa, llena de lágrimas.*) Bien dicho está eso. Florentino; ya ves, yo soy viejo y no quió lloriquear. Pero no te extrañes de que el corazón sufra, porque el corazón na más se lleva de querer... Y esta hija (*por Teresa*), criá con tanto regalo... ¡Esta hija!...

(*No puede continuar. El llanto le ha formado un nudo doloroso en la garganta, donde tiemblan las venas salientes y arrugadas.*)

HOMBRE 3.º ¡No hay que ponerse tristes! Al fin y á la postre, lo mesmo será América que Castilla. Hombres y mujeres allá y hombres y mujeres aquí. Si Dios nos da suerte, aún podremos volver.

HOMBRE 1.º —¿Y pa qué hemos de volver, si es nuestra tierra la que nos echa?

SANDALIO —(*Haciendo un gran esfuerzo para hablar.*) No vos echa la tierra, sino el hambre, ga'án. Y son cosas bien diferentes. Tan diferentes, que el hambre es escasez y la tierra es hartura; ¡mía tú si hay comparanza!..

MÓNICA. ¡Válgame el Señor!..

SANDALIO. —(*En el mismo tono triste.*) No quió cirvos decir mal de la tierra, porque yo he sío labrador muchos años y sé bien cuánto vale. ¿Qué más he de decirvos sino que ella mos da el pan y la salud, y

ella nos recogerá después de muertos, cuando ya tengamos los ojos cerraos pa siempre y estemos arropaos con el lienzo de la mortaja?... La tierra es nuestra madre, y una madre es siempre amante y buena, galán.

FLORENTINO.—Bien está; pero los hombres tién que ser hombres en tos los momentos. Tuviendo un pecho honrao y un noble sentir, y unos brazos recios pa la brega...

HOMBRE 1.º—Los que mos han traído á esta conformidá son los amos y los usureros, que tos vienen siendo una mesma cosa ..

HOMBRE 3.º—¡Los amos! ¡Buenos están los amos!

SANDALIO. To se lo llevan los amos. Mirai mi ejemplo; tantos años regando con mi sudor la tierra, dejándome la vida un día y otro día en los surcos cuando las siembras y en las parvas cuando las trillas, y á la vejez, ve ahí el pago: ver á los mis hijos y á los mis nietos cruzar los mares, porque no reunimos entre tos, después de tantas fatigas, un cacho de pan seguro ..

MÓNICA.—¡Válgame el Señor!

SANDALIO.—(*Con la voz llena de llanto.*) Yo no, porque soy hombre, pero ¿qué extraño es que las mujeres se desesperen á llorar?... Ahí tiés á la Teresa. (*Señalándola.*) ¡Parece medio defunta!...

FLORENTINO.—(*Queriendo cambiar de conversación.*) Pero ese Bernardo, ¿no viene? (*A Romualdo.*) Anda, hijo, llégate á ver...

(*Aparecen por la derecha un hombre como de veinticinco años y una vieja abrazada á él.*)

HOMBRE 2.º—(*Por los recién llegados.*) En mentando al rey de Roma ..

(*La vieja mira á todos con los ojos llenos de lágrima.*)

*mas, y reparando en don Dámaso, que está arrinconado y silencioso, rompe á llorar á lágrima viva y grita dolorosamente.)*

—¡Ay, pobre de mí, don Dámaso! ¡Pobre de mí... El un hijo quedó allá, en Melilla, esbaratao el pecho de un balazo, según dijón los compañeros; y éste, ya ve usted, don Dámaso.. ¡No hay caridá pa mí, señor!... ¡No hay caridá!...

BERNARDO. — ¡Pero, madre!...

ULPIANA.—¡Ay, Jesús bendito! ¡Ay, Jesús!...  
(*Florentino ha cargado con el cofre y lo ha sacado al carro. De vuelta, vistese un chaquetón y échase al hombre el lío de mantas.*)

FLORENTINO. — (*Al señor Sandalio y á Teresa, emocionado.*) Ahí viene corriendo la Isabel. Poco lloriqueo, Teresa.

ULPIANA. — ¡Ay, Jesús bendito!

MÓNICA. — ¡Válgame el Señor!

(*Se hace un silencio. A poco, muy nerviosa y muy de prisa, penetra en la estancia Isabel. Tras ella, muy silencioso, el marido. La presencia de Isabel, que decide la despedida, produce una explosión de dolor. Teresa, pálida y trémula, precipítase en los brazos de su hermana. Las dos rompen á llorar. Y lloran la señá Ulpiana y la señá Mónica. Y llora el señor Sandalio. Y llora la madre de Bernardo. Y don Dámaso teme que va á ahogarse por no romper á llorar como ellos. Y los otros hombres se esfuerzan, en vano, por desabrazar á las dos hermanas, á las que se ha unido el padre... Y el niño llora y patalea sobre una silla. Y suenan los sollozos cortados y bruscos, aquí y allá, como cuerdas de guitarra que saltasen. Y*

*sólo sollozos se escuchan fuera del clarinear mañanero de los gallos, que hasta allí llega, arrogante y desafiador, á través de la fría llovizna y á través de la honda tristeza del paisaje. .)*

Al fin, todos salen, y todos, menos D. Dámaso, montan en el carro, acomodándose sobre los lios de ropa. Rebota en el toldo la llovizna y resbala por los costados... El cielo está hosco y plomizo. Aulla el ventarrón por los caminos... Cabecean violentamente las ramas desnudas de los árboles... Está la tierra encharcada y blanda... Crujen las viejas ruedas del carro; clavan las mulas las patas en el fango resbaladizo, y tras un esfuerzo de las bestias, arranca el carro lentamente, tambaleándose en los baches... Los sollozos de las mujeres riman con el sollozo apagado de la lluvia...

Don Dámaso, tembloroso y triste, bajo su enorme paraguas verde, despide á los emigrantes, y los emigrantes, desde el carro, contestan agitando sus pañuelos...

Apenas se vislumbra el carro ya... Desaparece, tambaleándose, en el recodo de la carretera, en dirección al pueblo próximo, que tiene estación de ferrocarril. Aún se divisan los pañuelos agitándose en el aire... Ya nada se ve, sino el largo camino desierto y embarrado...

Don Dámaso quédase más triste cada vez, casi inconsolable... Piensa en el abandono de Castilla y en que los pueblos se quedan solos, y las madres sin hijos, y las mozas sin cortejos, y la tierra sin brazos, y todo silencioso y triste, con una tristeza que se mete por lo más entraño del corazón...

Ya los pueblos castellanos no son lo que conoció él, en sus años mozos y andariegos, de titular en titular...

Ahora se le figuran viejas casonas deshabitadas, como esas casas hidalgas y pudientes que vienen á menos, y sus moradores, aventureros y esperanzados, desaparecen un día para no volver más. .

Suspira con desaliento D. Dámaso, y siente que le pesa en el corazón la melancolía como la piedra de una sepultura... Parece que se deshace todo á su alrededor y que todos los hogares van á quedar vacíos, y todas las tierras baldías, y que Castilla—la gloriosa, la poderosa, la fecundísima Castilla—ha de tornarse, entera, un solo páramo inmenso y desolado, trágico y maldito, sin brazos que la salven del fracaso...

Unos versos de Rodrigo Caro, aquellos famosos á las ruinas de Itálica, hiérenle el recuerdo, proféticos y lúgubres:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora  
campos de soledad...

Y el pobre D. Dámaso, gran corazón y gran patriota, llora enternecido y á solas, bajo su enorme paraguas verde, azotado del ventarrón y de la lluvia.





## BONANZAS TARDÍAS

Nuestras cabalgaduras, sudorosas y jadeantes, van acortando el galope y detiéndose frente al amplio y rústico zaguán de la posada. En sus largas jornadas por los caminos han cobrado la amable experiencia de parar cabe estos típicos zaguanes mesoneros, lugar codiciado de reposo, punto donde descansa la fatiga, donde la vida ruda y trajinera rumia una buena hora, donde el sentido goza de ese olorcico penetrante que transciende la fresca bodega á vino trasañejo, rojo y claro, y donde suele recibirnos una fuerte moza campesina, de pujantes morbideces montaraces, ventanera y complaciente, en cuyos ojos, grandes y zumbones, nos obstinamos en leer algo como capítulos de novela picaresca, nocturnas aventuras en el mesón, brutalidades lujuriosas de los arrieros, tal que aquel poeta galante en el lindo rostro de Gerineldo, en los lirios azules de sus ojeras, leía locuras de amor de una reina caprichosa y gentil.

Descabalgamos, y al momento hacemos honor cumplido á este delicioso vinillo haloque, que elogió el padre Delicado en su *Lozana Andaluza*, y del cual vino dijo Baltasar de Alcázar que cada gota vale un florin.

Es la hora del medio día, y está el cielo bien azul, y el sol en toda su fuerza y la tierra removida y blanca, y reverberan los blancos caminos como luengos regueros de luz, rayando el tono parduzco y ocre de la llanura. A no ser esta desolación de la tierra y el color amarillo de los árboles, dijérase que este día de otoño es uno de los fuertes de Julio: tan azul está el cielo, y tan pródigo de sol y tan vivo y tan alegre todo. Y aún los árboles, á esta bravísima luz de medio día, parecen alegres también, altos y erguidos, con su color de oro y de fuego; son árboles que traen al ánimo, dulcemente, no una impresión de melancolía otoñal, sino la extraña y bella de una primavera peregrina y de una flora ígnea, dorada, milagrosa.

El sol ha infundido su jovialidad cálida en nosotros y el vino nos ha comunicado su irreflexivo optimismo. El sol y el vino llevan á la más placentera filosofía. El espíritu de Pangloss alienta en ellos. Nos sentimos felices... Y la felicidad, esa gran egoísta, también gran cegadora, en el sentido de que al mostrársenos sólo á ella nos permite ver, echa sobre nuestros ojos la venda de los espejismos amables, y nosotros sonreiremos un poco absurda y cruelmente, sonreiremos á todo, como si sonreír fuera nuestra única misión transcendental, como hombres que habitasen el mejor planeta de los mundos, como si todo marchase á maravilla sobre la tierra, como si nuestro dolor propio y el dolor de los demás no hubiese dejado nunca un surco de tristeza en nuestro corazón.

Este bello día, tan suave y tan perfumado, tan alegre y tan luminoso, parécenos creado para que todos los hombres y todas las cosas gocen deliciosamente de él, sin sombras en el cerebro pensativo ni congojas en

el alma desgarrada, regaladamente, bendiciendo la vida, esta vida tan buena, de un ritmo tan apacible y tan sabroso... Nos sentimos felices...

Pero he aquí que han penetrado en el mesón unos campesinos sin trabajo, cabizbajos y ceñudos, de un mirar angustioso y hosco, y que, tras de sentarse en una rinconada, han permanecido en su torva y dolorosa actitud. Yo les he invitado á beber con nosotros, y ellos han desarrugado el ceño, y luego de algunas débiles y prudentes negativas han bebido sobriamente y me han mirado con agradecimiento... Van de camino, hacia una dehesa lejana, en solicitud de trabajo y de jornal. Desconfían de lograrles porque el amo de la tierra, un hacendado señorón, no admite en sus dominios un solo labriego, y antes prefiere tenerlas incultas al efecto de que se despueblen los contornos, también de su propiedad. Él quiere tener allí extensos cotos de caza, y no otra cosa. Y aquellas casucas miserables, edificadas en terrenos de tal señor, y aquellos mugrientos campesinos, constituyen un lastimoso espectáculo que desagrada al prócer. Y como no se atreve á arrojarles de allí violentamente, y como desde tiempo inmemorial, desde el buen tiempo en que vivieron los ascendientes del actual amo, sólo de tales dehesas ha vivido el pueblo entero, el orondo señor ha discurrido que lo mejor es sitiárlas por hambre...

Y como este caso, que á mi me parece insólito, entre lamentación y lamentación, me cuentan muchos más los campesinos. Y ocurre que el año ha venido como no ha podido venir peor, y que los pegujaleros no pueden admitir gente jornalera, casi arruinados como están, y que sólo los grandes hacendados podrían imponerse este sacrificio, y que los grandes hacenda-

dos no quieren, porque no necesitan un coto de caza, sino diez, y porque venga como viniere el año á ellos no les ha de faltar, que para eso ganáronlo sus tatarabuelos, y para eso amontonaron caudales, por medios lícitos é ilícitos, es igual, que tampoco de esto se les da un ardite á los flamantes señorones del siglo, ni les desvela el pensar que quien enriqueció la casa haya rendido liquidación de cuentas, tal vez, en los profun-  
dísimos infiernos...

Hablan los campesinos, y su acento es triste; pero de una tristeza varonil y rebelde; de una tristeza temible y desgarrada... Sus palabras, como puñales, se van clavando en mi corazón. Oyéndolas, me avergüenzo de mi propia alegría... Sabedlo —y peor para vosotros, si os burláis de mis sentimentalismos—, cuando el dolor de algunos llega á este grado supremo debe ser dolor de todos. Más aún, cuando en este dolor todos hemos puesto las manos fraticidas, ahondando y desgarrando la llaga, los unos cometiendo tremendas injusticias y los otros callándolas, como si no nos apercibiéramos de ellas. .

Sabed que el hambre y la usura, como dos reinas trágicas y crueles, recorren gran parte de los llanos de Castilla. Sabed que van sembrándoles de simiente maldita, y que ya florecen la desesperación, la venganza y la locura. Sabed que el horizonte social es un solo, grande y negro nubarrón, bien preñado de rencores, y que puede surgir el rayo rojo y terrible, en la hora sangrienta de las reivindicaciones populares...

El año fué malo; arruináronse los pegujaleros, y los pobres labriegos están sin pan y sin cobijo, cruzando la llanada como sombras siniestras de pesadillas, pálidos y mugrientos, hambrientos y abandonados, mi-

rando recelosa y fieramente hacia las ciudades y amenazándolas con los puños fuertes y vengativos... Las tormentas estivales asolaron las cosechas, y estas bonanzas del otoño son estériles y tardías...

Y á esta grande y desolada tragedia campesina asistimos todos indiferentes, como si nada grave ocurriese, como si viviésemos en el mejor de los mundos, como si todos los hombres tuviesen pan y hogar y compañera, dejándonos cegar por nuestra propia y engañosa felicidad, sin ver el dolor exaltado de los otros, sonriendo de un modo absurdo y cruel, y pensando que este hermoso sol, luminoso y alegre, no alumbraba sino venturas sobre la tierra, y que no sólo los lagartos y los canónigos gozan de él, sino los hombres todos, bien dichosos y bien libres, todos ganándose su pedazo de pan tierno.

Y esto no es, según una estúpida y vieja frase consagrada, escribir para la galería. Esto es apuntar los grandes problemas sociales, los más transcendentales, los más urgentes, los más dignos de atención—deber de la juventud consciente y estudiosa—, para que el sentido moderno de la justicia resplandezca en nuestra Patria hoy con igual brío que antaño resplandecieron las armas, y para que hasta el frío, rígido y pétreo articulado de los códigos llegue un latido de calor de humanidad. Esto es escribir para descargar nuestra conciencia de escritores honrados. Para encararnos con los que algo pueden hacer y nada hacen, para que nos vean los ciegos de entendimiento y nos escuchen los sordos de corazón. Para protestar de este abominable estado de cosas. Para que nuestros próceres abandonen un punto su vida de *sport*, y vean cómo, mientras ellos sólo para el *sport* viven, la usura y el

hambre van esquilmando la Patria, y la pubertad, famélica y desesperada va llenando los presidios, y la vejez abandonada y exhausta llenando los hospitales, y las gracias incipientes de muchas niñas quinceñas van llagándose física y espiritualmente en la atmósfera horrible de las mancebías...

Ayer fué un desdichado el que penetró en una iglesia— toda ella bien rebrilladora, bien rica, colgada de imágenes pródigamente alhajadas— y allí, ante aquel dulce Jesucristo que tanto predicó el amor y la fraternidad entre los hombres, ante aquel Dios que elogió la humildad y la caridad y la pobreza, ante aquellos divinos pies desnudos y sangrantes, entre aquel lujoso ambiente, profanador y fariseo, se destrozó de un pistoletazo la cabeza, mirando tal vez de dejar el gusano del remordimiento royendo en el corazón de aquellos fieles... Mañana, quizás, serán muchos, y no contra si, los que empuñen un arma en esa hora trágica en que el hambre tórname desesperación y locura...

Y tal como ahora estos claros y alegres días de otoño no pueden remediar los daños causados por las fieras tormentas estivales, en la cargadísima atmósfera social, aun pretendiéndolo después, es posible que también las bonanzas resulten estériles y tardías...

## CORRER LOS GALLOS

—Se divertirá usted mucho—me dice un amigo—. Es una fiesta típica, tradicional. El pueblo está cercano y es pintoresco. Anímese usted.

Yo, que enseguida me animo á cualquier cosa, no puedo dejar de animarme en esta ocasión. Sobre que un festejo popular, en pleno campo, desbordante de sana alegría rústica, con mozas y mozos, y con tamborilero, y con vino, y con sol, merece mi más arraigada simpatía. ¡Oh el sol derramándose, pródigo, desde un cielo azul, sobre la extensión de los campos jugosos!

¡El humano sol brillando en el cristal del vino apetecible, y vertiéndose, en cálida lluvia de oro, sobre la alegría sensual del mocerío!

La proposición de mi amigo es bien tentadora, y á poco están ensillados los caballos y vamos, jinetes, en dirección al pueblo.

La tarde se nos pone buena, clara. La niebla, herida por flechazos de luz, va abriendo y alejándose.

Algunos jirones quedan rastreros, refugiándose en los bajos de la cuenca del río. De las ramas desnudas de los árboles gotea agua: es el hielo de la noche, que ahora se deshace con los rayos del sol. Rompiendo el horizonte se yergue, altiva y ríscosa, la sierra de Can-

delario. Todas sus cumbres, en los altos y en las laderas, aparecen recubiertas de nieve, semejando, tan blancas, un peregrino paisaje de algodón.

El pueblo hacia el cual nos dirigimos aparece ante nosotros, en una revuelta de la carretera, sobre un altozano, tras unos tesos por los que trisca un rebaño de cabras.

Es un pueblecito pequeño, terroso, pardo. Una veintena de viviendas humildes agrupándose en derredor de la vieja iglesia. El campanario parece aquí el altivo señor del lugar. El solo muéstrase erguido. Las demás casucas acurrúcense á sus pies formando plaza, como en una postura de esclavitud y de acatamiento...

A la entrada está el frontón: una pared de piedra donde se lee escrito con yeso: «Viban los quintos de 1916.» Unos mozos juegan á la pelota. Más allá están otros jugándose á «la calva» medio cántaro de vino.

Las mozas discurren por las callejuelas. Van muy empingorotadas; con el peinado en rizos y rodetes, partido en el centro, y justillo nuevo, y refajo flamante. Van luciendo hasta más arriba del tobillo, y llevan uvas medias claras y ceñidas. Están esperando la hora próxima del baile.

Mas he aquí que, de pronto, ha sonado su gaita el tamborilero, y todas van en un revuelo de refajos y de risas hacia la plaza. Y los mozos abandonan sus virilos deportes, y ya vienen luciendo los unos sus cintos charros y sus polainas y sus rizadas camisas y sus áureos botones afiligranados, y los otros sus buenos pantalones de pana y sus chaquetillas de felpa y de terciopelo.

Hacen rueda y comienza el baile. La charrada preludia sus compases y vuelan sus notas de aroma cam-



pesino, un poco cansadas, pero alegres, con esa alegría festera de Castilla que tanto habla de brega como de jolgorio.

Está el cura presenciando risueño y bonachón toda esta alegría moceril. Cerca de él, su enorme galgo. Acaso este curica es un hombre de aficiones montara-ces. Saldrá de madrugada por estas tierras en busca de liebres, con su fiel galgo corredor. Volverá trayendo alguna orgullosamente, como presea de victoria, y tras consumir el Sacrificio de la Misa, la comerá, bien estofadita, con pausa y con regalo, en la grata compañía del ama...

Perdonadme esta digresión. Ello es que la primer vuelta de baile está terminando, que ya no continuará hasta no anochecer, y que ahora debemos todos salir al camino para presenciar lo más esencial de todo esto: para ver «correr los gallos».

Así, pués, abandonamos la plazuela; esta plazuela en la que todo es parduzco, ahumado, con sus casucas de adobes y de pizarras.

Salimos al camino: hay en las orillas sendos carros, sin bestias, descansando sobre la parte trasera, con las lanzas altas, puntiagudas. De lanza á lanza hay una cuerda, y de la cuerda, amarrado en un nudo, pende un gallo, cogido por las patas, en la curva de los espolones, con la cabeza hacia abajo, colgante la roja cresta.

Varios mozos se colocan á distancia, en el centro del camino, jinetes en sus cabalgaduras. Traen los caballos vistosamente engalanados; bajo los aparejos lucen mantas de colorines, con grandes borlones y flecos policromos.

No falta el gracioso, que viene montado en su rucio;

un rucio viejo y cansino, al que ha colocado entre las orejas unas flores de papel y un espejo y un lazo rizado en derredor de la rizada cola. Me dicen que este gracioso espontáneo es el barbero del pueblo. Yo no sé en qué consiste; pero en todos los pueblos aparecen como los más chistosos el barbero y el boticario. ¡Lo que no se le ocurre á un boticario ó á un barbero, no se le ocurre á nadie! ¡Hay que oír las cosas que ellos dicen á propósito de cualquier comidilla local! Son diabólicos.

Los jinetes, uno tras otro, toman vertiginosa carrera. Pasan entre los carros, al galope, y, al pasar, tratan de apresar el gallo por la cabeza. El gallo, por instinto, se encoge convulsivamente; á más, un vecino tira de un extremo de la cuerda, con lo que la cuerda sube, y los jinetes suelen ser burlados. El público ríe.

Uno de los que corren consigue coger la cabeza del ave. Da un fuerte tirón y arroja al viento un sangriento despojo: es la cabeza del gallo, que cae al suelo, goteando sangre, entre unas plumas rojas y volanderas. El avecica bate las alas, desesperadamente, sobre la pechuga palpitante y dolorida, y á poco queda inmóvil, colgante, como un pingajo...

El tamborilero saca de su gaita unas notas, que quiere hacer triunfales, y los espectadores aplauden frenéticamente.

—Pero, ¿qué ha hecho ese bárbaro?—pregunto sin poderme contener.

—«¡To!» ¡Pues ese es el toque!—me replica uno del pueblo—. Coger la cabeza y arrancarla de un tirón. Ahora pondrán otro gallo, y para el mozo que lo coja. Después, todos los gallos del festejo los comemos en una merienda, en buena armonía.

Me acometen unas ansias tremendas de escapar, y escapo. Pero no sin observar una piara de asnos que paca, al lado nuestro, en una pradera cercana. Un momento antes, al aglomerarse la multitud, levantaron los burros sus cabezas para mirarnos atentamente, como sorprendidos de esta concurrencia, insólita en tan pacífico lugar. Y ahora, consumado el salvajismo, han vuelto grupas y rumian la hierba, escépticos y filósofos, en una actitud de profundo y definitivo desprecio...



## LAS ONZAS DEL SACRISTÁN

Lo que ha de contarse aquí ocurre en un pueblo de la sierra de Béjar, dentro de una casa antañona, con amplio zaguán y con balcones ventrudos, voladizos, cuyos barrotes ha oxidado la herrumbre de los años, y cuyas piedras, doradas por el sol de los siglos, aparecen gastadas y evocadoras, con profundas grietas serpientes, como cicatrices lamentables y centenarias.

En una pieza de la planta baja—pieza con aspecto de panera y con honores de salón—discuten, en derredor de una camilla, D. Eleuterio, maestro organista de la parroquia; doña Clara, esposa de D. Eleuterio; Clarica, hija de ambos, y D. Salvador, hermano del organista. D. Salvador es sacristán en otro pueblo de la sierra. Ahora vino al de su hermano para consultarle, en compañía de su señora cuñada y en la muy sabrosa de su sobrina, un proyecto grave, transcendental. D. Salvador es soltero. Desde su mocedad, poco borrascosa, lleva ahorrando un real sobre otro real. Conserva íntegra la su hijuela, y ha conseguido en muchos años de usura y de virtud acrecentar considerablemente sus dineros.

Pero el diablo—que no duerme, como ya es sabido—le ha metido en pensamientos y en deseos inoportu-

nos, y lo que Satanás no logró de D. Salvador cuando éste era garrido y mozo, halo conseguido ahora, cuando el sacristán lleva en la cabeza la nieve de la vejez, la blanca nieve simbólica de sus muchos inviernos...

Don Salvador, con sus sesenta y tantos á cuestas, hállase desazonado, inquieto, desconocido... Hállase joven y fuerte, propicio á los amoríos, rijoso como un macho cabrío en época de celo... El bueno del sacristán quiere casarse...

Y he aquí explicado el grave proyecto transcendental que trájole á este serrano y ceñudo pueblo, para consultar con D. Eleuterio y con doña Clara—dos viejos enjutos y renegridos—, y, por añadidura, con la fresca y apetitosa Clarica, moza bien galana que frisa en las diez y nueve primaveras.

Don Salvador es regordete y coloradote, aunque antiguas afecciones reumáticas le hacen cojear de una pierna más de lo que fuera menester. Su rostro hase arrugado ostensiblemente y su voz es suave, queda y un tanto susurradora, como cumple á un viejo y buen sacristán habituado á entenderse con párrocos y coadjutores en el misterio y en la penumbra de las sacristías, á charlar de continuo con los curas, que no parece sino que de ordinario tratan de pecados y monstruosidades, según lo bajo que hablan casi siempre...

En este momento tiene D. Salvador la palabra.

Oigámosle:

DON SALVADOR.—(*Carraspea senilmente, afirma-se en la silla, vacila un poco, dando muestras de una vaga inquietud, y al fin comienza.*) Pues habéis de saber todos: tú, hermano; tú, cuñada, y tú, sobrina, que yo ando ahora en pensamientos y en desazo-

nes que mucho os tienen que admirar... La soledad me acobarda y entristece... De mozo pude vivir en su compañía, porque yo era joven de salud y alegría.. Pero lo que se dice... Ahora, viejo y lleno de achaques, preciso una compañía más verdadera...

Don Eleuterio y doña Clara miranse un poco asombrados, miedosos de comprender...

Don Salvador, gracias, como ya se ha dicho, al ahorro y á la usura, tiene bien repletas sus panzudas arcas, y aquellas viejas onzas amarillas, para doña Clara y el organista era cosa descontada que á ellos vendrían á parar... D. Salvador, egoistón y soltero, no tenía otros parientes cercanos... Oyéndole ahora, palidecen sus hermanos gradualmente. D. Eleuterio mira desconfiado; Clarica hace fiestas á una gata grande y lustrosa que sostiene sobre las rodillas; doña Clara, al cabo de un momento, sonríe como quien ha encontrado solución á un problema difícil.

DOÑA CLARA. *Con aire de naturalidad*.—Comprendido, hermano Salvador, comprendido... Allí, tan solo, en aquel poblacho, te aburres más de la cuenta... Los viejos precisan en su compañía personas que les quieran y les mimen... Tú, ya está bien visto, deseas verte á esta casa, que es muy tuya, y en esta casa te recibiremos con amor y con fiesta, como al Señor recibimos los cristianos por Pascua de Resurrección...

*(Don Eleuterio sonríe orgulloso de su ingeniosa compañera. Clarica sigue acariciando á la gata, que, felinamente, restriega su cabeza contra el mórvido pecho de la moza.)*

DON SALVADOR. *(Con turbación y con extrañeza)*.—Me entendiste mal, hermana Clara; no he sabido explicarme bien... Yo no deseo venir aquí, á vivir de

contino con vosotros... Agradeciendo vuestra tierna solicitud y aparte el placer con que os visito, muy grande, ya lo sabéis, yo gusto de vivir por mi cuenta y riesgo. No quiero dar molestias á nadie...

DOÑA CLARA.—Pero hermano Salvador, ¡molestias á tus hermanos!...

DON SALVADOR.—Cada uno en su casa y Dios en la de todos. Y como dicen, más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena... Yo, gracias á mis dineros...

DON ELEUTERIO (*Interrumpiéndole bruscamente*).—¡Quién piensa en tus dineros ahora!...

DON SALVADOR.—Gracias á mis dineros, puedo buscarme una buena compañía... Soy viejo, pero no un carcamal, y he pensado... ¿no os reireis?...

DON ELEUTERIO.—Revienta luego. ¿Qué has pensado?

DOÑA CLARA Alguna bobería...

DON SALVADOR.—He pensado en casarme.

DOÑA CLARA. (*Persignándose con grandes aspavientos*).—¡Jesús, María y José!

DON ELEUTERIO.—¡En casarte!...

DON SALVADOR.—Como lo habéis oído ..

CLARICA (*Riendo bulliciosamente*).—¡Ay, tío Salvador, usted se ha vuelto bobo!... Y ¿con quien quiere casarse el abuelico?

(*Don Salvador se estremece escuchando aquel fresco y lozano reír de su sobrina; túrbase un poco y prosigue.*)

DON SALVADOR.—Me han dicho de una muy honesta y hacendosa moza de Alba de Tormes... Bien la conocéis, la de D. Artemio, la Teresa... Arruinóse la familia, y piensan, con mis dineros...



DON ELEUTERIO (*Mulhumorado*). — ¡No haces más que mentar tus dineros!...

DON SALVADOR. — Todo hay que mentarlo... Y como la chica es buena y hermosota, porque en tocante á hermosura y bondad no hay más que pedir, yo...

DOÑA CLARA (*Con acento solemne y grave*). — Vamos á cuentas, hermano Salvador: ¿tú no comprendes que la Teresa no puede tenerte ley; que sólo codicia tus onzas para los sus padres, y que tú—ya que has mentado tus dineros, que no han debido mentarse—, puedes colocarles en otras manos más merecedoras de ese bien?

DON ELEUTERIO. — ¡Ay, Salvador, perdiste el juicio de por fuerza! ¡Casorios a tus años!...

CLARICA (*Riendo con su risa fresca*). — ¡Miren al buen mozo!...

DON SALVADOR. — Vamos por partes y con despacio. No embrollaros ninguno y tened sentido. Yo soy dueño de mí y de todo lo mío, ¿estamos?... Y tú, Clarica, no hagas burlas de un viejo, porque hay viejos más recios y más cumplidos que muchos jóvenes...

(*Clarica torna á reír y torna á turbarse Don Salvador; aquella risa le cosquillea por las carnes*).

DOÑA CLARA. — Dices bien, hermano Salvador; hay que tener juicio. Y porque muestres el tuyo, te pregunto de nuevo si no fuera mejor elegir otra que no Teresa, para que á otra más merecedora fuesen tus dineros...

DON SALVADOR. — Ahí quería yo ir á parar... Y aquí está lo más peliagudo... Más que Teresa, mucho más, gústame otra... Otra á la que, con mis dineros, daría yo mi inclinación... Todo podía quedar en casa...

*(Se hace un largo silencio. Don Salvador mira avidamente á la garrida y apetitosa Clarica. Doña Clara y Don Eleuterio lanzan con impaciencia miradas alternativas á Clarica y á Don Salvador. Clarica sigue jugando con la gata. Está linda de veras. Sus labios rojos y breves parecen una fresca herida bajo el negro brillante de los ojos. Su piel es tersa y blanquecina, y sus cabellos ondulosos y abundantes. Un poeta optimista, mirándola tan tímida y tan blanca, hubiérala comparado á una blanca y tímida paloma. Un poeta escéptico, advirtiéndolo con qué disimulado placer restregábase el pecho contra la piel lustrosa de la gata, hubiera adivinado en su alma perversos instintos felinos...)*

DON SALVADOR *(Rompiendo á hablar fatigosamente)*. — Ya comprenderéis por dónde voy... Es cosa que se advierte luego... Si vosotros quisierais.. Si quisiera Clarica...

DOÑA CLARA *(Encubriendo mal su regocijo)*. — Eso ella, hermano Salvador, pregúnteselo á ella, que en achaques del corazón no deben entrometerse los padres...

DON ELEUTERIO. — En cosas de tanta delicadeza, los padres no deben entrometerse...

*(Don Eleuterio, como Doña Clara, no saben disimular un gesto de felicidad y de avaricia. Ambos piensan en las arcas repletas de onzas, y hacen con los ojos señas á Clarica como invitándola á que acepte. La moza reflexiona un momento. Luego sonríe. Ha pensado que el viejo no puede vivir mucho y que otras primaveras la traerán otros amores en corazones mozos...)*

DON SALVADOR.—Vamos, sobrina, decidete.. Tú no tienes cortejo ni compromiso... Yo soy rico y te he querido siempre... ¿Qué me dices?..

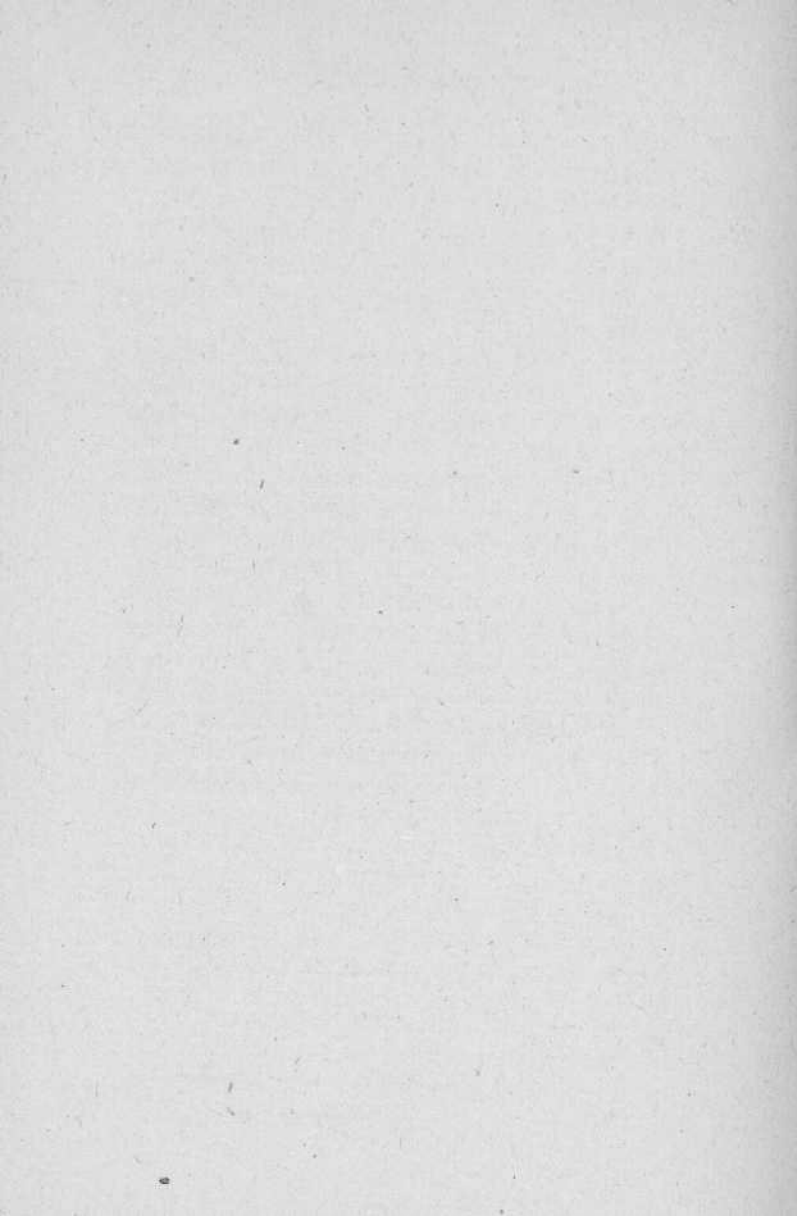
DOÑA CLARA.—Eso es, ¿tú qué dices?

DON ELEUTERIO.—¿Qué dices á tu tío Salvador?

CLARICA.—Si ustedes son gustosos... yo también seré gustosa ..

DON SALVADOR (*Levantándose y dando á Clarica un beso en la frente.* — Ya verás sobrina, qué vida tan amable. Yo al acrecentamiento del caudal y tú al cuidado de la casa ..

(*Se hace otro largo silencio. Doña Clara abre el balcón de par en par y acódate en la barandilla, para respirar á sus anchas. Entra riendo el sol y suenan las canciones de unos niños que cantan en la calle. Los árboles de la plaza cercana despiden un aroma sensual. Parece que ha entrado, de golpe, una robusta bocanada de vida... Doña Clara muestra en el semblante satisfacción intensa. No la preocupa haber sacrificado su hija moza á la lujuria senil de su cuñado, el sacristán. Don Salvador es feliz, aunque tai vez sospecha del desamor de Clarica. Don Eleuterio siéntese dichoso. Clarica resignase al presente, mientras se confia al porvenir... Todos están contentos y tranquilos, porque si algo impreciso—algo que es como el jugoso sentido de la vida , han estrangulado en sus corazones, es verdad también que, á la postre, hanse salvado unas onzas de oro...)*



## PROFANACIÓN

Suelo llamarle D. Lope. Su crespa y revuelta melena, sus ojos vivos y retadores, sus levantados mostachos, su aguda perilla marcial, la altivez de toda su persona, la hidalguía de todo su continente, la rancia nobleza que échase de ver en todos sus ademanes, su sombrero de anchas alas, su capa españolísima, su adelantada estatura, lo enjuto de sus miembros y la bizarría de su porte, están pidiendo á voces un nombre bien castellano, que trascienda á franca gallardía y á claro abolengo, con aromas añejos de romance.

Es, á pesar de sus cincuenta y pico de años, fornido y ágil. Y las canas que tiñenle de blanco la melena, los mostachos y la perilla, más que de triste vejez nos dicen de una juventud atropellada, de noches aventureras y galantes, de voraces amores encendidos y de horas consagradas al estudio y á la meditación, en la soledad de su casa, sobre libros apergaminados y viejos, con un codo en el bufete y la frente, reflexiva y augusta, descansada sobre la fuerte palma de la mano...

Como sus preclaros abuelos, D. Lope ha sido soldado y poeta. Y con la lectura de griegos y latinos y con la rumia de la poesia castellana de nuestro Siglo

de Oro, D. Lope ha revuelto en sus aficiones el estudio de las leyes

Yo le he pedido en ocasiones diversas la rica merced de sus consejos, y heme maravillado siempre de la claridad de su buen juicio, de la sabia doctrina de sus palabras y de la altísima moralidad de su intención.

Ello fué que ayer tarde, cabalgando yo por una larga carretera bajo la caricia gloriosa y fecunda de este claro sol de Castilla, divisé, atravesando unos barbechos, la enérgica y amada silueta de D. Lope. Montaba el hidalgo una blanca yegua del país, de andar asesegado y genio dócil. Mejor parecería su figura sobre un potro moreillo y sevillano, como aquellos del Romancero; pero D. Lope marcha ya por la vida á paso de andadura, y las gallardías de los potros que domó, como las mujeres que rindió en sus brazos y los hombres que derribó á estocadas, pertenecen ya al campo dorado del recuerdo...

No bien húbeme visto cuando levanté el galope de mi caballo y corrí á su encuentro. La cabalgadura de D. Lope, al sentir de cerca el largo correr de la mía, pifó inquieta, espantóse y quiso correr también. Don Lope la refrenó con mano experta y firme, sin despegarse de la silla.

—¡Bravo, D. Lope!—dije—. Es usted todavía un mozo de cuenta.

—Y vos—D. Lope habla en viejo y noble estilo—, y vos sois el mismo diablo, que así queréis divertirlos á mi costa.

—Corrí por alcanzarle—agregué—. Ya sabe usted el gusto con que siempre le veo y lo que me honro con su compañía.

—Mal compañero de camino elegisteis hoy —respondió D. Lope—, que llevo negro el humor y revuelta la cólera, pensando en lo que fuimos y viendo en lo que hemos venido á dar.

Y sin dejarme tiempo para interrogarle sobre la causa que le había traído á aquel estado, D. Lope soltó un largo suspiro y continuó:

—Con vos puedo tratar estas cosas, porque sois un hombre honrado y os sentis español en todo momento.

—Gracias, D. Lope—dije.

—Ahorraos de darme gracias, porque no digo sino verdades como puños, y ya sabéis cómo apellido cada cosa por su nombre. Y viniendo á lo de mi negro humor, es cosa que bien se os puede alcanzar, porque en aquestos medrados tiempos que vivimos, todo buen castellano ha de sentirse airado de continuo. Por dondequiera que voy no escucho sino historias que tanto afrentan á sus viles autores como á quienes pacientemente y sin protestar las escuchan. ¿Sabéis lo que hamme contado no hace mucho todavía, en aquel maldito lugar donde en mal hora trajéronme mis pasos esta tarde? Y D. Lope extendió un brazo en dirección á un pueblecico parduzco y lejano que elevaba sus torres tras un recodo del rio.

—Alguna atrocidad—respondí—. Tal vez un amo rico y linajudo que ha incendiado las casas de los miserables y honrados vecinos, mirando de que se vayan á otra parte, acuciados por el hambre y la desesperación, viendo que por sí propios no se iban, y para que así le dejen libres sus terrenos, donde poder cazar y divertirse á sus anchas.

—No es tal—replicó D. Lope—. Aunque ya sé que crueldades tamañas han tenido algunos ricos se-

ñores con los pobres y sufridos gañanes de estos llanos.

—Pues, ¿qué ha sido ello?—insistí—. ¿Ha presenciado usted uno de esos cuadros sombríos que nos ofrecen á diario las aguas fuertes de la emigración?

—No habéis de dar con la verdad de lance tan extraordinario y afrentoso. Es una verdad que apenas puede sospecharse, cuanto más creerse. Hela aquí—. Y D. Lope, tras un ligero temblor de todo su cuerpo, agregó, con la voz ronca y trémula —: Hanme asegurado que en aquel lugar, del que vengo, hubo no sé qué revueltos y accidentados amorios entre dos jóvenes. Ello fué que el galán—de rica y pudiente familia—ha puesto tierra de por medio, y que la dama hállase abandonada y con el brial levantado. Y ¿qué diréis que la familia de ella demanda? ¿La presencia del seductor cobarde? ¿Su promesa de matrimonio? ¿Su traidora vida?...

—No acierto, D. Lope...

—Mejor es no acertar... ¡No demanda sino dinero! ¡Restitución en monedas de la perdida honra!... ¿Lo concebís?... ¿Concebís que hayamos venido á parar en tanta vileza los hijos de Castilla?... ¡No, no!... Quijano y Crespo han dejado netezuelos, y heme aquí para probarlo en donde fuera menester... ¡Pero somos tan pocos!...

—Es verdad, D. Lope.

—¿No era el honor el patriarca que presidía el hogar de los castellanos? Pues ¿qué honor es éste—el honor que tenemos en usufructo para legársele íntegro á nuestros nietos—que así vendemos por monedas? El honor no ha de venderse jamás. Sobre que no faltarán quienes piensen, respecto de los que á tal se pres-



tan, que desprecian tanto su honor, por lo mesmo de prestarse á vendelle, que tal honor es bien pagado en dos escudos... ¡Castilla! ¡Castilla!... ¡Cuándo tus hijos remediarian con dinero ofensas al honor! O explicaciones nobles y caballerescas, ó, cuando no, ahí estaban las viejas espadas familiares, que ibanse ellas solas contra el pecho de los ofensores... ¡El castillo hase tornado en mesón!... ¡Los castellanos, tratantes!... ¡El templo, ferial!...

—Se excita usted demasiado. Cállese. Hay que tomar las cosas con sosiego, D. Lope — insinué cariñosamente, viendo el altivo semblante del hidalgo todo encendido en cólera.

—Y aún más he de excitarme!—rugió—. Y ved si vos lo necesitáis, porque yo no he de menester consejos. Me excito, porque toda mi sangre castellana hierva á puros borbotones en esta caldera de la afrenta y de ira. Y mirad de no conducir la conversación por otros senderos, porque he de hablar y gritar cuanto me cumpla, y he de jurar cuanto me acomode, y he de servir los fueros de mi voluntad donde se terciare y ante quien sea.

Tras estas palabras, que D. Lope pronunció con brío, clavando en mí su altiva y desafiadora mirada, y levantándose en los estribos, cayó el hidalgo en un largo silencio, que yo no quise romper, viendo que don Lope sentía necesidad de reñir con alguien, y huyendo de promover intemperancias, que yo no había de tolerarle, y que, por otra parte, tenía gran empeño en evitar.

En tales momentos de exaltación, D. Lope cerraba contra cualquiera, á propósito de cualquier cosa, y yo, que lo sabía, y quiero y respeto mucho á este simpá-

tiquísimo personaje, me encerré en un silencio prudente y absoluto.

Y así, callados los dos, llevando las cabalgaduras á media rienda, anduvimos como media legua de retorno á Salamanca.

Sobre el llano tendíanse las primeras sombras de la noche, pausadas y misteriosas, á lo largo de los surcos. En las crestas de la sierra vecina, doradas á los últimos rayos del sol, de trecho en trecho, purpureaba la nieve, herida por la luz crepuscular. Los bueyes, desuncidos, graves, calmosos, avanzaban por los pardos senderos, de retorno á los pueblucos distantes. Tras ellos, el gañán, á mujeriegas sobre una mula cansina, cantando una tonada tardinera... Las torres de la ciudad, aún lejanas, aparecían áureas y encendidas, gloriosas y evocadoras... Una voluptuosidad panteísta iba adueñándose de mi...

A la mano izquierda, casi en la raya del horizonte, alzábanse las ruinas centenarias de un castillo. En sus muros, por los rotos y rasgados ventanales, que parecían de fuego en la roja agonía del sol, entraban y salían negras bandadas de cuervos...

El hidalgo enderezó la mirada hacia el castillo, irguióse sobre la silla, afirmóse en la estribera y, extendiendo el brazo grave y solemnemente, dijo con voz que la emoción quebraba:

—He ahí la representación de nuestra desventura; he ahí la Castilla grande y vieja, tierra de santos, de poetas y de soldados... Ved ese castillo ruinoso, morrido del jaramago, habitado por la desolación, nido de cuervos y de reptiles... ¿En dónde su antiguo poderío? ¿En dónde la señorial altivez de sus moradores?... ¿Qué fué de todo aquello tan lozano, tan hermoso, tan pu-

jante, tan español?... Vedle desamparado y derruido, albergue de gitanos y de salteadores... En las largas noches invernízas rebotará la lluvia sobre esos muros rotos y sagrados como sobre un desenterrado ataúd. Las lechuzas graznarán en sus resquebrajaduras, presagiando males... Bajo el sol será cuna de lagartos... Tal vez los villanos folgarán con las mozas de partido en ese agosto recinto nobilísimo, entre esas amadas ruinas, que son como un remordimiento en la desolación de la llanura, y también como los versos postreros, ya borrosos, del poema de una raza; versos hechos piedra y piedra hecha ruinas, piedras y versos sacrosantos que se deshacen en la ramplona prosa de aquellos tiempos menguados... ¡Castilla! ¡Castilla!... ¡Profanación en la casa solariega! ¡Dolor de los dolores!... El honor es arca de dineros, y las fortalezas nidal de reptiles, y las nobles espadas plumas curialescas... ¡Profanación! ¡Profanación!...

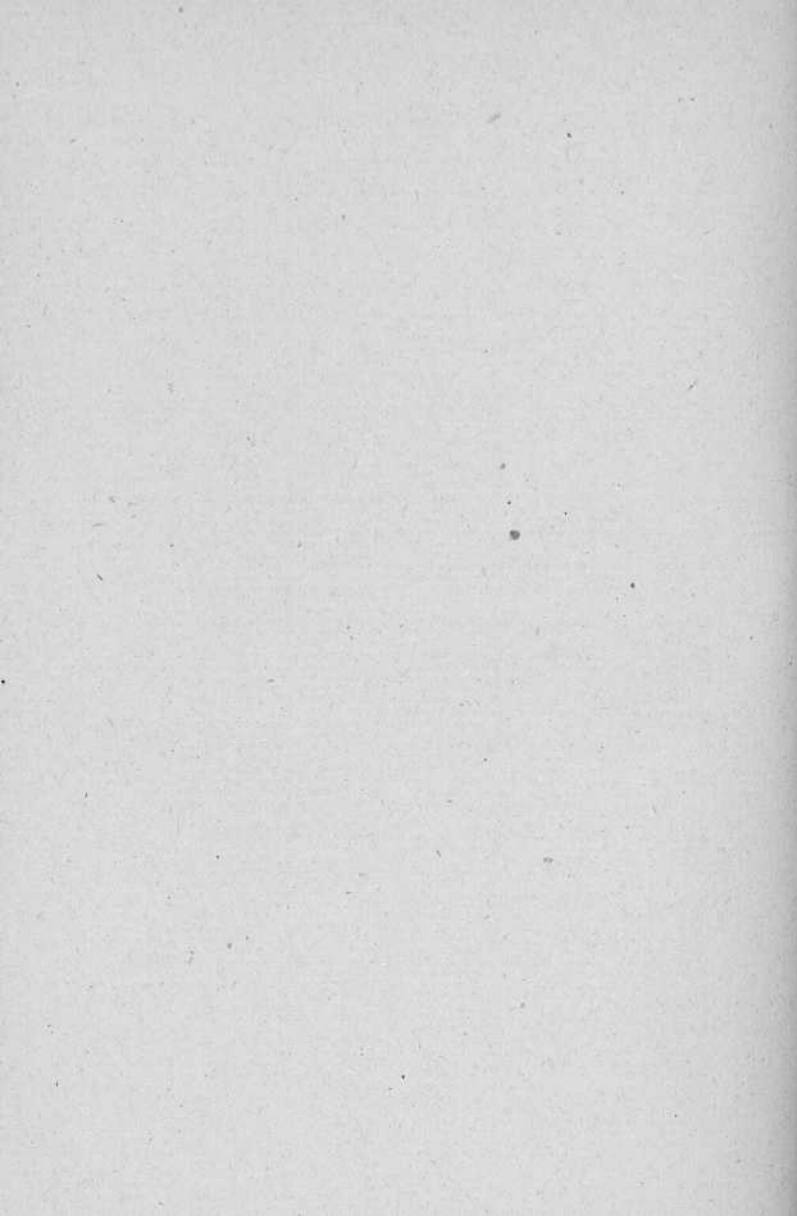
Y D. Lope alzóse la derecha mano á la altura de los ojos y restregóse una lágrima...

Yo, español en todo momento, como dijo don Lope esta tarde, contuve otra lágrima á duras penas...

Pero no era cosa de llorar como mujeres, sino de sentir como hombres, y el amago de llanto pasó ..

Los dos callamos, rumiando nuestras iras y perdidos en lejanas evocaciones.

Y en la larga carretera, en el silencio crepuscular y campesino, sonaban los herrados cascos de los caballos sobre la tierra parda y dura, resbaladiza por los hielos de estas noches invernales...



## DE LA VIDA CRUDA

Es en un puebluco de estos pardos, terrosos, de la llanura. La torre de la vieja iglesia negrea sobre el rojo de los tejados. De las chimeneas, en leves espirales, asciende un humo azul. El cielo está obscuro, invernizo. Algunas estrellas, áureas y pálidas, destellan débilmente entre amenazadores grupos de nubes. El lucero de la tarde, ese dulce lucero atractivo y melancólico, vierte la quimera y el ensueño de su luz.

Es á la hora del crepúsculo, y es dentro de una casuca, que se levanta humilde en el fondo de una calleja.

Están en la cocina, frente á las llamas rojas y azules del hogar, el tío Ramón, la tía Sebastiana y Mauricia. El tío Ramón y la tía Sebastiana son viejos y un poco encorvados. Son también renegridos y enjutos. Mauricia es una mocetona cetrina y fuerte. Está recién parida y tiene al hijo entre los brazos, arrebujado en una toquilla parda. Los tres parecen tristes y reflexivos.

El humo de los sarmientos que arden bajo la rústica campana del hogar, esparce un aroma grato, un aroma que dice de amables veladas campesinas, y se escapa,

oscuro, entre el negro hollín de la chimenea, hacia el cielo invernal.

Mauricia acuna el niño en los brazos y le mira fijamente, maternalmente. Sus padres, el tío Ramón y la tía Sebastiana, ponen en sus rostros apergaminados un gesto de autoridad y de dureza, un gesto altivo, al descubrir una gruesa lágrima en los ojos de Mauricio.

Tras una pausa larga y penosa reanuda su charla transcendental. Oídes:

MAURICIA.—¡Quién sabe! Todavía es tiempo. Puede que vuelva aún. Puede que le tiren la conciencia y el su hijo.

TIO RAMÓN (*Siempre sentenciosamente*). — Deja volar los pájaros de la cabeza, Mauricio. Yo sé más del mundo y del mocerío que tú. Hay hombres crueles, que no pagan lo que deben en buena moneda.

TIA SEBASTIANA.—Dice verdad tu padre. Verdad verdadera. Bernardo no quiere ni acordarse de ti, porque nada se le da ni de ti ni del vuestro hijo.

MAURICIA.—Y á últimas cuentas, ¿qué? ¿Para qué preciso yo á Bernardo? Este hijo bastante ayuda tién el con la su madre.

TIA SEBASTIANA.—¡To, pues esta es buena! ¿Qué te has barruntao tú? ¿Es que vas á dejar el trabajo por dar cuido á la criatura? ¿Y vas á quitar tu apoyo á nosotros, á los tus padres, por causa de dárselo al tu hijo?

TIO RAMÓN (*A Mauricio, que sigue acunando el niño y mirándole ansiosamente*).—Los tus padres te han criaio con muchos trabajos para que tú les abandones ahora, cuando puedes darles el pago. ¿Oyes, moza? ¿Qué te maginas, amante? ¡To, pues sí que estaría bueno!

TIA SEBASTIANA.—Vergüenza debía darte, mala hija. Los padres siempre son los padres.

MAURICIA (*Con angustia*).—¿Y los hijos? ¿Qué son los hijos?

TIA SEBASTIANA.—¿Es que vas á replicarme? (*La vieja adquiere una actitud de infalibilidad. Mauricia vuelve á postrar la cabeza. La tia Sebastiana continúa.*) Aquí se hace lo que tenemos convenido y ninguna otra cosa. El tu hijo á la Inclusa y tú al trabajo. No estamos para despilfarrar, que somos pobres por la voluntad de Dios.

MAURICIA (*Al hijo*).—¡Ya lo oyes, coral, espejo, tú á la Inclusa y yo al trabajo!

TIO RAMÓN.—Atiende, Mauricia; no hay que llorar ni afligirse. Cuando sea el tempero y la sazón puedes sacar el tu hijo de la Inclusa, y tan felices. Allí le ponen una señal bien conocida y el tu hijo no se confunde con ningún otro de otra ninguna.

MAURICIA.—¿Y para qué le vamos á sacar entonces?

TIA SEBASTIANA.—¡To! ¿Pero eres boba?... Entonces el muchacho puede ser de provecho para ti y para los sus abuelos. ¿O es que somos abuelos para que los nietos no nos miren á la cara?...

MAURICIA.—Es que entonces no querrá verme, y hará bien, por mala madre. ¿Y si ustedes me hubián echao á la Inclusa á mí?...

TIO RAMÓN.—No es comparanza, porque tú eres hija de matrimonio, y así lo manda Dios.

TIA SEBASTIANA.—Mucha verdad. A los hijos que son legítimos y de matrimonio, lo manda Dios así.

MAURICIA.—¿Y manda Dios tirar los que no son legítimos?

TÍA SEBASTIANA.—Son hijos del pecao, y Dios nos los puede ver bien, como á los otros.

MAURICIA.—Sea como sea, una madre es siempre una madre.

TIO RAMÓN.—Una madre siempre es una madre; pero los dineros son los dineros. Y no vamos á empeñarnos porque tú quieras criar en casa un hijo que es la deshonra tuya y la de la familia.

TÍA SEBASTIANA.—Está dicho. Mañana temprano se lleva el tu hijo á la Inclusa, y no hay más que hablar.

TIO RAMÓN.—Ya no hay que hablar cosa ninguna. *(La campana de la vieja torre llama al rosario. Llegan las campanadas lentas y tristes. El tío Ramón coge un grueso cayado y un tapabocas. La tía Sebastiana se envuelve en un mantón pardo y recio. La cocina está casi á oscuras: las llamas se hicieron brasas, y los dos viejos parecen dos sombras siniestras.)*

TÍA SEBASTIANA.—Llaman al rosario. Vamos agudos.

TIO RAMÓN.—Vamos.

TÍA SEBASTIANA.—La santa paz de Dios sea en esta casa.

*(Salen á la calleja como dos espectros. Se escucha el sonar del cayado sobre los chinarrros de la calle. Luego, la tosecilla seca de la tía Sebastiana. Después, otros cayados y otras toses de otros viejos, que van al rosario también. Por último, nada. Mauricia queda como vencida, mirando fijamente al hijo, con una mirada llena de terror y de amor. El niño mama del pecho de la madre, con ansia y con regalo. A poco, de los dulces ojos de Mauricia brotan sendos hilos de lágrimas. Aquellas lágrima-*



*mas, amargas y abrasantes, ruedan á lo largo de sus mejillas lívidas, y se desprenden para caer sobre el pecho desnudo. Resbalan por él, hasta la boca del niño, y el niño las bebe. Bebe aquel amargor de lágrimas—sangre del alma de su madre—mezclada con aquella otra sangre de los pechos, que es jugo sagrado y maternal ..)*



## SEGADORES

Sobre las aguas del Tormes, oscuras en esta hora del crepúsculo, más oscuras aún en este rincón frondoso, caen tristes y desmayadas las ramas de unos sauces. Espéjalas la corriente, y tiemblan, melancólicas, en el turbio y rumoroso cristal...

He aquí un retiro apacible para un poeta elegíaco. Pasan y pasan las ondas indiferentes y lentas, blanda y sosegadamente, siempre distintas y siempre iguales; pasan como las horas, como los eslabones de la cadena interminable del Misterio y del Destino; pasan enigmáticas, ocultando los secretos de tragedia y de idilio que sorprendieron á lo largo de las riberas, espejando el oro de las estrellas y el plomo de la nubes tormentosas, besando las firmes raíces de los álamos y las ramas de los sauces...

Nuestras vidas son los ríos...

Más allá de este frondoso recodo extiéndese la llanura, levemente ondulada, inmensa y seria, con toda la grave majestad de su penetrante misticismo. Rebaños de cabras y ovejas triscan nerviosamente por los tesos, camino de los rediles. Un rumor de esquilas se

extiende por el llano. Los pájaros, desde las ramas de los árboles, cantan sus lirismos al sol, que va muriendo. En el cielo, débil y misteriosamente, enciéndose el lucero de la tarde. Las sombras caen medrosas y pausadas, y acuéstanse á lo largo de los surcos... Hay en el ambiente un aroma campesino y patriarcal; es el grano de las eras, es el centeno negruzco y el áureo y menudo trigo, dispuestos en montones olorosos y abundantes, cerca de las parvas extendidas...

Los bueyes, desuncidos, rumian la paja sabrosa y crujiente. En la augusta serenidad de la noche parecen animales bíblicos y sagrados. Todo en ellos es reposo y fortaleza. Grandes, recios, mansos, con las poderosas cabezas humilladas, las pieles oscuras y los cuernos brillantes, rumian sosegadamente, con una delicia y una solemnidad litúrgicas... La parva, luminosa á la luz de las estrellas y al resplandor blanco y sereno de la luna, parece de un oro milagroso, y cerca de ella, el gañán que la guarda—un gañán rudo, mocetón y fornido—trae al ánimo el recuerdo de alguna escultura en bronce, bizarra y valiente... Por los caminos chirrían los ejes de los carros, bien cargados de gavillas olorosas, y los perros, atados á las traseras, ladrarán furiosamente, contestando á los ladridos de otros mastines que guardan otras eras lejanas... La única cualidad inferior que yo descubro en los perras es precisamente la que más los acerca á los hombres: la decisión y la fiereza con que respetan y defienden la propiedad. No han leído á Proudhon...

Un continuo quejido, seco, crujiente como un breve y extraño lamento de dolor y de agonía, me avisa la proximidad de los segadores. Avanzo un poco por la carretera, y á un lado del camino vislumbro unos

hombres encorvados, jadeantes, que mueven, con la automática regularidad de una máquina de reloj, unas hoces corvas y rebrilladoras, unas hoces fuertes y afiladas, que ellos ponen al servicio de un amo usurero y cruel quizás...

Durante la mañana, pródiga de sol, hirviente y bochornosa, estuvieron segando también, hora tras hora, con la respiración difícil, los ojos turbios, los congestionados rostros goteantes de sudor, los pechos oprimidos, las cinturas quebradas y rendidos los músculos... Bajo el fieltro mugriento de sus sombreros, experimentaron la sensación angustiosa y quemante de un incendio interior; y cuando el sol del mediodía puso como una hoguera la llanura, y las espigas como llamas, y como brasas los mangos de las hoces, estos hombres, encorvados y doloridos, se enderezaron un poco, respiraron á pleno pulmón el horrible fuego del ambiente, notaron en los ojos algo como sangre encendida, y sentáronse después, bajo el rojo y radiante sol, para comer unas sopas miserables, un pedazo de tocino y una ensalada de tomates y pimientos y cebollas, todo ello sazonado con un vinillo espeso y un pan moreno y duro... Luego, tumbados sobre los rastrojos, en un abandono definitivo del cuerpo y del alma, amparándose los rostros con los amplios sombreros raídos, han dormido unas horas, pecho arriba y cara al cielo, jadeantes, extenuados, sin consciencia del vivir.

El sol ha ido perdiendo fuerza. Sus rayos, que eran durante el medio día como espadas de fuego, tibios y pálidos al caer la tarde, han herido oblicuamente la tierra, enrojeciendo los altos ventanales de la ciudad y dorando sus cimborrios y sus cúpulas.. Han despertado los segadores, han mirado á lo alto como agrade-

cidos á su ventura y han respirado con placer, con ansia, una gran bocanada de aire fresco y húmedo, que ha entrado en sus pulmones avarientos como una dulce y regalada caricia... El «destajo» les ha impulsado á segar de nuevo, y otra vez, empuñadas las hoces, han tornado á encorvar sus cuerpos y á segar las altas espigas, hora tras hora, con la automática regularidad de una máquina de reloj...

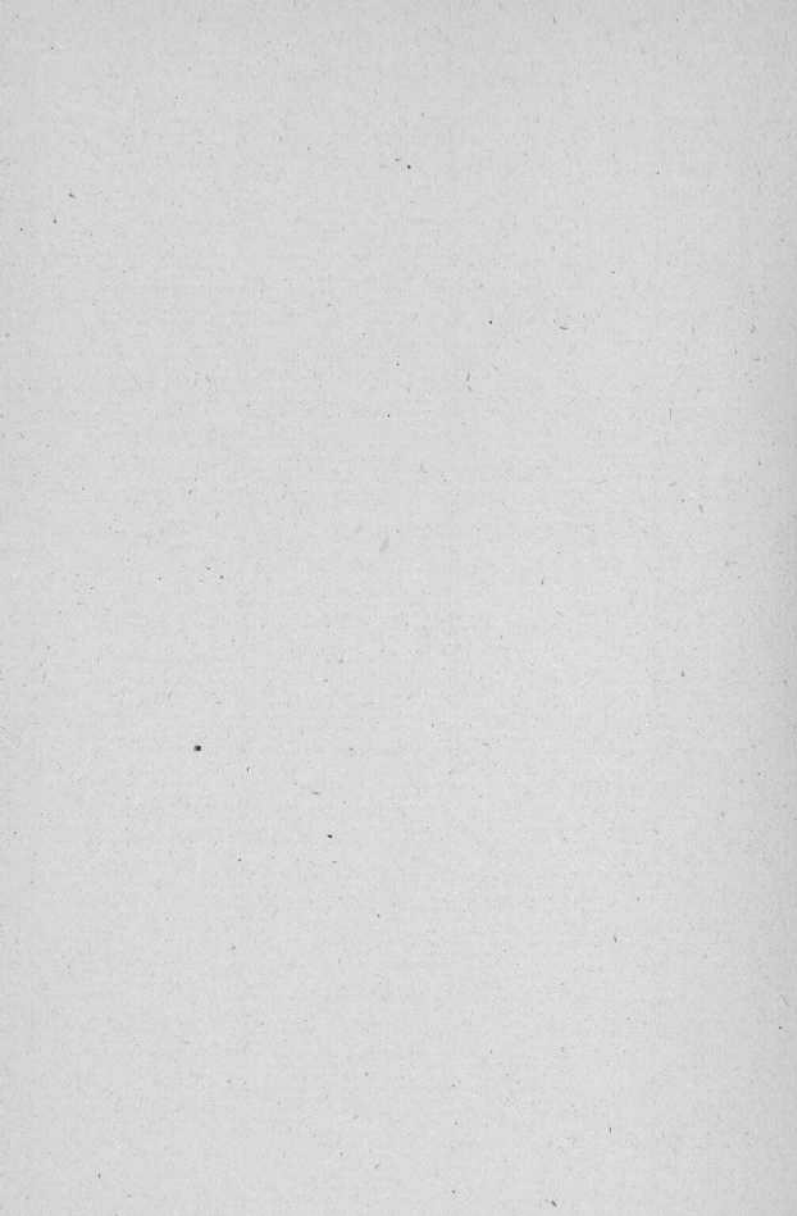
Ya llegando la noche, van acallando los rumores campesinos, descansan las yeguas y los bueyes de la trilla, échanse los perros en la blandura de la parva, duérmense los pájaros en el tibio regalo de sus nidos; todo reposa y enmudece.. Pero el quejido seco y crujierte, este quejido de las espigas, que es como una lenta maldición y como un lamentarse continuado y doloroso; este ruido inconfundible, que parece el ritmo del triste poema de los segadores, continúa bajo el misterio de la luna serena y blanca...

A veces, irguiéndose momentáneamente, miran los segadores hacia las torres, que se recortan, negrísimas y formidables, en lo obscuro del horizonte. Por sus ojos pasa y centellea una ráfaga de ira, y tiembla las corvas hoces en las manos curtidas y crispadas... Allí estará «el amo», tal vez prestando al cincuenta por ciento, ó jugándose en un casino aquellos dineros que le valdría la siega, aquellos dineros ganados para él con el sudor y la fatiga de los que sólo alcanzarían unos céntimos en cada veinte reales...

Así, encarados contra las torres lejanas, parece, en otros momentos, que ventean los placeres de la ciudad, los placeres siempre desconocidos y deseados siempre, los placeres misteriosos y atrayentes que nunca llegarían á gozar ellos, los pobres y sufridos se-

gadores; parece que ventean tales que perros amarrados, como aquellos pastores de la bellisima poesia de Galán..

Pero esta ira ante la injusta riqueza de los amos y este apetito ante la presentida lujuria de los felices, dura poco en el ánimo de los segadores. El «destajo» se alza ante ellos como la sombra de un verdugo que les ofreciese unas miserables monedas, y otra vez triunfa en el hondo silencio de la noche, sólo quebrado por algún ladrido de los mastines tumbados y vigilantes, ese quejido de dolor y de maldición que arrancan las hoces á las espigas y que suena continuo y angustioso, como el ritmo resignado y triste del tremendo, del dramático, del horrible poema de la siega...





## EN EL MESÓN

A la salida de la ciudad, pasadas unas viejas murallas, ruinosas y evocadoras, frente á una puerta derruida, cuyas grandes y gastadas piedras cubiertas de musgo — esa melancólica hierba de olvido y de abandono—, hablan á nuestras almas de una áurea leyenda guerrera y caballeresca, está enclavado el mesón, donde principia un ancho y asoleado camino, muy frecuentado por tratantes y arrieros. La puerta de que os hablé tiene no sólo un alto prestigio heroico; también un fuerte aroma galante. Es la que llaman de Doña Urraca, y cuenta el romancero que desde su torre mocha aparecióse la reina, añorando viejas esperanzas de amor, trémula por la memoria de su pasado y airada por el rigor de su presente, y dijo al Cid —sitiante á la sazón de la ciudad—que, bajo la puerta misma, orgulloso y bizarro, revolvíase armado de todas las armas sobre su nervioso corcel de guerra:

Afuera, afuera, Rodrigo,  
el soberbio castellano,  
acordásete debía  
aquel buen tiempo pasado.

.....  
.....

Bien casástete, Rodrigo;  
muy mejor fueras casado;  
dejaste fija de rey  
por coger la de un vasallo..

Y el Cid, viéndola tan amorosamente altiva, tan hermosa y, sin mengua de su fiereza castellana, tan suplicante, sintió bajo sus fuertes arreos guerreros el latir descompasado de su corazón, y encarándose con los suyos, gritó con generosidad y con imperio:

Afuera, afuera los míos,  
los de a pie, y los de a caballo...

Frente á esta puerta, magnificada por los siglos, el amor y la bizarría está, como digo, enclavado el mesón. Y éstas sagradas piedras de la muralla, sabidoras de un lejano amor alto y generoso, que cubrióse de sacrificio á la luz del sol, tal vez hoy, en la obscuridad de la noche, saben de repugnantes aventuras de clérigos y de maritornes, cubiertas de un oprobio que corre á esconderse en el misterio de las sombras y en el amparo del silencio..

Es día de ferial y la gran explanada que rodea al mesón, polvorienta y terrosa, vese colmada de rebaños de ovejas, de piaras de cerdos, de cerriles y nerviosos potros, de lustrosos y grandes bueyes, de vacas mugidoras y pacíficas .. Al sol parecen de oro los cuernos de los ganados, retorcidos y veletos, como aquellos de los ídolos primitivos... Entre las bestias, juran y discuten los hombres, chalaneando en los tratos... De las improvisadas tenduchas transciende el olorcillo, grato y picante, de unos guisos rústicos que humean en toscos cazolones. Y alrededor de las humeantes taja-

das, recibidos á pedradas por las mujeres que guisan, rondan unos mastines grandes y masilleros...

Hasta el mesón llegan los balidos, los mugidos y los relinchos de los animales y el ronco vocear de los hombres; llega todo ese fuerte y característico rumor de los feriales muy concurridos, como una sorda oleada de ruidos detonantes, armonizados en una algarabía típica.

El señor Sindo, tratante conocidísimo en la comarca, acaba de parar frente al mesón. Desciende de su buena yegua de vientre, abandona el estribo grande y herrumbroso, y el animal, como quien conoce el camino, cruza entre unas vacas que dificultan la entrada, y atraviesa el amplio zaguán á paso de andadura, resonando los cascos sobre las piedras. Acude un criado mozo y éntrala de la rienda hasta la cuadra, donde la yegua rompe en un relincho de satisfacción al olor del pienso y del descanso.

Unos rústicos retiran de allí las vacas porque mejor pase el señor Sindo, y el rico tratante, tras un saludo sobrio, cruza el zaguán y penetra en el espacioso comedor con una gravedad de patriarca. En el comedor, trajinando de un lado para otro, con ademanes cansados y tardineros, está Raimunda, la criada. Al señor Sindo, súbitamente, relúcenle los ojos de lujuria. Ella lo advierte, y hace más sueltos los movimientos y más donairoso el andar. El señor Sindo, sobre ser tratante, es usurero, y sobre usurero, muy dado á las mujeres. Las criadas de los mesones comarcanos déjanse cortejar por él, llevadas de su fama de hombre rico y con la esperanza de algo ganar con ello. Pero el señor Sindo no hace sino prometerlas, y sólo en una ocasión dióle á una muy garrida una pieza de á diez reales, y era la tal

moneda más falsa que el alma de Judas... El señor Sindo allégase zalamero á Raimunda. El aroma del mesón se ha infiltrado en la moza, y la moza hiede á establo y á cuadra, y huele á panera y á pellejos de vino... Los dos miranse un rato suspensos. Cada cual por su estilo, se ofrecen albricias ambos.

Los dos son codiciosos. Ya lo dijo el arcipreste:

«De todos los pecados, es raiz la cobdicia»...

Al fin, tras mirarse y remirarse, como quienes antes de hablar con la lengua quieren principiar la conversación con los ojos, rompen en este diálogo:

RAIMUNDA.—Haiga salud, señor Sindo, que entavía no mos hemos saludao...

SINDO. (*Acercándose mucho á Raimunda*).—Salud, florecica de Abril, que te vas pusiendo muy majetona...

RAIMUNDA. (*Haciendo como que se retira*).—Métase las manos en los bolsos, y téngalas quedas...

SINDO.—Anda pa allá y no seas áspera... Deja las manos libres...

RAIMUNDA. —¿Es eso to lo que tié que contarme?

SINDO. (*Medio abrazándola*).—¿Y tú? ¿Qué me dices, moza?... ¿Has cambiao ya de pensamientos conmigo?... ¡Ay, moza, no quíes ser buena!

RAIMUNDA. (*Sin oponerse al abrazo de Sindo y casi restregándose groserosamente contra él*).—¡To! ¿Por qué me dice eso?...

SINDO.—Porque ya vi, de la otra vez, cómo dejaste sin candar el cuarto. .

RAIMUNDA.—Y ya vi yo el refajo que me tenía usted ofrecio...

SINDO. (*Sin querer hablar del refajo y en la mis-*

*ma actitud*).—Anda, moza, que lo que tú no quíes es se buena y cariñosa pa mí...

RAIMUNDA.—¡To! Ni usté mercarme el refajo. .

SINDO.—Ve ahí... Eso vendrá después...

RAIMUNDA.—Eso tié que venir antes...

SINDO.—No seas interesá, mochacha, que es vicio muy feo...

RAIMUNDA.—¡Pa lo generoso que es usté con persona nengunal

SINDO.—Déjate de bobadas... ¿Cuándo descandas la tu puerta?

RAIMUNDA.—Cuando me dé usté el refajo.

SINDO.—No se habla de refajos ahora...

RAIMUNDA.—¡To! Pues ahora es ocasión...

SINDO (*Decidiéndose resueltamente á abrazarla, incendiados los ojos*).—Anda, serrana, no seas tan despegá, mujer...

(*Llaman á Raimunda desde fuera. Son otros feriantes que demandan habitación para ellos y pesebre para sus caballerías. Se oye un nutrido resonar de cascos sobre las piedras del zaguán.*)

RAIMUNDA (*Deshaciéndose de Sindo*).—¡Cuidiao, que suena gentel

(*Vase corriendo á la cocina, y queda Sindo mirándola con despecho, llamándola aún. Sindo, sin la presencia de la moza, serénase y vuelve á su natural. El señor Sindo tiene dos miradas: una, la de los hombres de su oficio, hipócrita y sagaz, y otra, de fiera impaciente y encendida, de lobo ventenero, según haya mozas ó no. El señor Sindo acomódase en un taburete, acércase á una mesa, saca de entre los pliegues de la faja un cuaderno y un lápiz y pónese, con toda calma, á escribir*

números... *De allí á unrato, reaparece Raimunda bajo el dintel.*)

RAIMUNDA (*Sonriendo con sus deformes labios, como aludiendo con su sonrisa á la reciente escena.*)

—Señor Sindo, ahí vienen unos hombricos preguntando por usted...

SINDO (*Dejando de escribir*).—Diles luego que pasen. ¿Son amigos?

RAIMUNDA.—¡To! Usted lo sabrá. Yo no les conozco. (*Vase Raimunda. Los ojos del señor Sindo han vuelto á fulgurar instantáneamente. En seguida, en el umbral, aparecen cuatro hombres del pueblo. Ahora, el mirar del tratante tiene un gesto de codicia.*)

HOMBRE 1.º (*Descubriéndose ceremoniosamente como los otros tres*).—¿Da su licencia, señor Sindo?

SINDO (*Altivo y guardando en los pliegues de la faja el cuaderno y el lápiz*).—Pasad adelante. ¿Qué negocios vos traen?

HOMBRE 1.º (*Los otros tres, muy humildes y muy callados, miran con ansiedad al hombre 1.º y al señor Sindo*).—Pues ve ahí... Un asunto que queríamos tratar con usted... Mos dijeron que estaba usted en el mesón, y mos dijimos... ¡pues vamos á ver!... Y ve ahí el asunto...

SINDO.—Vosotros diréis. Pero despachad agudos, que se hace tarde para cosas de más cuenta.

HOMBRE 1.º —Pues ve ahí... como le digo... se mos han presentao unos pagos de la contrebución y... ya se sabe... nosotros...

SINDO. ¿Qué, más dinero? ¡Ay, amigos, en mala ocasión pedís!

HOMBRE 2.º (*Aventurándose á hablar y contenién-*

*dose el coraje*).—En otras ocasiones hemos cumplido con usted, creo yo.

SINDO. —Verdá verdadera. Pero todas las ocasiones no son las mismas. Antaño tenía, y hoy no tengo.

HOMBRE 1.º —Mire usted á ver... porque el asunto... ya usted comprende... no tié espera...

SINDO (*Como si estuviera muy contrariado real-mente*).—Pues, hijos, no puó remediaros. Las cosas andan mal, y el dinero muy solicitao... Yo vengo á comprar, y ando escaso de perras...

HOMBRE 1.º—Sí, pero nosotros... ve ahí... no tenemos otro camino...

SINDO.—¿A cuánto vos lo di la otra vez?

HOMBRE 2.º—Al ocho por ciento mensual.

SINDO. —¿Al ocho? ¡Ay, galán, ya no pué ser!... Como á diez no vos cuadre .. ¡bastante hemos habla!

HOMBRE 1.º (*Con rencor contenido*).—¿Y qué mos queda á nosotros, si to se lo llevan la Hacienda y usted?...

SINDO. —¡Pues na s'ha perdío! Llamar á otra puerta.

HOMBRE 1.º —Es que mos embargan... y ya ve usted, señor Sindo... es nuestro pan y nuestro cobijo...

SINDO. —Pues en vuestras manos está el salvaros, que yo no niego la salvación á naide... (*Con acento brutal*.) ¿Sí ú no?

(*Los cuatro hombres se miran angustiados. Al fin, como quien se resigna á la crueldad del destino, hacen los tres señas al hombre primero para que acepte.*)

HOMBRE 1.º (*Reprimiendo un violento movimiento de cólera*).—¡Ea!... ¡Pues, sí!

SINDO. —¿Cuánto precisáis?

HOMBRE 2.º —Mil quinientos reales.

SINDO. —Además eso. Pedís siempre poco. ¡Mil quinientos reales!

HOMBRE 1.º (*Desabridamente*). —¡To! Creo que no le arruinamos á usté...

SINDO. —En fin, no quió que por mi culpa se pierda una familia. Aunque por motajo me decís el «Tío Chupa Sangre», quió que palpéis la verdá... (*Con la grosería que imprime á ciertos temperamentos groseros la circunstancia de poseer algunos miles.*) ¡Qué sería de vosotros sin el «Tío Chupa Sangre», esgraciaos!...

HOMBRE 1.º (*Hablando consigo mismo*). —¡Mal rayo te parta, ladrón!

HOMBRE 2.º. —¿Y cuándo nos da el dinero?

SINDO. —Venid al medio día y haremos el recibo como cumple.

HOMBRE 1.º. —Con Dios, y de aquí al medio día, señor Sindo. (*Los cuatro hombres van á retirarse cabizbajos y silenciosos.*)

SINDO (*Con fingida y aparatosa liberalidad*). —No tan agudos, hombre; esperad que vos den una pinta de vino. Que yo, encima de to, vos convido aún. (*Asómase á la puerta y grita.*) ¡Raimunda!... ¡Moza!... Dales una pinta á estos hombres de bien... (*Raimunda aparece con una botella en la mano, deja sobre la mesa la botella y vase canturreando una tonada, cimbreando las fuertes caderas, segura de que el señor Sindo la mira con avidez. Los cuatro hombres, siguiendo un turno ceremonioso, apuran sendos tragos por la botella.*)

HOMBRE 1.º (*Limpiándose la boca con el revés*



*de la mano*).—De hoy en un año, y hasta el medio día, señor Sindo.

HOMBRE 3.º (*Al salir tras los otros y sin alzar la voz*).—¡Lobo sin entrañas!

SINDO. —¡Con Dios, y á ver cuándo vos cansáis de pedirl!

*(Queda el señor Sindo, desaparecidos los cuatro hombres, con un gesto de grande satisfacción. Luego pónese á la escucha.. Arriba, en el desván, contiúva Raimunda cantando su tonada... Santa alto para que la barrunte él y acuda á cortejarla... El señor Sindo, con el mirar que principia á encendérsele, tira escaleras arriba..)*

Y afuera, bajo la vieja puerta gloriosa representaseme una milagrosa aparición. Es el espectro de Rodrigo de Vivar, que arde en ira santa y bizarra. Desde hace siglos, por estas tierras famosas, escenario pretérito de sus hazañas, no hase topado el castellano con hombres cumplidos como aquellos caballeros con los que él lidió. Dijérase que han emigrado de entre nosotros las altas virtudes de la raza, y que sólo hemos cultivado los vicios ancestrales. Sólo los hampones y gentes de esta laya dejaron descendencia. ¡Ya no paran hidalgos en el mesón! Ya no son estos caminos lo que fueron. No han lugar en ellos aventuras caballerescas, heroicas y galantes... Y el espectro del Cid revuélvese iracundo, añorando su tizona y su Babieca, para caer sobre tanta chusma, y gime el de doña Urraca, como preso en extraño y enemigo suelo, jurando que estas gentes no son gentes de su raza y que esta tierra no es la tierra de Castilla...



## ALMA DE ANTAÑO

Cabrillea el sol á lo largo del río, con zig-zags luminosos. La llanura es una gran mancha de sol. El cielo está azul, sin una sola nube. Blanquean los caminos. Y los chopos, allá en la umbría y rumorosa ribera, cubiertos por la escarcha de la noche, parecen de plata, heridos por la radiante luz solar, que lo baña todo.

Es bella y esplendorosa la mañana. Dijérase una alegre mañana del alegre Mayo, este mes tan galán. Parece como si los invernizos rigores hubieran hecho un alto en su jornada cruel, y quietos, invisibles, recostados por los senderos, hubiéranse dormido á la caricia del sol.

A no ser los ralos rastrojos que erizan los parduzcos llanos, y sin esta desnudez triste de las ramas de los árboles, nadie dijera que es este día un día invernal. Tan suave y tan luminoso es, que echan de menos los sentidos las rosas de la primavera.

Una espesa bandada de graznadores cuervos, como una compacta nube de negro humo, revuela sobre un encinar lejano. Tras la grave austeridad de las encinas yérguense los riscos bravíos de la candelaria sierra,

recios y ceñudos, cubiertos á trechos grandes por dura y resbaladiza nieve.

A mi mano derecha, á la salida de la vieja ciudad, álzase el edificio del hospital, álzase inquietante y trágico, á mi corazón hablando de llagas dolorosas y de enconadas heridas, de gritos de angustia y de escalofríos de fiebre...

Más allá, lejos, al final de este largo camino, vislúmbrase sosegado y silencioso el inquietante campo-santo, con sus tapias blancas, con su cruz sobre la cúpula de una capilla, con las rígidas y negras copas de sus cipreses, dispuestos en hileras...

Cruzándose conmigo en el sendero, pasa un hombre de mala y sombría catadura, con las manos presas en duras argollas de hierro, cruzadas sobre el envés, entre dos guardias civiles...

Ríe el sol en el cielo azul, cae en una lluvia de oro sobre la tierra que, al recibirle, espónjase y estremécese de un gozo que parece sensual; todo pregona vida y juventud, libertad y fuerza... Y ese hospital trágico y aquel grave cementerio, y este hombre esposado con argollas carcelarias, entre estos guardias civiles, son algo que entristece profundamente el alma...

Sobre el llano, cruzándole en todas direcciones, tiéndense amorosamente los caminos. Ellos llevarán á lugares de amor y de dicha, á felices alquerías, donde colonos y criados viven una fecunda y reposada vida de paz y de brega; á blancas casucas alegres en las que habrá, tras la reja del zaguán, una moza toda gentileza y lozanía; á pintorescos mesones castizos, donde harán los huéspedes sus ganancias y retozarán con la robusta maritornes los fornidos arrieros...

Estos caminos tan abiertos, tan fáciles de andar sin

fatiga, tan amorosamente tendidos sobre el llano, llevarán á todos estos lugares. Así parece pregonarlo este radiante sol y este cielo azul. Y así parece que lo pregonan ellos mismos, los mismos caminos blancos y alegres, tan propicios á nuestro albedrío, ofreciéndose-nos todos para que tiremos nosotros por el que mejor nos cuadre.

Las alondras mañaneras desgranán los trinos de sus gorjas en los barbechos, y unas palomas torcaces, sobre la blanca mancha de un rebaño clamoroso, rayan de blanco el azul.

Pero al margen de esta lozana y amplia alegría de la Naturaleza están poniendo un comentario bien desconsolador ese hospital, y ese cementerio, y aquel hombre que va camino abajo entre aquellos guardiás civiles.

Una mujer, joven todavía y todavía bella, enlutada y triste, viene hacia mí. Sus negras tocas de viuda, que hacen resaltar más aún la marfilina blancura de su rostro graciosamente ovalado, sus grandes ojos llorosos, unas flores marchitas que aprisiona en sus manos delicadas, y un ligero temblor que yo adivino á lo largo de su cuerpo cimbreado y mórbido, dicenme que esa interesante y atrayente mujer regresa del camposanto... Allí, sobre el sepulcro del esposo muerto, habrá llorado lágrimas de recuerdo y de dolor, de soledad y de viudez... Sobre la recia losa—aquella losa que los separaba para siempre—habrá dejado unas flores jugosas y frescas, simbolo de su amor y de su melancolía, y de sobre la losa trágica habrá recogido otras flores, marchitas y lacias ya, que ahora porta en la mano, añorante y convulsa, para guardarlas después entre las páginas de su libro de oraciones, entre las

amorosas y consoladoras páginas que hablan de un amor perfecto y glorioso, en el que no son las losas sepulcrales obstáculos para que puedan reunirse en la celeste altura los que se amaron en este bajo y miserable mundo...

Quizás esta bella y desventurada mujer, al mirar el cielo tan azul y el sol tan radiante y al percibir tan tibio y tan oloroso el ambiente, haya recordado las adorables locuras pasionales de sus amores idos, haya sentido en su corazón como un eco elegíaco de sus pasadas y exaltadas aventuras, y en su divina carne un divino temblor de inconscientes ansias de amor y de vida...

Bella y triste mujer, ¿volverán para ti los días alegres de rojo y pródigo sol? ¿y las nupciales noches estrelladas, y las horas floridas y sentimentales, y las fragantes voluptuosas primaveras...? Esas tocas simbólicas de tu viudez, tan rígidas y tan negras, ¿no han de trocarse nunca en guirnaldas de rosas encendidas...?

¿Ya no habrá amor ni compañero para ti...? Cuando tus labios, aún jóvenes y codiciables, sientan el cosquilleo de una risa ¿subirá hasta ellos, ahogando la risa de esperanza, esa lágrima de recuerdo que preña tu corazón?

La viuda ha ido alejándose grácil y mórbida, con los grandes ojos llorosos y el rostro intensamente pálido. . Sólo vislumbro ya una mancha negra destacándose en el tono parduzco de la llanura...

Y llénome de pensamientos melancólicos y de evocaciones dolorosas. Aquel mozo vigilado y preso en la amplitud gloriosa de los llanos, y aquel oscuro hospital me hablan del negro dolor del vivir, y aquel so-

litario cementerio, con sus cipreses y con su cruz, y aquella bella viuda, con su melancolía y con su luto, háblanme del triunfo absurdo de la muerte...

El Sol, padre de todos los grandes optimismos, trae á mis pensamientos un amplio ritmo de fuerza y de juventud. Y los campanarios de estas iglesias que álzase á grandes trechos sobre la parda monocromía de los llanos, trae á mi espíritu la inquietud y el misterio del «más allá».

Y hay un momento en que me siento héroe, sonriendo al dolor, y otro en que me siento místico, sonriendo á la muerte. . En estos dos momentos de mi espiritualidad, héroe ó místico, ha sentido mi alma como el eco de un latido de la noble, de la recia, de la grande alma castellana.





## LOS POBRES QUE LLORAN EN LOS ENTIERROS

Helos aquí. Descendientes directos de aquellos embusteros redomados, nietos por línea de varón de aquellos farsantes hábiles, de aquellos vividores por arte de maravilla y de inverosimilitud, de aquellos pintorescos, ingeniosos y consumados pícaros que informan lo mejor de nuestra novela picaresca: príncipes de la gallofa trashumante, señores del bien mentir y del lagrimeante razonar, caudillos en el imperio de trapisonda, maestros en hacer negro de lo blanco, holgazanes á su modo, activos á su manera, hipócritas, lardinos, experimentados: helos aquí.

Estos viejos mendigos de ojos pequeños y móviles, como si observaran siempre, de grande y afilada nariz, como si ventearan, de orejas descomunales, como si á todas horas estuviesen á la escucha, de barbilla acusada, saliente—signo de astucia y de terquedad—tienen en su ejecutoria por gloriosos abuelos á todos los errantes pícaros que hicieron llegar hasta nosotros el renombre de sus nombres famosos en cuanta posada habitaron y en cuanto camino anduvieron.

Estos viejos mendigos hacen todos los oficios que puedan derivarse de la mendicidad.

Todo lo hacen, menos lo que constituya un trabajo regular, ordenado.

Ofrecedles una labor reglamentada, al uso que reglamentan sus labores los otros hombres, y ellos, despreciándoos, escaparán bajo sus capas pardas, enormes y descosidas — que parecen hechas de misterio — adonde no les llegue vuestra miraba ni vuestra palabra.

Serán vuestros enemigos.

Por nada renunciarán á su libertad. Ellos quieren mendigar libres, adoptando posturas dolorosas sobre el enlosado de la catedral vieja, gimoteando en los umbrales de las iglesias oscuras. Allí se os ofrecerán como cicerones, y os seguirán á lo largo de los templos, bajo las altas bóvedas resonantes, y os cantarán su salmodia quejumbrosa, persiguiéndoos tras las escaleras de caracol de los campanarios.

Vosotros os volveréis indignados; no podréis evitar un gesto de ligero terror al hallaros frente á tan extrañas y sombrías cataduras; y entonces ellos pondrán, en las profundas cicatrices de sus labios, una sonrisa de humildad, y os extenderán una mano rugosa y renegrida, como un sarmiento.

Si os negáis á socorrerles, insistirán, y tornarán á insistir, y volverán sobre vuestro acuerdo con nuevas insistencias, siempre con la sonrisa trágica y humilde; siempre con la mano trágica y extendida. Y si al final os incomodáis y enviáislos enhoramala, se irán, lanzando entre dientes unas terribles y sibilíticas maldiciones... Si le socorréis, vuestra limosna, en el fondo sombrío de un bodegón se convertirá en un vaso de vino áspero y rojo...

A más de ejercer de mendigos y de cicerones de iglesias, ellos saben otros oficios viles, y así os proporcionarán albergue por las posadas, guía por los caminos, dirección por la ciudad; os ofrecerán talismanes y amuletos contra la ceguera y las calenturas, piedras de milagro, bálsamos contra las desventuras de amor... Los hay que ofician de curanderos y para todo tienen fórmulas brujas y remedios de hechicería, y otros hay nigromantes, que hablan con las estrellas y saben por la luna cuanto de malo y de bueno ha de ocurrir...

Pero entre todas sus industrias tienen una verdaderamente peregrina. Estos pobres se alquilan para llorar en los entierros.

Hoy he asistido á uno. Tratábase de una pobre mujer que ha muerto dejando á un hijo degenerado y alcohólico, y un nietecito que no ha cumplido dos años todavía.

Iba yo tras el féretro, en representación de la familia de la finada, porque del hijo no se sabía desde tres días antes.

El niño quedó solo en la casa, al cuidado de unas vecinas.

A los lados del carruaje, dispuestos en hileras, marchaban los mendigos.

Llevaban encendidos los cirios, abatidas las cabezas, en actitud de mucha tristeza, y de vez en cuando lanzaban sollozos desgarradores.

Otros, ahogándose en lágrimas y con la voz en grito, hacían el fúnebre elogio de las altas virtudes de la muerta...

Todos aparecían desconsolados...

Algunos, por no gastar la cera de sus cirios, apa-

gábanlos á escondidas, y otros arrancaban los lagrimones de cera y se los guardaban.

Marchaban cojeando; unos cojos de veras; á los más, el hábito de cojear los había hecho cojos definitivamente, y ya no podían enderezarse así trataran de ello. Los había con brazos en posturas inverosímiles, y todos de alguna parte fingían ser tullidos...

No he podido tolerar esta farsa con la muerte, y los he mandado retirarse. Han debido agradecermelo mucho, porque los cojos, con los cirios bajo el brazo, han corrido como liebres, y he visto á uno que, escondiéndose, sacaba del bolsillo el pan de la limosna y mordía en él...

Se han ocultado entre las callejuelas los viejos mendigos y han desaparecido bajo el misterio de sus capas recias y pardas...

Yo he pensado en muchas cosas y he seguido al féretro, lamentando con el alma que no fuera también en él, en su helado fondo, aquel pobre niño que se quedó solo en la casa, al cuidado de unas vecinas.

TERCERA PARTE  
SALAMANCA DORADA



## LA CATEDRAL NUEVA

Desde la ciudad de Sevilla, en el año de 1491, solicitaron los Reyes Católicos gracias del Pontífice para dar á la catedral vieja una digna y suntuosa sucesora. He aquí, á título de curiosidad, algunas cláusulas de la carta que enviaron al cardenal Angers los soberanos españoles: «Facemos vos saber que la ciudad de Salamanca es de las insignes, populosas é principales ciudades de nuestros reynos, en la qual hay un estudio general dondè se leen todas las ciencias, á cuya causa concurren en ella de continuo muchas gentes de todos estados. E la iglesia catedral de dicha ciudad es muy pequeña y oscura y baxa, tanto que los officios divinos no se pueden en ella celebrar según é como deven, especialmente en los días de las fiestas principales por el grande concurso de gente que á ella viene. E por la gracia de Dios, la dicha ciudad cada día se ha acrecentado é acrecienta. E considerando la mucha estrechura de la dicha iglesia, el administrador é deán é cabildo de ella han acordado de la edificar de nuevo, haciéndola mayor como sea menester é con venga según la población de la dicha ciudad, por que según la forma y edificio que la dicha iglesia tiene, no se puede acrecentar sin que del todo se desfaga.»

Tras algunos tanteos encaminados á este magno propósito, el obispo D. Francisco de Bobadilla convocó á los más famosos arquitectos de la época, y en 3 de Septiembre de 1512 tuvo lugar aquella junta señaladísima en la historia del Arte, á la que concurrieron Antón Egas, de Toledo—con Alfonso Rodríguez, de Sevilla, á la sazón en la isla de Santo Domingo, autores del proyecto—, y Juan de Badajoz, maestro de León; Juan Gil de Hontañón, Alonso de Covarrubias, Juan Tornero, Juan de Alava, Juan de Orozco, Rodrigo de Saravia y Juan Campero. En aquella junta célebre dióse un alto ejemplo, raro en la historia de la humanidad, de grande amor y respeto á lo vetusto, que entrañaba, por otra parte, un excelente gusto artístico; acordóse en ella edificar la nueva catedral frontera á la antigua, mas respetando el claustro y la torre de este bravísimo monumento románico. «De esta suerte—dice Quadrado, de quien algo más se copia en estos párrafos—, enlazan la solidaridad de sus glorias y recuerdos las dos catedrales, poniendo de mancomún la una su ancianidad y la otra su grandeza, y dispuestas á atravesar inseparablemente unidas las más remotas edades.»

El 12 de Mayo de 1513 se colocó la primera piedra de este templo, cuya asombrosa fábrica, tras largas interrupciones, terminóse en 1733.

Su estupenda fachada que es por donde principian las obras—pertenece á la decadencia gótica, sin mezcla apenas de Renacimiento, y se compone de tres portadas divididas por gruesos y salientes machones, y amparadas en su parte posterior por tres grandes arcos de medio punto recamados de colgadizos, sobre los cuales corre de un extremo á otro, á la altura de



las naves laterales, un calado antepecho. Dos ingresos escazanos forman la puerta central, ostentando figuritas en sus dobelas y en su pilar divisorio una bella estatua de la Virgen bajo doselete; y así éstos como otros dos arcos sobrepuestos que contienen mediorrelieves exquisitos del nacimiento del Hijo de Dios y la adoración de los magos, quedan encerrados por uno irregular en sus caprichosos ángulos y rompimientos, cuya ondulante trémula curva guarnecen copiosas esculturas y follajes é imágenes con sus guardapolvos. Su vértice toca á la repisa de un magnífico calvario donde campea el Crucificado entre la Madre y el Discípulo, acompañándole á los lados las efigies de San Pedro y San Pablo, todos dentro de arcos de tres curvas, de los cuales penden sutiles encajes; escudos de armas, medallones, y en lo más alto una figura de San Miguel, llenan los escâsos huecos de esta especie de restablo maravilloso.

La puerta de Ramos guarda completa analogía con las hermosísimas de la fachada: la misma sobreposición de arcos, el mismo ondeamiento de guirnaldas y figuritas, siguiendo los lóbulos del arquivolto superior, el mismo primor en la talla, la misma profusión de efigies, repisas, doseletes, escudos y labores de todo género, y también, lo que resta belleza á estas soberbias puertas, la misma escasez de bulto en las partes, tan ingrata como la falta de términos y de perspectivas en un cuadro. En esta puerta—aunque tales estatuas parecen bastante posteriores á la primera época de la edificación de la catedral nueva—admírase un relieve entero de la entrada de Jesucristo en Jerusalén; Doctores de la Iglesia menudamente figurados en las sinuosidades del arco grande; estatuas de após-

toles á los lados de la claraboya, y las de los cuatro evangelistas en los estribos inmediatos.

Vista de flanco la catedral, presenta el triple muro de sus capillas, nave lateral y nave mayor, y la triple serie de botareles y afiligranados crestones que lo fortifican y embellecen. Desde allí puede estudiarse la sucesión de las obras, cada vez más apartadas, por la influencia del tiempo, del primer estilo en que fueron concebidas. Los primorosos follajes que festonean las ventanas de las capillas aventajan al ornato de los ajimeces de las naves, y las trepadas barandillas de los dos órdenes inferiores, vienen á degenerar en el de arriba en simple balaustrada, que continúa encima de las alas del crucero, construido, sin duda, en la segunda época.

Interiormente la catedral nueva es también bellísima.

Los pilares redondos y estriados despliegan sus bocelos más arriba del anillo del follaje que les sirve de capitel, para formar las aristas de las bóvedas, que esmaltan doradas claves en sus cruzamientos. Fluctúan vacilantes entre la ojiva y el medio punto los arcos de comunicación y los de las capillas, mostrando éstos en sus enjutas la jarra de lirios con el lema de la salutación angélica que constituye el blasón capitular, y aquéllos unos medallones con lindos bustos sugeridos por el Renacimiento; por cima de unos y otros se prolongan vistosos andenes ó galerías, con la diferencia de que la inferior lleva un antepecho gentilmente calado y la superior una balaustrada, y de que la guirnalda gótica que ciñe el pie de entrambas presenta en la primera mayor finura y preciosos ángeles y animalicos entre sus hojas. Al paso que se

eleva la fábrica vese por dentro, lo mismo que por fuera, declinar la pureza de su carácter.

Nadie atribuyera al patriarca del churriguerismo—el famoso José Churriguera, gloria entonces de Salamanca y asombro de sus doctores, intervino en la edificación de esta catedral en su postrera época—la gran cúpula del templo, al contemplarla por fuera tan sencilla y airosa, abriendo en su redondez ocho ventanas de arco rebajado entre pareadas columnas corintias que sostienen la media naranja y linterna. Por dentro, sin embargo, bien se le conoce la filiación en las barrocas pechinas, en los enormes y pintarrajeados relieves del primer cuerpo, en el delirante ornato que revisten las aberturas del segundo y los pilares de los ángulos del interior ochavado, que trepa por la cornisa y el cascarón y deslucce notablemente su gallardía y su pureza.

Pero los vacíos, los lunares, las discordancias, desaparecen ante la admirable unidad del edificio, ante su despejada grandeza, ante sus armoniosas y rítmicas proporciones.

Al entrar en la sacristía, por la nave del trasaltar correspondiente á la parte de epístola, su magnificencia no deja echar de menos mayor pureza de arquitectura. En sus nichos semicirculares, abiertos á lo largo de los muros, flanqueados de agujas con candelabros ó urnas piramidales, cubiertos de casetones, ocupados por colosales espejos con marcos de cartela, hay amalgama de gótico, de plateresco y de barroco; campea en las bóvedas la crucería, al paso que pilastras y frontones curvos en los portales; y, sin embargo, no falta la armonía al par que gravedad en aquel rico conjunto, exento de revoques. Preciosos y valiosísimos restos se

envanece de poseer el relicario en sus magníficas urnas de plata, muchos de los cuales, los más costosos, tal vez, pertenecieron á los caballeros templarios.

Rodean interiormente al templo uniformes capillas, cinco en cada uno de los muros laterales hasta el crucero, y nueve más allá, en el trasaltar: tres en el fondo y tres á cada lado.

Como si todas hubiesen nacido en la más temprana y mejor edad de la fábrica, llevan por dentro una misma y elegantísima decoración gótica. La primera de la nave del Mediodía, correspondiente al pie de la torre, no fué dedicada hasta 1630 por el regidor Lorenzo Sánchez de Acebo al santo de su nombre. La inmediata, desde un siglo antes, lucía ya la riqueza y profusión de ornato en que vence á las restantes y que justifica su sobrenombre de «dorada», porque de oro están cubiertas, con sus repisas y guardapolvos, las innumerables figuras distribuidas por los nichos ó alineadas en varios órdenes alrededor de sus muros, á semejanza de las que hizo colocar el mismo fundador en la fachada de la parroquia de San Pablo. Fué éste el canónigo D. Francisco Sánchez de Palencia, cuyos títulos se publican en la hermosa reja plateresca, en el epitafio y en el friso de la capilla, y cuya efigie, vestida de ropas sacerdotales, reclina sobre la mano su cabeza. Excelentes pinturas de Navarrete, el mudo, distinguen á la tercera, llamada del presidente de Liébana; la cuarta contiene á un lado el entierro y yacente estatua del canónigo Francisco Sánchez Palacios, que murió en 1591 con crédito de virtuosísimo. Por ella se baja al crucero de la catedral vieja, cuyo brazo mutiló la nueva obra, destruyendo los ceno-

tafios que al conde Raimundo y á Urraca había colocado allí la Iglesia agradecida.

Así, de capilla en capilla, dando la vuelta al templo, llegase á la del centro del trasaltar, que coge todo el ancho de la nave mayor, adonde fueron traídos en 1744 desde, la antigua basilica, los restos de su primer obispo Jerónimo y el venerado *Cristo de las Batallas*, compañeros uno y otro de las gloriosas expediciones del Cid Campeador. No lo desmiente la tosca y negra imagen, de un aspecto fiero y sañudo, representada con los ojos abiertos, cuyo tamaño es de poco más de una vara y cuyo primitivo carácter contrasta con el churrigueresco retablo que se le dió por inadecuado albergue.

\*  
\* \*

—La catedral nueva — me decía un día Ángel Apraiz, catedrático de Historia de las Artes en esta Universidad—constituye un arcaísmo dentro de la arquitectura. Está construída en gótico y alcanzó épocas en la que el gótico no era ya el estilo corriente de construir.

¡Bendito arcaísmo! pensé yo—. A menudo debían sentirse arcaicos los grandes arquitectos y construir en gótico también. Pero falta la fe—continué pensando —, esa fe grande, verdadera y perseverante, que dió al mundo la gloria de estas incomparables catedrales, tan bellas, tan esbeltas, tan armoniosas.

¿Nos falta la fe, en efecto, ó es que la fe de hogaño disparata por los chabacanos caminos del mal gusto y de la cursilería? Estos templos de hoy, achatados,

pesadotes, verdaderamente horribles, donde todo, hasta la fe misma, parece de purpurina y de relumbrón grosero; estos templos de hoy, sin grandeza, sin ritmo, sin espíritu cristiano, no pueden conmover nuestros corazones—como me hacía notar en cierta ocasión el gran maestro Alfredo Vicenti—, no pueden emocionarnos, no pueden despertar en nuestras almas, entre sobresaltos y temblores espirituales, ansias ni fervores místicos...

¡Las catedrales góticas! ¿Dónde, como en ellas, latirá una tan entrañable exaltación religiosa? Sus elegantísimas torres altas, agudas, esbeltas, son como cristianas oraciones hechas piedra, oraciones que alzanse bellas y rítmicas hacia el cielo. Mirándolas largamente, en la lejanía, viéndolas tan erguidas, tan espirituales, destacándose en el azul, dijérase que le taladran, que le penetran, que llegan á mundos milagrosos, á esos mundos de rubios angelotes y de serafines alados que en las estampas de los libros infantiles, tañendo aéreas y largas trompetas, en gozo ingenuo y perenne, revuelan amorosos en torno del trono del Señor...

En las catedrales góticas, además—y este es su mayor encanto—, la idea de la muerte es también— como sus columnas floridas, como sus calados, como sus naves—algo sutil y armonioso, lleno de belleza, de claridad y de esperanza. Pensamos en la muerte, y al ver estas torres tan místicas, tan leves, tan aéreas, tan sugeridoras, horadando el azul, pensamos en el cielo. Y pensando en el cielo y en la muerte éntrannos unos recios afanes de libertarnos de nuestro pesimismo y de creer que no acaba todo en la tierra, que no sólo hemos de ser carne pudridera y

barro mortal, que allá, en el azul glorioso y limpio, sereno como un lago encantado, hemos de resucitar bajo una ú otra apariencia; que la muerte, en fin, no es sino un breve y nada doloroso tránsito.

En las catedrales románicas y bizantinas— en esta catedral vieja de Salamanca, por ejemplo—la idea de la muerte tiene un sentido de paz, de reposo, de grave, tranquilo é interminable sueño; pero no nos sugiere grandes esperanzas de resurrección. En las catedrales góticas, sí. En los sepulcros de las catedrales góticas—y esto no será sino una superstición mía—me obstino en imaginar cuerpos blancos y puros, cuyas almas han volado ya á otros mundos mejores. En los de las otras catedrales imagino unos cuerpos profundamente dormidos, pero no purificados por la muerte, no desligados de su espíritu, cada cual con su alma, como la tuvieron despiertos, nido de humanas y exaltadas pasiones; cada cual con su alma, hundida ahora en un silencioso sueño inacabable...

Esta extravagancia de mis pensamientos me hace mirar con muy malos ojos el que se trasladasen de la vieja basilica á la gótica el *Cristo de las Batallas*, del Cid, y los restos mortales del obispo Jerónimo. Ese enterramiento trae al ánimo el recuerdo sangriento y cruel de cristianos degollados y alanceados moros, y de guerras y de odios y de venganzas y de ambiciones... Nada de esto debe evocarse en una catedral gótica. Tal asociación es sacrilega.

De parte de Orient vino un coronado,  
El obispo don Yerónimo, su nombre es lamado,  
Bien entendido es de letras, é mucho acordado:  
De pié é de caballo mucho era areizado.

El obispo Jerónimo, compañero del Cid cuando Alfonso VI desterró á Rodrigo, era, pués, hombre guerrero y fiero, no místico ni compasivo. Igual deciales una misa á aquellos soldados sedientos de sangre, de hazañas y de botín, que por su mano propia degollaba adversarios:

A los mediados gallos, antes de la mañana,  
El obispo Don Yerónimo la misa les cantava.

.....  
Ensayabás el obispo, ¡Dios que bien lidiava!  
Dos mató con lança, é V con el espada.

He aquí el retrato que del obispo Jerónimo se hace en los rudos versos del *Cantar del Mio Cid*. El obispo don Jerónimo decía una misa «á los mediados gallos», mataba luego cinco moros con su espada y preparábase á decir nuevas misas y á degollar nuevos enemigos... Un hombre así está bien enterrado en una catedral románica ó bizantina—lugar adecuado y bello para el enterramiento de un héroe de la guerra—pero nunca en una catedral gótica, donde todo parece que ha de ser dulzura, purificación, amor fraterno, pura humildad, gozo de perdonar, ansias suaves, espiritua-lísimas...

En una catedral gótica no debe evocarse una figura como la del obispo don Jerónimo, llena de soberbia, aureolada trágicamente por el rojo de la sangre de las batallas...

Aquí sólo el recuerdo de los místicos, de los verdaderos místicos. Aquí aquellas palabras de cristiana renunciación del beato Juan de Ávila: «Monje que tiene un cornado no vale un cornado.» Aquí aquellas



dulces y fervientes declamaciones de San Juan de la Cruz:

Mi alma se ha empleado  
Y todo su caudal en su servicio,  
Ya no guardo ganado  
Ni ya tengo otro oficio,  
Que ya solo en amar es mi ejercicio.

Aquí aquellas frases de divina exaltación mística de Santa Teresa: «Parezcámonos, hijas mías, en algo á la gran humildad de la Virgen Sacratísima, cuyo hábito traemos».

Aquí todo esto, todo esto que es esperanza de resucitar puros, que es desprecio de vanidades mundanas, que es fragancia angélica del alma... Aquí, sobre todo, amor á las humanas y á las celestiales criaturas, amor á cuanto existe en los cielos y en la tierra, nada de odios y menos de matanzas; vida cristiana y muerte cristiana, y esperanza, y amor; sobre todo, mucho amor...

Más bellas que ningunas otras evócanse aquí aquellas palabras armoniosas, incomparables, henchidas de un amor penetrante, altísimo y dulce, no superadas jamás, del Pobrecillo de Asís: «Hermano monte, hermana agua, hermano lobo»...



## EL BARRIO DE CALISTO Y MELIBEA

Prolija y apasionadamente han discutido críticos, eruditos y bibliógrafos, sobre quién fuese el autor de *La Celestina*, ese libro á todas luces genial, que sería el mejor de los castellanos, con haberlos tan enormes, á no escribir D. Miguel de Cervantes Saavedra la vida de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Con más ó menos probabilidades de acierto, hase achacado tan excelsa paternidad al bachiller Fernando de Rojas, á Rodrigo de Cota, á Juan de Mena y á un personaje eclesiástico que ostentó su alta dignidad en Salamanca. Este último parece ser el candidato del ilustre Zeda, gran enamorado y conocedor de cuanto á la *Tragicomedia* se refiere y autor de una adaptación excelentísima en la que Carmen Cobeña y Amparo Villegas—*Celestina* y *Melibea*, respectivamente—, alcanzaron un éxito grande y legítimo.

Por Fernando de Rojas decidióse la casi infalible opinión de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, el maestro por antonomasia en este orden de estudios y de investigaciones.

Algunos críticos han creído descubrir en el cordobés Juan de Mena el verdadero autor de la *Tragico*

*media* inmortal, y otros atribuyen al toledano Rodrigo de Cota la gloria altísima de haberla meditado y escrito.

Mi opinión insignificante, que no desarrollo aquí porque no creo adecuado lugar este libro humilde, de puro y ligero entretenimiento, para entregarme en él á largas disquisiciones eruditas, es que Rodrigo de Cota, el *viejo*, ó el *tío*, como llamábasele en su tierra, es el autor, del principio hasta el fin, de los veintiún actos que componen *La Celestina*. Basta, á mi juicio, conocer el *Diálogo entre el amor y un caballero viejo*, del mismo autor de las *Coplas de Mingo Revulgo*, para sospechar que la imperecedera *Tragicomedia* ha de ser nacida de esta maestra péñola, y en modo alguno de la un tanto fátigosa y latinizada de Juan de Mena, y menos aún de la de Fernando de Rojas, indudable autor de los medianos acrósticos que figuran al frente de la obra, y de quien no se sabe cierto que volviera á escribir—habiendo sobrevivido cuarenta años á la publicación de *La Celestina*—, aunque sus defensores hayan supuesto que pudo, á los veinte años mal cumplidos, crear *quince* actos de la *Tragicomedia*, en *quince* días de unas vacaciones.

Punto muy debatido ha sido también el de si la acción de esta obra enormísima tuvo lugar en Toledo, en Sevilla ó en Salamanca. Piensan algunos, por aquella frase de *Melibea* en el acto XX: «Subamos, señor, al azotea alta, por que desde allí goce de la deitosa vista de los navíos», que fué en Sevilla donde debió la acción localizarse. Otros suponen que Toledo, por ser toledanos Rojas y Cota y por el nombre de algunas parroquias que allí existieron, á las que se alude en *La Celestina*, y otros, finalmente, los mejor orien-

tados á mi juicio, suponen que en Salamanca. El no saberse si hubo ó no hubo en esta ciudad calles del *Arcediano* y del *Vicario Gordo* nada demuestra, porque tales pudieron existir entonces, sobre que pudo, lógicamente, ocurrir que estas calles no se llamasen de este modo y que el vulgo así las conociera por vivir en ellas un arcediano y un vicario, como apunta *Zeda* muy bien. El ambiente de la obra entera es neta y castizamente salmantino. Desde tiempo inmemorial existe aquí, sobre el río, la cuesta de las Tenerías, y cerca de ella, dato de grande importancia, una enorme peña conocida por *Peña Celestina* desde muchísimos años atrás. Todo autoriza á suponer que fué Salamanca—plantel de pícaros y de rameras, de eclesiásticos y de caballeros—, cuna y sepulcro de los personajes principales de la *Tragicomedia*.

Esta misma discretísima opinión transparéntase en muchas alusiones de antiguos y esclarecidos escritores, casi contemporáneos del suceso, como las hallamos en Sancho Muñón, Bernardo de Bobadilla, Bartolomé de Villalba, y en el padre Delicado, en su estu-penda novela *La lozana andaluza*.

Siendo firme en mí la creencia de que la acción de *La Celestina* tuvo lugar en esta ciudad famosa he querido, lector, ofrecerte en este libro de *Salamanca* un capítulo sobre *El barrio de Calisto y Melibea*.

\*  
\* \*

En la Puerta del Río, donde viviera aquel donoso pícaro segoviano Hernando de la Trampa y Tramoya, que hizose pasar en Salamanca por el caballero don Fernando de Quiñones y anduvo en otros enredos que

desenredaron unos «gorrones» castizos y desenfadados robándole las monedas que por arte de briba y de «flor» ganase á unos tratantes en carneros, con lo que vino á quedarse en cueros vivos, y otras cosas que el ingenio de Castillo Solórzano nos cuenta; á la Puerta del Río, y á un tiro de fusil de la aldea de Tejares, patria del *Lazarillo* inmortal, en la cuesta de las Tenerías, sobre el Tormes, álzase un teso elevadísimo, cortado á pico, al que conocen las gentes del país, como dije, por el nombre de la *Peña Celestina*.

En las callejas cercanas no es difícil distinguir en algunas de sus casucas ruinosas, hoy verdaderamente miserables, hidalgos escudos de armas y ese dorado y bermejo color en las gastadas piedras que es como el beso largo y apasionado de los siglos. En una rinconada elévanse las ruinas de un pequeño templo. Hay casas rodeadas de corralizas, defendidas por viejos muros, linderos antaño, tal vez, de umbrosos jardines y de huertos florecientes. Sobre las aguas mansas del río desmáyanse las ramas de unos sauces melancólicos. Suena por esta parte blando y elegíaco el Tormes. Dijérase que llora aún la temprana muerte de *Calisto* y la malaventura de su enamorada *Melibeá*. Caen las ramas de los sauces sobre la clara corriente, y el río las columpia con sosiego, alzando en ellas como un constante rumor de llanto... El alegre azul del cielo, espejándose limpio en el fondo y en la transparencia de las aguas, no basta á vencer la tristeza y la melancolía de este bello recodo, aún más en carácter cuando el cielo está gris, lluvioso, y el Tormes plomizo, y cae la lluvia menuda sobre la desolación de los sauces, flotantes sus ramas en el agua, que las columpia mansa y murmuradora...

Este paisaje y estas callejas tienen para mí como un aroma rancio y poético... Este fué, sin duda, el feudo de aquella vieja barbuda, astuta, sagaz, labradora, perfumera, maestra en hacer afeites, sin rival en preparar cepos á la lujuria y á la virtud, y gran zurcidora de doncelleces y de voluntades: de aquella tercera experimentadísima, que no más entrar en las iglesias, bajo capa de muy devota, luego venían á saludarla los abades, los mozos y los caballeros, porque todos en ella confiaban sus negocios de amor y sus ansias de placer; de aquella cuya enlutada presencia, entre las sombras espesas de la noche, hacía aullar á los perros de la ciudad, que seguíanla el rastro sin cesar en sus aullidos, venteando en lo obscuro y arrastrando la cola, como barruntando brujas; de aquella que siempre vendía el primer hilado de cuantas vírgenes abrían tienda á vender, y dejábalas luego que nadie tal dijese, otra vez recompuestas en su corporal castidad; de aquella que por tres veces engañó á un embajador francés con la virginidad fingida de una misma complaciente moza; de aquella la más famosa y sabia embaucadora de la canalla picaresca, por quien es Salamanca la primera ciudad del orbe en tales achaques del engaño y el truco y la agudeza y la filosofía en el enredar y en el mentir, porque si Segovia tiene á *Pablillos* y al *Bachiller Trapaza*, y Sevilla á *Monipodio* y á *Guzmán de Alfarache*, y Córdoba á *La Lozana andaluza*, y Galicia á *Estebanillo González*, Salamanca, á más de al *Lazarillo* y á *Cortado*, tiene á esta imponderable *Celestina*, que es madre de ellos todos, tal que su abuela lo fué doña *Trotaconventos*, aquella cuya muerte hizo exclamar, enternecido, al libre y zumbón Juan Ruiz:

¡Ay mi *Trotaconventos*, mi leal verdadera!  
Muchos te seguían viva, muerta yases señora.  
¿A dó te me an levado? Non se cosa certera.  
Nunca torna con nuevas quien anda esta carrera.

Este fué el barrio que inmortalizó Rodrigo de Cota. Fué este mismo, sin duda. En alguna de estas callecicas elevaríase antaño la casa de la gentil y enamorada *Melibea*. Algunos de estos muros, rojizos y ruinosos, fueron los de su huerto rumoroso y fragante, donde tejiera el velo áureo y encantado de sus sueños, los muros que *Calisto* asaltara en busca de su halconcillo. Y aquí, entre estas cercas mismas, quedóse el mancebo para siempre abrasado en los amores de *Melibea*, que ofrecióse á sus ojos más resplandeciente que el mañanero sol, más dulce que la rubia miel que sus abejas libaban y más perfumada que aquellas rosas encendidas de los rosales de su huerto...

Por estas revueltas callejuelas discurrían *Crito* y *Centurio*, los rufianes, y *Elicia* y *Areusa*, las ramearas, y *Sempronio* y *Parmeno*, los criados cobardes y ambiciosos.

En esta cuesta de las Tenerías, sobre el río, alzóse en tiempos la casa de la astuta y nigromántica *Celestina*, mesón del placer y del peligro, mancebía y madriguera. De su herrumbroso aldabón cogiéronse, lascivas y calenturientas, en horas propicias y recatadas, muchas manos de abades orondos y de caballeros principales. Su puerta cerróse tras muchas doncellas que de allí salieron maestras en la placentería y en la corrupción, y abrióse con frecuencia cotidiana para dejar el paso libre á cientos de mujeres que allá iban en demanda de remiendos y zurcidos en aquella



parte del cuerpo de la mujer donde es más difícil zurcir y remendar. Estudiantes, caballeros, rufianes, mozos de cuadra: todos en ella penetraban y salían á poco satisfechos y complacidos, porque para todos y para todas había goces y diversiones y holgorios, que en la ciudad entera ninguna otra casa de este jaez podía, ni remotamente, asemejarse con ésta muy acreditada de la barbuda *Celestina*.

En las altas horas nocherniegas, cuando Salamanca durmiese bajo la luna y sus callejas fueran como remansos de silencio, y todo en ellas recogimiento y soledad, y las campanas enmudecieran en lo alto de las soberbias torres, envueltas en el flotante crespón de la sombra, y sólo la canción del río, por esta parte de las Tenerías, quebráse el silencio profundo, oíríanse quedas y cautelosas pisadas, venidas del centro de la ciudad, con que algún alto eclesiástico ó algún principal caballero aproximábase á los hospitalarios muros de la vieja famosa, para muy sigilosamente, una vez franco el zaguán, echar por las escalaras adelante y penetrar en la escondida cámara y regodearse muy á su placer entre los robustos y viciosos brazos de *Elicia*.

Por aquí, dando el reloj las doce de la noche, atravesaría la gallarda figura de *Calisto*, armado con sus corazas, seguido de sus criados, encendido en fuego de amor, trémulo por la esperanza del placer, en de-rechura á caza de la dulce y sumisa *Melibeá*, que esperaría hechos puras brasas el corazón y el sentido..

Aquí, esperando á *Calisto*, sonaría la blanda y armoniosa voz de *Lucrecia* cantando amorosas canciones, para entretener á su impaciente y apasionadi-

sima señora los momentos crueles de la espera. Cantaría «muy paso, entre estas verduricas», para que no oyesen los que pasaran:

Alegre es la fuente clara  
á quien con grand sed la vea;  
mas muy más dulce es la cara  
de Calisto á Melibea.

.....

Saltos de gozo infinitos  
da el lobo viendo el ganado;  
con las tetas los cabritos  
Melibea con su amado.

Y la voz de *Melibea*—cristal de arroyo, caricia de flor—, cantaría luego, conteniendo las lágrimas en los ojos y abrasándose en celos prematuros:

La media noche es pasada  
y no viene.  
Sabedme si otra amada  
le detiene.

Aquí sonaría aquella ardiente, susurrante y diamantina voz, tan amada del gentil *Calisto*, confundida con el canto de los ruiñeños en la alameda...

Para mí tiene este barrio un encanto sutil. Él me ayuda poéticamente á detallar la evocación de la *Tragicomedia*, á rumiar el recuerdo de tanto imperecedero episodio, de tanta y tan desdichada pasión, de tanta sutileza, de tanta sabiduría. Al anochecer suelo acercarme hasta allí y perderme entre la magia de sus callejuelas. Antes de llegar á la cuesta de las Tene-rías, saliendo por la calle de San Pablo, hay como una

barbacana en el camino, y en lo alto del muro una cruz de piedra con el cuerpo del Crucificado. Entre las sombras toma la figura del Cristo, muy retorcida en la escultura, unas actitudes violentísimas de dolor... Dicen las gentes que aquí, colgándoles de esta cruz, se ajusticiaba á los reos. Y dijérase que este Cristo de piedra, testigo tantas veces de la crueldad y de la venganza de los hombres, rebélase aún contra tanto y tan sangriento horror... Es un Cristo de apóstrofe y de tragedia...

Yo le miro evocando las siluetas oscilantes y macabras de los ajusticiados, envueltos en esta luz lívida y cárdena, y, ya dentro de un ambiente de muerte y de siglos viejos, de divagación en divagación, evoco los cadáveres de *Parmeno* y *Sempronio*, sangrantes los cuellos por la degolladura, y la acuchillada pelleja de *Celestina*, y los cráneos estrellados de *Calisto* y *Melibea*...

En estos momentos, el recuerdo de la *Tragicomedia* inmortal, robustecido por el alucinante hechizo de este barrio, solitario y silencioso á tales horas, toma tanta fuerza en mí, tanta palpitación de vida real y verdadera, que cuantas personas vislumbro envueltas en las sombras de la noche se me antojan sus más salientes personajes...

Hoy mismo, no bien se puso el sol, he dirigido mi cabalgadura hacia este barrio, y no acierto á salir de sus encrucijadas, absorto en mis exaltadas evocaciones... Del reloj de la catedral, bronca y pausadamente, han caído, graves, once campanadas solemnes. Saliendo de mi éxtasis me he dispuesto á marchar, cuando, al tomar la esquina de una calle, mi potro ha dado un tornillazo fortísimo, que me ha puesto á riesgo de

caer. A la claridad de la luna he distinguido el bulto que espantó al potro. Es una vieja consumida y enlutada que baja por el centro de la callecica, con una jarra de vino en la mano, hablando y gesticulando sola. Un perro la sigue y aulla...

Yo la sigo también, y advierto, con emoción, que toma hacia la cuesta de las Tenerías... En una casuca hay luz en la ventana y una moza acodada en el alféizar... Espera á la vieja, sin duda, porque apenas la distingue cierra la ventana, que queda en tinieblas, y abre la puerta luego... La vieja desaparece en el zaguán...

Ya en pleno delirio, llégome á la escucha, y juraría que oigo decir á la moza, airada por tanta tardanza, aquellas palabras de *Elicia* en el acto VII: «Estas son tus venidas; andar de noche es tu placer. ¿Qué larga estada fué esta, madre? Nunca sales para volver á casa.»

Y luego imagino que *Celestina*—porque no puede ser otra sino *Celestina*, sube las escaleras angostas dándole algún envite á la jarra, y, tras contentar á la mozuela, entra en el cuarto misterioso de las redomas y los alambiques y los murciélagos desangrados y los enigmáticos bebedizos; entra muy preocupada con un negocio de amor que la ha encomendado un rico caballero, del que ella se promete pingües ganancias, y tras reflexionar un instante, con voz como el silbido de un nocturno reptil y con ademán nigromántico, sigo imaginando que dice inquietante y litúrgica: «Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos... Yo, *Celestina*, tu más conocida cliéntula...»

Y de allá, de lo que yo imagino el huerto de *Melibeia*, bajo este claro resplandor de luna, entre un aroma de rosas y un eco de suspiros, parece que me trae el viento aquellos hermosos versos:

¡Oh, quién fuese la hortelana  
de aquestas viciosas flores!...

Yo les escucho absorto, trémulo. Y en este momento de exaltación poética y romántica, mi alma, tal que un rosal al amanecer, ábrese temblorosa á la leyenda..



## LA CASA DE DOÑA MARÍA LA BRAVA

Algunos historiadores y cronistas atribuyen el origen de los famosos bandos salmantinos entre los caballeros de la parroquia de San Benito y los de la de Santo Tomé —bandos que no apaciguó sino, muy posteriormente y en parte, la palabra dulce y persuasiva del glorioso San Juan de Sahagún, patrón de la ciudad—, á la trágica muerte de los Enríquez y á la venganza de su madre doña María, *la Brava* por arrogante sobrenombre desde aquella inaudita hazaña; venganza celeberrima que ha inspirado al pueblo muchos romances heroicos, á los poetas muchas leyendas épicas, y entre ellos, á Eduardo Marquina, versos bien castizos y robustos, en su drama sobre doña María de Monroy, aunque la verdad histórica —licencia permitida á los poetas desde tiempos antiquísimos—, no brilla en su obra por ninguna parte.

Aquel culminante suceso no fué, sin embargo, causa de los memorables bandos de Salamanca. Los bandos existieron con mucha anterioridad. Después de las violentas discordias que turbaron á Castilla en lo más recio de su entraña, durante el reinado de don Pedro

el Cruel; á raíz de aquellas tremendas luchas, de aquellas duras y sangrientas parcialidades, quedóse Salamanca profundamente dividida en dos bandos contrarios; Maldonados y Tejadas, que tan opuestas banderas habían seguido, continuaron constantemente, ya en ruidosas, ya en sordas rivalidades, luchando por la respectiva preponderancia en la ciudad. Y cuenta el escrupulosísimo historiador Villar y Macias, que en 1401 surgieron nuevas y enconadas disensiones, viéndose obligado Enrique III á nombrar dos regidores de cada bando para que por suerte hicieran el repartimiento de oficios, motivo en aquel entonces de tan áspera enemiga. Los dos linajes de caballeros rivales siguieron hostilizándose, fieros y sañudos, durante el reinado de Juan II, entre los parciales de don Alvaro de Luna y sus adversarios.

En 1452, es decir, trece años antes del suceso de los Enríquez—continúa el mismo historiador—, se hallaban los bandos en uno de sus más sangrientos períodos, puesto que á 17 de Abril el conde D. Pedro de Estúñiga, justicia mayor de Castilla, mandó carta, que ante el escribano Pedro García de Gijón hizo saber el caballero de su casa Vasco Mosquera, á los caballeros y escuderos del bando de Santo Tomé, sobre el «apaciguamiento de los grandes escándalos, bollicios y trabajos de la dicha cibdad de Salamanca, con motivo del bando de aquéllos con los caballeros y escuderos del bando de San Benito».

En 1455 suscitáronse nuevas y grandes desavenencias por la elección de los procuradores á Cortes. Y á tal extremo de exaltación llegaron los irreconciliables salmantinos, que Enrique IV vióse forzado á ordenar que los doctores y graduados y estudiantes del estudio



de Salamanca «no sean osados de ser parciales, ni den ni presten favor ni ayuda, á parcialidad ni *bando* de la ciudad» bajo penas severísimas.

Como detalles curiosos y expresivos del antagonismo que adquirieron los famosos bandos, recrudescidos y enconados los odios por la muerte dramática de los Enríquez y la tremenda venganza de doña María, voy á transcribir aquí un párrafo que el mismo Villar y Macías inserta en su vera y prolija *Historia de Salamanca*: «En el testamento que ante Martín González otorgó, á 11 de Abril de 1474, doña Alonsa Rodriguez de Ledesma, viuda del doctor Arias Maldonado, al designar los que habian de sucederla en el tercio de sus bienes, hace varios nombramientos y sustituciones, por si los nombrados muriesen sin hijos, y, en último lugar, llama á Melén Suárez de Solís y á Alfón, su hermano, con las precisas condiciones siguientes: *viviendo á San Benito é ayudando al linage de los Maldonados.*»

Y este otro, no menos representativo. «En una cláusula de la fundación del mayorazgo que estableció en el tercio y quinto de sus bienes de los lugares de Santa Olalla y Rivas, á 18 de Abril de 1489, Diego López de Tejada, señor de Santa Eulalia, llama para la sucesión por orden de edades á sus cinco hijos varones, y á los de éstos que también perteneciesen al mismo sexo, y en su defecto, á pesar de tener dos hijas, doña Catalina y doña Inés, al pariente varón más cercano *que se llame del apellido de los Tejadas, é que sea de Sancto Tomé de esta cibdad de Salamanca, por cuanto es mi voluntad é quiero é mando esta mejoría de los dichos mis bienes no la pueda haber ni heredar hombre de Sanc Benito.*»

Y añade Villar y Macías: «Era tan grande la rivalidad entre ambas parcialidades que ni aun en la Casa Consistorial consideraba una y otra suficientemente garantizada la seguridad del archivo del Concejo ó de los linages, como entonces se llamaba, así es que lo colocaron bajo la salvaguardia y amparo de la iglesia, y lo tuvieron muchos tiempos en el convento de San Francisco; una llave tenía el corregidor, otra el escribano secretario, y otras dos, cada año, dos caballeros regidores, uno también de cada bando.»

Unos medianos versos, que se han hecho populares, ayudan también á formarse idea de la sangrienta Salamanca de entonces, llena de revueltas y de desafíos. Hacen alusión los versos á una vieja plaza, divisoria de las dos parroquias rivales, que llamóse «de la hierba», porque muy holgada crecía en aquel sitio, ya que los caballeros de los contrarios bandos no la pisaban sino para lidiar entre sí encarnizadamente:

Cada cual con su divisa  
el sitio amargo conserva  
y en la plaza nace hierba  
porque ninguno la pisa.

Nadie se atreve á pisalla  
sino en pública refriega,  
que quien á pisarla llega  
con sangre suele regalla.

Por todo lo escrito, lector, te supongo convencido de que los famosos bandos tuvieron origen más remoto que el asesinato de los Enríquez por los Manzano. Aquel suceso echó leña al fuego y escarbó en la herida, como dicen, pero no fué su causa primera. Y ya que tan culminante y extraordinario fué—por si tú,

lector, no le conocieras en sus verdaderos detalles , voy á contártelo en seguida por la pluma de Alonso de Maldonado, cronista contemporáneo del suceso: «... Y porque viene ahora á propósito, quiero contar un hecho romano que hizo una de estas señoras, que se llamaba doña María de Monroy. Como ésta fuese casada en Salamanca con un caballero que se llamaba Enrique Enríquez, de Sevilla, señor de Villalba, y como éste muriese, y quedase doña María harto moza y hermosa, y quedase con dos hijos y una hija, supo dar tan buena cuenta de sí, que fué ejemplo maravilloso su vida. Pues siendo sus hijos de doña María de Monroy, el uno de diez y nueve años (Pedro) y el otro (Luis) de diez y ocho, asaz eran dispuestos. Estos Enríquez tomaron estrecha amistad con otros dos caballeros de la ciudad, hermanos, que se llamaban los Manzanos (Gómez y Alonso), y como Enríquez el menor estuviese un día jugando, vinieron sobre porfias á reñir y echar mano á las espadas, de donde sucedió que como los Manzanos y sus criados estuviesen juntos, mataron al Enríquez, que solo estaba, y como los Manzanos lo vieran muerto, hobieron consejo, que se temieron de Enríquez el mayor, que le conocian por muy buen mancebo, y dijo el uno dellos que sería bien que lo enviasen á llamar que se viniese á jugar, y que venido le matarian, y así fué fecho, porque no tuviesen de que temer. Venido que fué el Enríquez, le metieron en un corredor, y andándose paseando en uno con el otro, Manzano le hirió de gran herida con una chuza. El Enríquez echó mano á la espada, como hombre de buen corazón, pero poco le aprovechó, porque luego le mataron; los Manzanos se fueron á Portugal. Sabida esta nueva por toda la ciudad, luego

los parientes trajeron estos dos hijos delante de su madre, que tan regalados los había criado, haciendo esquivos llantos. Todos pensaron que doña María perdiera la vida de pesar, según los quería, y, ciertamente, el aspecto de los mancebos enternesciera á quien quiera. Doña María les ponía los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningun acto mugeril, mas estaba con el corazón tan fuerte que ningun varón romano se le igualaba; asaz se parecía en su gesto la ferocidad de su ánimo, y todos tomaban espanto de vella con tanto sosiego. Los parientes de los mancebos muertos le dijeron que los enterrasen: doña María respondió: que ellos hiciesen dellos lo que quisiesen; y, en siendo noche, doña María cabalgó, y se fué á Villalba, y llevó consigo veinte de á caballo muy bien armados: diciendo que no quería que la matasen á traición, como habían hecho á sus hijos. Como doña María llegase á la mitad del camino, juntó los suyos, y hizoles una habla, en la cual les muestra que su corazón es vuelto todo á la venganza de sus hijos y que no quería vivir sino para esto. En gran manera espantados los suyos le respondieron que los Manzanos estarían ya en alguna fuerza de Portugal, á donde por entonces no podían ser habidos: doña María respondió no haber cosa más fuerte que el corazón del hombre, y queste queriendo, todo era suyo, y que ella quería dejar su hábito allí y usar el oficio de buen capitán; que en los peligros les prometía ser la primera; y diciendo esto, se fué á Portugal, y envió sus espías, á saber dellos; y dióse tan buena maña, que antes de un mes, como supo el lugar donde estaban, se fué una noche á más de media noche á la posada de los Manzanos, y con un vigón que llevaban los veinte escuderos, y ella delan-

te con sus armas, del primer golpe dieron con las puertas en el suelo, y no eran bien caídas en el suelo, cuando doña María estaba dentro con diez escuderos, y los otros diez quedaban guardando la puerta y unas ventanas. Los Manzanos, como los vieron ante sí, comenzaron á pelear y á llamar en su ayuda á los del lugar, de manera que la cosa se hizo tan animosamente, que los portugueses por priesa que se dieron no llegaron á tiempo, porque las cabezas de los Manzanos cuando ellos llegaron estaban ya en la mano izquierda de doña María de Monroy. Ella y los suyos cabalaron á priesa en sus caballos y se fueron; y llegaron un día á medio día á Salamanca, que todos pensaban que estaban en Villalba, y fuése á apearse derecha á la iglesia donde estaban sus hijos enterrados, y puso las cabezas que traía sobre las sepulturas de sus hijos, y de ahí se vino á su casa. Gran espanto puso este hecho en toda la tierra.»

He aquí, lector, narrada con tanta sencillez como colorido, la famosa venganza de doña María *la Brava*. Yo ahorro todo comentario. En la prosa llana y ruda de D. Alonso de Maldonado transparentase tan á las claras aquel sangriento, hermoso, fiero y arrogantísimo suceso, que ella me releva, con su rusticidad y justeza, de todo glosario por mi parte.

\*  
\* \*

De no haber muerto asesinados á traición los Enríquez, hubiesen dado, á buen seguro, brava cuenta de los Manzano y aun de sus escuderos todos. Eran Pedro y Luis harto más gallardos y valientes que Gómez y Alonso. En desafío leal, caballeresco y limpio,

á la antigua manera española, hubiéranles atravesado de parte á parte en las primeras estocadas que tirarían. Eran muy gentiles esgrimidores, muy esforzados caballeros, y mancebos de entero y aguerrido corazón. Tenían á quien asemejarse, en verdad. Su valentía y bríos era tesoro espiritual heredado por línea directa de varón. Entre los ascendientes de Pedro y Luis abundaron los hombres bravos, temerarios, de temple gallardísimo, fabuloso. Y uno de ellos, el infante Don Enrique, fué en una época de valientes, temido por los más agresivos y osados.

De este Don Enrique, hijo de Fernando III *el Santo* y hermano de Alfonso X *el Sabio* — bajo cuyo reinado enriquecióse nuestro Derecho con *el Spéculo*, el *Fuero Real* y las celebérrimas *Partidas*—, dice un distinguido historiador, tomando frases de cronistas de aquel entonces y ofreciéndonos idea del belicoso y aventurero espíritu de Don Enrique, lo siguiente: «Nació en 1230; distinguióse grandemente en la guerra de Sevilla y conquistó las villas de Arcos, Lebrija y sus comarcas. Desavenido en 1259 con su hermano Alfonso, á quien dijeron que había *fecho fablas con algunos ricos omes é caballeros del reino, en su deservicio*, mandó prenderle, pero se defendió contra los que á ello iban, y se embarcó en el puerto de Santa María, para Cádiz, de donde marchó á Valencia; mas don Jaime I de Aragón, suegro de Alfonso X, le hizo salir del reino, facilitándole, á su instancia, buque en que partir á Túnez; donde el rey, al saber su elevada cuna, le acogió amistosamente, permaneciendo á su lado cuatro años. *E en las peleas é contiendas que este rey de Túnez habia con los moros sus vecinos, este infante don Enrique serviale muy bien, é habia muy*

*gran fama é grand prez de caballeria en todas aquellas tierras. El prestigio que adquirió, pues cobraba mucho los corazones de las gentes, despertó temores y rivalidades en los cortesanos, que aconsejaron al monarca lo expulsase del reino, pero recelaron que los suyos se alborotasen ó se pasasen á los enemigos; por lo que resolvieron matarle, dándole el rey una cita con ese objeto, ó como dice la crónica: mandó llamar á don Enrique á la fabla, y el rey hizo que le espesase en un corral, donde no bien hubo entrado, le soltaron dos leones, é don Enrique sacó la espada que él traía consigo que non la partía de sí, é tornó contra ellos, é los leones non fueron á él.»*

He aquí, lector, acaecido en la realidad, muy anteriormente á que Cervantes - el príncipe, por antonomasia, de nuestra novela -, nos lo narrase, uno de los más altos y más esforzados hechos de aquel incomparable *Don Quijote de la Mancha*. ¿No lo recuerdas? Es cuando el loco sublime obliga á un leonero á que deje en libertad unos leones que porta un carretero en el carro, bien presos en sus jaulas, y Don Alfonso espera al león esforzadísimo, una vez la trampa abierta, mientras el carretero y Sancho desfallecen de pánico, jinetes en su rucio el uno, y el otro en la desuncida mula, envidiosos de la ligerísima yegua que cabalga el *Caballero del verde gabán*, ya borroso en la lejanía, á todo galope de la bestia...

Este alarde inaudito y auténtico del infante Don Enrique nos autoriza á diputarle como hombre de los más valerosos del mundo, sin necesidad de seguirle más en sus bélicas andanzas, cuando, ya desterrado de Túnez, guerreó encarnizadísimo por tierras de Roma y de Castilla.

Y en cuanto á los abuelos de doña María, los Monroyes, no menos aguerridos que los Enríquez, oigamos lo que un competente historiador escribe de uno de ellos: «...Hernán Pérez, séptimo señor de Monroy, extremado caballero en las artes de la guerra, y que sirvió á don Juan I en las que tuvo con el maestre de Avis y con el duque de Alencastre; era muy contrario suyo Juan Gómez de Almaraz, Señor de las villas de Belvis, Almaraz y Deleitosa, trayendo continuas reyertas y escaramuzas; púsole Almaraz un día cerco á la villa de Valverde, pero como fuese vencido por Hernán Pérez, prefirió morir matando á huir. Sucedió á Juan Gómez de Almaraz, su hijo Diego, á quien Enrique III, en Medina del Campo, á 12 de Marzo de 1393, confirmó por sus muchos y buenos servicios, en el señorío de Belvis, Fresnedoso, Mesa de Ibor, Deleitosa y Almaraz. Continuas acechanzas armó para vengar la muerte de su padre, como lo logró un día que Hernán Pérez, que tenía ya setenta años, volvía de la corte á su villa de Monroy; y como viniese desapercibido, le salió al camino Diego Gómez de Almaraz, con mucha gente de á pie, y de á caballo, que arremetió contra él; aconsejábanle los suyos, que pues la defensa era imposible, huyese; pero él respondió, que nunca pluguiese á Dios que tal hiciese, pues jamás lo había hecho en la mancebía por miedo á la muerte; que agora que estaba al cabo de la jornada, que era manifiesto error; y diciendo esto los contrarios le acometieron, y los suyos le huyeron, y los otros le matan, y el viejo valiente se volvía como un Héctor lo pudiera hacer:

—*Ya no me podéis quitar más de setenta años, por más que hagáis.*



Al fin le cargaron tantos y diéronle tantas heridas, que cayó muerto en el suelo, y lleváronle la cabeza á Belvis.»

El padre de doña María, en opinión de Alonso de Maldonado, fué «uno de los más valientes hombres que hubo en su tiempo». Y de la misma doña María de Monroy nada quiero añadir por mi cuenta, ya que la tremenda venganza que, en ocasión de la muerte de sus hijos Pedro y Luis tomó de sus asesinos, pinta sobradamente la bravura estupenda que animó briosísima en aquella fuerte alma de mujer.

«De tal palo, tal astilla», dice un viejo refrán, y bien puede asegurarse que los Enríquez hubieran triunfado de los Manzano si éstos, por su parte, hubiesen luchado caballerescamente. Pero el gran valor supone siempre grande lealtad, y la lealtad y el valor todo lo pueden, menos esquivar cobardes emboscadas y cuchilladas traidoras...

\*  
\* \*

En lugar preferente de mi cuarto de trabajo tengo un retrato hermosísimo, junto con el de su ilustre esposo, Fernando Díaz de Mendoza, de la eminentísima actriz María Guerrero. Esta trágica insigne representa en la fotografía el personaje de doña María *la Brava*. En parte ninguna podría evocarse la figura arrogante y fiera de doña María de Monroy con tanta palpitación de vida, de brío y de verdad, como en este retrato admirable. Así debió ser doña María, tal como aquí se aparece, llena de aguerrida seguridad, de calma espantosa, de heroica resolución. Así fué, á no dudarlo... Esta misma escalofriante actitud, firme, altiva,

prócer, inexorable, debió espejarse en su rostro y en su figura toda cuando supo de la airada muerte de sus hijos mozos. Tal debió ser su mirada y su gesto momentos antes de cabalgar con sus escuderos camino de Portugal: negras sus armas, negras sus ropas y negros los arreos de su ágil y fuerte potro:

.....  
 Negro el escudo que abraza,  
 negro el peto que registra,  
 negra la lanza que enristra  
 y negro el yelmo que enlaza;  
 la visera trae calada  
 sobre la ceñida gola,  
 y negras plumas tremola  
 sobre la negra celada.  
 .....

Transparéntase en este gesto de María Guerrero, trágico, decidido, indiscutible, una voluntad capaz de las mayores heroicidades y de las más completas venganzas. Sólo una mujer con este gesto, digno de un héroe clásico y legendario, es resuelta á cabalgar un potro rebelde y nervioso y desafiar los peligros de la noche en la soledad de las carreteras interminables, y con sólo veinte escuderos entrar en tierra extraña en son de guerra, y á acometer la primera á dos mozos diestros en las armas y en las lides, y á traerse las cabezas de los Manzano, manando sangre aún, para depositarlas, ya heladas y exangües, espantosas y lividas, en la losa del sepulcro de sus hijos, los Monroyes, tal que siniestras y alucinantes flores de venganza...

Así, como la gran trágica en este retrato, debió

quedarse doña María *la Brava* ante los cuerpos muertos de sus hijos, cuando «doña María les ponía los ojos sin echar una lágrima, ni hacer ningún canto mujerial... y todos tomaban espanto de vella con tanto sosiego». Así debió ser doña María de Monroy. Así fué, á no dudarlo...

\*  
\* \*

Lector, la casa de doña María *la Brava*, sita en la plazuela de los Bandos, es poco interesante para los arqueólogos. Y yo no hubiese hablado de ella en este libro si el interés poético de estas piedras no fuese tan atrayente y tan grande, si tras estos viejos muros, santificados por la leyenda, no hubiera alentado un día aquel bravísimo ejemplo de madres castellanas, limpio espejo de las ferezas nobilísimas de nuestra raza heroica, aquella doña María de Monroy, «harto moza y hermosa», que aún nos conmueve á través de los siglos pasados y á través de los épicos romances, esos romances ingenuos y rudos que compone el pueblo en loor de sus glorias más arrogantes y castizas...



## SAN ESTEBAN

He aquí cómo un competente arqueólogo, tras hablarnos de muchas ruinas bellas y sugeridoras, describe este hermosísimo convento:

«Al fin, los ojos logran descansar de tanta devastación en una fábrica entera, grandiosa, esmeradamente conservada, en la suntuosa iglesia y convento de los dominicos, y, lo que es más, cuidada la una, habitado el otro por sus legítimos dueños. Antes que sus bellezas artísticas, reclaman la atención sus glorias, que son, en su mayor parte, más antiguas, pues su principio data del siglo XIII, y su actual construcción del XVI. San Juan *el Blanco* dió el primer albergue, en 1221, á los hijos del gran Guzmán, que, según tradición, visitó á Salamanca; su segunda morada, exenta ya de inundaciones, fué San Esteban, del cual tomaron posesión en 8 de Noviembre de 1256, y comunicó su nombre á la casa perennemente. Durante muchos años la parroquia continuó sirviendo de iglesia á los religiosos, y de este largo período no queda más memoria que la del entierro de Don Juan de Portugal, hijo del rey Don Pedro y de la malograda doña Inés de Castro, y una lápida funeral de cierto deán de Tor-

tosa, sepultado allí en 1314. El convento anterior al que hoy existe presenci6 las maravillas de San Vicente Ferrer, cuyas predicaciones atestigua una cruz de piedra en el contiguo cercado del monte Olivete; hosped6 en 1484 al gran Col6n; oy6 con respeto sus esperanzas sublimes, tratadas en cualquier otra parte de locura; vi6 6 los s6bios maestros de la Orden, no extra6os ya 6 las Matem6ticas, pendientes de los labios del entusiasta genov6s. A fray Diego de Deza y al convento de San Esteban debieron los Reyes Cat6licos las Indias, como escribía el descubridor; y este notable testimonio bien merecía ser al menos tan conocido como el desfigurado proceso de Galileo y servir de contrapeso siquiera 6 las inexhaustas declamaciones contra el obscurantismo clerical.

» Llegaba 6 su apogeo la reputaci6n científica de la m6s docta de las religiones en la m6s docta de las ciudades espa6olas, cuando uno de sus hijos, fray Juan de Toledo, de la ducal estirpe de Alba, obispo de C6rdoba y cardenal, quiso elevar al mismo nivel el esplendor material de aquella morada. En 30 de Junio de 1524 asent6se el primer cimiento de la soberbia construcci6n, que traz6 y empez6 Juan de Alava, compa6ero de Juan Gil de Honta6on en la f6brica de la catedral, y llev6 adelante Juan de Rivero Rada, continuador de la misma con Pedro Guti6rrez y Diego de Salcedo.

» Habiendo durado la obra hasta 1610, ocupando, seg6n datos, 6 cinco arquitectos, nueve pintores, seis escultores, veintid6s tallistas y ochocientos operarios, sin costar mucho m6s de un mill6n de reales, no habría que admirar la diversidad de sus estilos, aun cuando la 6poca no fuese de tan r6pida transici6n. La

gótica crestería de los dobles botareles que flanquean la nave y las capillas, harto más pura y gentil que la de la iglesia mayor, se combina sin disonancia con la rica fachada plateresca, y ésta con la jónica galería que sirve de atrio al convento; el majestuoso cimborrio cuadrado, con sus tres aberturas de medio punto en cada cara; los robustos estribos de la capilla mayor; el rojizo color de los sillares; el puente que por cima de una calle conduce á la entrada, costeadó, como el atrio, por el insigne teólogo fray Domingo Soto, y marcado con su divisa, completan la perspectiva exterior del monumento. Forma la portada una especie de retablo como son los del Renacimiento, plano, minucioso, cuajado de prolijas labores, buenas, sí, pero no extremadas en delicadeza. mostrando entre las pilastras del primer cuerpo cuatro estatuas de santos de la Orden, con sus doseletes, y cuatro de los doctores de la Iglesia entre las del segundo. Con posterioridad á las demás esculturas, á principios del siglo XVII, labró el milanés Juan Antonio Ceroni el gran relieve del martirio de San Esteban en el fondo del nicho colocado encima de la puerta; el centro del tercer cuerpo lo ocupa el Calvario, y otras figuras de santos los intermedios de sus abalaustradas columnas. Por los costados del gigantesco arco semicircular que abriga y sombrea toda esta linda joya, con su bóveda artesonada, corre la misma ornamentación de pilastras, imágenes y guardapolvos, ciñe su arranque el mismo primoroso friso que corona el segundo cuerpo, y en sus ángulos exteriores, desde el arranque hasta la cornisa, se reproducen en mayor escala las columnas del tercero, campeando en las enjutas los timbres episcopales del fundador. Nada hay allí desnudo y mezqui-

no, respecto de tanta magnificencia, sino el remate triangular y la espadaña.

»Nave espaciosísima, de excelentes proporciones, algo más ancha que la mayor de la catedral, y sólo un cuarto menos larga, seis bóvedas apuntadas formando vistosos pabellones, esmaltados de grandes clavos dorados, pilares bocelados, ventanas compuestas de tres medios puntos iguales con rosetón encima, en las cuales subsisten restos de brillantes vidrios de color; seis capillas de alta y gallarda ojiva á cada lado, y más allá de la reja divisoria el ancho crucero, la cuadrada cúpula, asentada sin pechinas, por cuyos triples ajimeces de estriadas columnas desciende copiosa la luz; la cuadrilonga y vasta capilla mayor, continuación de la expresada nave; tal es el conjunto que ofrece desde la puerta una de las más espléndidas imitaciones góticas del siglo XVI. Si lo deslucen el salomónico retablo de Churriguera, para cuya construcción hizo cortar el duque de Alba cuatro mil pinos mal empleados, engasta aún éste en sus nichos dos joyas de gran precio: en el principal, la bizantina efigie de Nuestra Señora de la Vega; en el de arriba, el célebre lienzo de la muerte del proto-mártir, última obra del insigne Claudio Coello. A los pies del templo se levanta sobre tres rebajadas bóvedas, el ancho coro, cuya sillería, de estriadas columnas, labró en 1651 Alfonso Balbas, á expensas de fray Francisco de Araujo, obispo de Segovia; cubre su testero el celebrado fresco de Antonio Palomino, que representa la apoteosis del santo Patriarca y las glorias inmortales de su Orden; y en el brazo izquierdo del crucero, sobre el altar de la Virgen del Rosario y en la capilla del Cristo de la Luz, aparecen otros frescos, pintados por su coetáneo Villamor. Las



capillas llevan techo de crucería y ventana gótica en el fondo; la de San Juan contiene una estatua tendida de D. Lope Fernández de la Paz, defensor de Rodas y baillío de Negroponto; á la de las reliquias han pasado, desde la bóveda construída debajo del altar, las cenizas del gran duque de Alba, D. Fernando, terror de Flandes y conquistador de Portugal, aguardando en vano, sea de sus sucesores, que tanto ilustró, sea de la Monarquía, que engrandeció tanto, un túmulo más decente que la mezquina arca que las encierra.

» Nose circunscriben al templo las grandes obras con que enriquecieron á San Esteban sus más insignes hijos. La sacristía, alta y magnífica, con sus tres bóvedas adornadas de casetones, con sus hornacinas revestidas de pontones y pilastras de orden corintio, con su cornisa un tanto barroca, la costeó fray Pedro de Herrera, obispo de Túy, cuya efigie arrodillada se ve en un nicho alto enfrente de su urna. La vasta sala capítular, flanqueada de pilastras dóricas, con un altar corintio en el testero y destinada á servir de enterramiento común, la hizo construir fray Iñigo de Brizuela, obispo de Segovia y después arzobispo de Cambray, en Flandes; ambas piezas las trazó, en 1626, Juan Moreno, ayudándole en la escultura Francisco Gallego y Antonio de Paz, mientras que Alfonso Sardiña cubría de medallones y relieves las galerías alta y baja del claustro y parte de la fachada, obteniendo, en cambio, un descansado retiro en su vejez y una honrada sepultura debajo del púlpito. No fué debida á ningún mitrado la suntuosa escalera colgante de arco atrevido, aristada bóveda y balaustrado antepecho, debajo de cuyo tramo superior resalta una hermosa Magdalena; un sim-

ple religioso la mandó hacer al mismo tiempo que la portería y el puente; aquel religioso, que fué lumbrera del Concilio tridentino, aquel fray Domingo Soto, de quien se decía en las escuelas *qui scit Sotum scit totum*, y que, sin epitafio, quiso humildemente enterrarse al pie del primer peldaño. Sus huellas, y la de su hermano Pedro, de Francisco Vitoria y de Melchor Cano, del maestro Gallo y de Diego de Chaves, ennoblecieron el reciente convento, en competencia con las glorias del antiguo, y bastarían para recomendar el claustro, aun cuando no fuese una de las bellas fábricas del Renacimiento. La crucería de sus ánditos es elegantísima; sutiles pilares estriados subdividen sus grandes arcos en cuatro ó tres hasta el arranque del medio punto, que cierran con poca gracia unos balaustres de piedra, y á cada arco bajo corresponden arriba dos, sostenidos por columnas platerescas, decorados por análogas labores en sus enjutos y barandilla, formando las alas del Museo últimamente instalado en su recinto. Con harta mayor pesadez se eleva en el centro del patio el templete, y á época algo más avanzada que el claustro pertenecen las portadas que desde él comunican á la inmensa estancia del *De profundis* y á la capilla de San Jacinto, propia de los nobles esposos Diego de Ávila y Beatriz de Carvajal.»

\*  
\* \*

Hasta aquí el distinguido arqueólogo, y allá él con sus afirmaciones. En cuanto á mi modo de ver, con ser tantas y tan indiscutibles las bellezas de este convento, ninguna iguala á la del color de sus muros. Es un color de oro viejo, como el de las monedas anti-

guas. En los crepúsculos, cuando el sol desmaya entre púrpuras, la luz del poniente incendia estas piedras maravillosas. Entonces empañanse de un tinte bermejo, como el resplandor de un incendio fantástico, como el rojo y tembloroso matiz de un fuego inexplicable. Las labradas figuras adquieren un prestigio milagroso. El martirio de San Esteban, que ilustra la gran fachada, parece entonces el martirio de un hombre vivo, lleno de dolor, de heroísmo y de sangre..

En esta hora, que unge y exalta una divina hechicería poética, es cuando yo suelo visitar el convento; atravieso el pintoresco puente que conduce á la lonja, y extrañome de no ver, en tan soberbia y castiza decoración, un nutrido grupo de pícaros mendigos bullendo y rezongando en derredor de algún robusto lego ocupado en repartirles la sopa boba. Algunos vienen en demandas de limosnas; pero más debieran venir, para mayor carácter de este hermosísimo lugar. Y si el lego—yo no he visto que tal haga ninguno, libreme Dios de temerarias afirmaciones—diese en correr tras las mozas y en retozarlas como aquellos ventrudos y jocundos legos de antaño, en el cuadro culminaría la perfección...

Ello es que, apenas llegado, hago sonar pausadamente la campana del portal, y á poco escucho unos pasos lejanos por el largo corredor, y ábrese la enrejada mirilla, y preguntan, y respondo, y hállome dentro, al fin. Solicito la presencia de un mi amigo de la Orden, el Padre Matías, formidable teólogo y filósofo eminente, y los blancos y flotantes hábitos del lego, entre las espesas sombras del pórtico, aléjanse de mi vista y bórranse casi para aparecer de nuevo más blancos aún, allá, al fondo del corredor, según el lego

atraviesa el hermoso patio donde agoniza el oro del atardecer...

En el ancho y alto pasillo, en los rincones, hacíanse trozos y restos de estatuas monumentales. Descabezado vese aquí el toro que ornara el puente romano, el que da entrada á la ciudad. Está inmortalizado este toro en uno de los más grandes modelos de nuestras novelas picarescas. ¿No recordáis *El lazarillo*? «Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada d'ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto, me dijo: «Lázaro, llega el oído á este toro, y oirás gran ruido dentro d'el.» Yo simplemente llegué, creyendo ser así, y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome: «Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.»

Mientras llega mi amigo el teólogo, yo, saliendo al patio, suelo aventurarme por el camino romántico de las evocaciones. Este convento de San Esteban préstase bien á ellas... Cristóbal Colón, el incomparable gallego—porque ya hemos casi acordado que en Galicia vió la luz primera quien acertó á descubrir nuevos mundos tras los mares remotos y desconocidos—, y en verdad que si no fué gallego mereció serlo por su inclinación á las grandes y peligrosas aventuras; San Vicente Ferrer, católico y enormísimo orador en cinco ó seis idiomas, compasivo y andariego, alto en pensamientos y puro de corazón; fray Domingo de Soto, interesantísima figura entre nuestros místicos, de quien también pudiera decir aquel formidable clérigo de la

diócesis de Calahorra, el grande Gonzalo de Berceo, como dijo de Santo Domingo de Silos:

Manso é avenido, sabroso compañero,  
Humillóse en fechos, en dichos verdadero.

Y acaso, ya que fray Domingo de Soto fué entregado á las espiritualizantes reflexiones religiosas, pudieran agregarse estos otros versos del mismo poeta:

Señor Santo Domingo, leal escapulado,  
Andaba en la orden como bien ordenado,  
Los ojos oprimidos, el capiello tirado,  
La color amariella, como omne lazrado...

Juan de Portugal, enterrado aquí, hijo del rey don Pedro, de aquel rey enamorado y vengativo que hizo sacar el corazón por el pecho á uno de los asesinos de su segunda esposa, Inés de Castro, y á otro el corazón por la espalda; aquel rey galán que repartió su amor entre sus dos esposas, Constanza é Inés, y que quizás amó á las dos á un tiempo mismo, cuando, viva Constanza todavía—aquella dulce Constanza apasionada y melancólica que tan bellos versos ha inspirado al portugués Eugenio de Castro—, pasaba de sus brazos puros y hermosos á los bellos y adúlteros de Inés, que recogíanle ya un poco rendidos en batallas de amor y excitábanle, sabios y alucinantes, á nuevas y más sabrosas victorias...

Y así, de evocación en evocación, mientras las primeras sombras de la tarde van arrinconándose, como dormidas, en los ángulos de este patio, suelo esperar la llegada de mi amigo el filósofo. Cuando la blanca

silueta de sus hábitos me le anuncia, acostumbro llegarle á él y suplicarle que vayamos al otro patio, al de clausura... Es verdaderamente estupendo, y es verdaderamente extraño. Alfombrado de musgo, lleno de desolación y de abandono, se envuelve en un silencio indescriptible, que parece que zumba... Mi amigo el sabio dominico, habla pausada y profundamente de las cosas más transcendentales, y este patio de maravilla es bien propicio á consagrarse en él á la rumia de los grandes arcanos, al cilicio de las graves y dolorosas meditaciones...

## LA CASA DEL COMUNERO MALDONADO

La torpe y oligárquica política autorizada en España por un rey extranjero, antojadizo y sanguinario; la decidida protección de un monarca á los muchos y tiránicos flamencos que en son de hipócrita conquista aposentáronse en nuestras tierras, y su vejatorio desvío hacia los nobilísimos castellanos, de quienes no comprendía ni el idioma, sublevaron el espíritu poco sufrido de los hombres de estas épicas llanuras de Castilla, más dado al ímpetu marcial que á la paciencia cobarde, y antes inclinado á la dureza de la guerra que á la blandura de la resignación. En Toledo, en Segovia, en Salamanca, en Guadalajara, en Valladolid, en Madrid, en Zamora, culminó sangriento y arrogante el antagonismo entre los castellanos bravos y resueltos, y el ambicioso y absorbente poder real, extranjero y despótico.

En sus principios, uniéronse los nobles al pueblo en aquella sublevación hermosísima y memorable. Ya en las postrimerías, fué únicamente el pueblo, heroico, tozudo, abnegadísimo, el que sostuvo el grito rugiente y bélico, enarbolando, con bien gallarda fiereza, el altivo pendón morado de aquellos comuneros gloriosos ..

Haro sacudió el yugo de su conde; Nájera, el de su duque, y Dueñas se apartó del vasallaje del conde de Tendilla. Poco á poco, pero sin decaer un momento su bravura, quedóse solo el pueblo...

Castilla entera, erizada de revueltas y motines, empapábase en la hirviente y roja sangre de sus hijos. En Segovia ahorcaban alguaciles y arrastraban procuradores. En Burgos entregaban los regidores sus varas simbólicas, mirando de no dejarse la vida con ellas, y el pueblo agrupábase en derredor de D. Pedro Osorio, hermano del arzobispo D. Pedro de Acuña, que á su vez capitaneaba las bravías huestes de Zamora. Los decididos toledanos proclamaron jefe á Juan Padilla, caballero mozo, valerosísimo, regidor de la ciudad y muy querido en ella. Simultáneamente era en Segovia erigido cabeza de motín Juan Bravo, esforzado como un héroe fabuloso, y Francisco Maldonado en Salamanca, á quien adoraban los aguerridos y leales salamanquinos, hombre de fuerte corazón, temerario y resuelto.

Apenas hubo sendero en Castilla que no se estremeciera bajo las plantas rudas de los amotinados, aulladores de ira, llenos de bélico entusiasmo, fiados en la justicia de su causa y en el empuje de sus armas centelleantes, donde los ígneos relámpagos de luz eran como apóstrofes de sol... El oro de los trigos castellanos tornóse bermejo de distancia en distancia. Grandes manchas sangrientas, tal que amapolas enormes, rompían el tono geórgico y dorado de los trigales... ¡Sangre de sacrificio, sangre de leales y de valientes, que prefirió á envilecerse regar los mullidos surcos de la tierra, y empaparse con un estremecimiento de amor en las entrañas maternas y fecundas de Castilla!..



Los comuneros, brutalmente heridos en lo más hondo de sus intereses y de su dignidad, incendiaban implacables y desesperados, y peleaban como enfurecidos leones. Devolvían crueldad por crueldad, dolor por dolor, y zarpazo por zarpazo. Nada les intimidaba ni les contenía. Seguros de batallar por un ideal sacratísimo, los peligros enardecíanles hasta una exaltación hermosa y trágica, y salían de los tremendos descalabros con el ánimo más embravecido y más resuelta la voluntad.

Las crueles asechanzas que sufrieron—por elementos extraños al principio, unidos después á la nobleza española, que colocóse al lado del rey—no quebrantaron un punto su arrogancia y su gallardía. Ellos luchaban por España, contra los que irrumpieron en ella halagados por la protección de un rey extranjero, y la santidad de su causa nobilísima teníales caldeado el ánimo en el fuego de la rebeldía hidalga y de la varonil indignación.

No todos los castellanos, para mengua y baldón suyos, fueron leales y francos con los comuneros. Los hubo cobardes, como Luis Carrillo de Albornoz—á quien, con una entereza digna de mejor causa, vengó su mujer, Inés de Barrientos, invitando á una cena á los jefes principales de los sublevados y haciéndoles asesinar á puñaladas después—, y los hubo traidores, como Pedro Girón, que los vendió á los contrarios por modo repugnante y alevoso.

Nada, sin embargo, refrenó los ímpetus y los bríos de aquellos heroicos castellanos. Todo lo que significaba pueblo sano y sufrido luchaba á una y denodadamente contra el absurdo y la tiranía. Hasta los clérigos luchaban con encarnizamiento, seguros de servir

la justicia de Dios, y de uno cuentan las crónicas contemporáneas—cuando el conde de Haro asaltó la plaza de Tordesillas, donde hallábase presa la infeliz doña Juana, muy partidaria de los comuneros, y en el épico instante que los del pueblo, queriendo emular á los de Medina del Campo, preferían morir abrasados entre las llamas antes que entregar la plaza á los enemigos—, de un clérigo cuentan las crónicas, repito, «que de lo alto de la muralla y á cuerpo descubierto manejaba con tan singular tino su arma, que de once tiros derribó once soldados, siendo el donaire que los santiguaba con la escopeta antes de matarlos con la pelota».

La rebeldía de los comuneros fué como un ronco grito de arrogante y valiente liberación contra los extraños y despóticos yugos, como una renunciación generosa de la vida en bien de la independencia de la patria, como un sublime derramamiento de la sangre de los hijos para restañar con ella las heridas de la madre; fué tal que un vibrante clarín mañanero anunciando á lo ancho de los llanos de Castilla un amanecer fragante y luminoso, presidido por una roja aurora de triunfo, sin verdugos y sin opresores.

Fueron los comuneros como sacerdotes de una bélica misa de amor á Castilla, y su morado y orgulloso pendón, tan desdichado, dijérase un cáliz labrado por la ira hidalga y santa, lleno de sangre hirviente, heroica y leal...

Hubo en ellos, y esa fué la causa de su derrota, falta de unidad en la organización; hubo imprevisiones y errores; podrá tachárseles de malos estrategas, podrá tildárseles de excesivamente confiados; pero es fuerza admirarles siempre, y es fuerza bendecirles; porque el valor, la arrogancia, la justicia, la gentileza, el co-

raje, culminaron entre sus gallardas huestes como penachos de oro, de heroísmo, de gloria y de luz...

Todo aquello tan grande, tan castellano, tan hermoso—tras hartos incidentes y peripecias, tras muchas victorias y frecuentes descalabros—, sepultóse en fracaso y en derrota una mañana espantosa y horrible, de recia ventisca y de fortísima lluvia, en que desde el cielo, preñado de nubes pardas, parecían caer maldiciones sobre la tierra, y en que el ventarrón, que gemía á través de la llanura, rizando las turbias aguas en los fanganosos caminos, declamaba iracundo, con acentos broncos y macabros; la elegía de aquella irreparable desventura...

A tres leguas de Torrelobatón, cerca de Villalar, en el camino de Toro, el glorioso pendón morado quedó maltrecho y vencido, traicionado por algunos, abandonado de los más, defendido por media docena de leones castellanos, que aún querían recogerlo del barro y de la ignominia, y erguirlo bien en alto, con toda su antigua y fiera altivez, arrebatándoselo á los soldados del ejército real...

Dios no lo quiso así, y los comuneros fueron vencidos, y hechos prisioneros Padilla, Bravo y Maldonado, tres altos y resplandecientes orgullos de nuestra historia y de nuestra raza.

He aquí, por último, cómo narra un distinguido cronista aquellos postreros instantes de lucha y de gloria: «Padilla se condujo como buen soldado. «No permita Dios — exclamó — que digan en Toledo ni en Valladolid las mujeres, que traje sus hijos y sus esposos á la matanza, y que después me salvé huyendo», y diciendo esto arremetió con sólo cinco escuderos de su casa contra el escuadrón imperial, al grito de

*¡Santiago y libertad!* Peleó con heroica bravura, hasta que fué herido en una corva por un caballero llamado D. Alfonso de la Cueva, al cual se rindió. Otro caballero, llamado Ulloa, al saber que el rendido era Padilla, le hirió en el rostro de una cuchillada, ensangrenándolo. También quedaron prisioneros Juan Bravo y Francisco Maldonado, abandonados de sus tropas. Los imperiales acuchillaban sin piedad á los fugitivos, robándoles, al extremo de dejarles en cueros. Al mismo Padilla le quitaron una rica ropilla de brocado que llevaba. Los capitanes fueron conducidos al castillo de Villalba, propiedad del cobarde Ulloa, y á la mañana siguiente los trasladaron á Villalar para juzgarlos y sentenciarlos. Se les condenó á ser degollados y confiscados sus bienes y oficios como traidores al rey. Bravo y Maldonado recibieron la sentencia con exclamaciones de cólera; Padilla con serenidad imperturbable. Confesáronse los tres, y Padilla escribió dos cartas célebres: una á la ciudad de Toledo, y otra á su esposa, doña María. Los tres marcharon al suplicio montados en mulas, cubiertos de negro. En la carrera gritaba el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer S. M. y los gobernadores, en su nombre, á estos caballeros, mandándolos degollar por traidores.» Oyéndolo Juan Bravo, gritó, enfurecido: «¡Mientes, tú y quien te lo mandó decir; traidores, no; más celosos del bien público y defensores de la libertad del reino.» A lo que dijo Padilla: «Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.» Bravo guardó silencio, y al llegar á la plaza dijo al verdugo: «Degüéllame á mí primero, por que no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.»

Y el verdugo hizo su repugnante oficio... Así, orgullosos y serenos, arrogantisimos hasta el instante último, murieron los tres heroicos comuneros, poniendo, con su sangre leal y generosa, los tres mejores rubies en la áurea corona de Castilla...

\*  
\*\*

Lector: ven conmigo por esta castiza y evocadora calle de la Compañía. No te detengas demasiado en la contemplación sabrosa de sus rejas, de sus escudos y de sus zaguanes, y echa el paso largo y resuelto, que quiero llevarte agrudo á la estupenda plazuela donde yérguense, sagrados y bellisimos, los muros, un poco ruinosos ya, de la parroquia de San Benito.

... Ya estamos en ella. Rodea de mi brazo la iglesia y encárate con esta casa pequeña y armónica, vieja y dorada, que muéstranos su portalada típica y sus escudos hidalgos... Descúbrete con emoción, lector. De aquí salió un día, bien armado y garrido, lleno de bravura y de ideal, soñando con libertar su noble pueblo de Castilla, D. Francisco Maldonado, dueño de esta casa gloriosa. Salió entre las aclamaciones de los valientes comuneros, que erigiéronle por su capitán. Salió gallardo y sereno, jugándoselo todo en la aventura, y tan leal y desengañadamente jugóse la vida en el embite, que no tornó jamás—honra y prez á su memoria—á posar sus plantas en esta plazuela, cuyas piedras no han vuelto á resonar bajo la gallardía y gentileza del firme andar de D. Francisco; ni jamás volvió—goce de Dios su ánima—á penetrar en esta portalada solariega y típica, bajo estos dinteles rojizos y vetustos...



## CLARO DE LUNA

Unos amigos míos han pasado en Salamanca tres ó cuatro días. Mis amigos, que son extranjeros, no han descansado un punto, ocupados en conocer cuanto de notable encierra la ciudad. Atropelladamente, he procurado enseñárselo todo. Principiamos por los monumentos románicos: La catedral vieja, San Marcos, San Justo, San Cristóbal, San Martín.. Seguimos por los ojivales: La catedral nueva, San Esteban, Las Ursulas, Sancti Spiritus, San Benito... Continuamos por los platerescos: Universidad, Escuelas Menores, casas del Arzobispo, de la Salina, de las Conchas, de las Muertes, palacio de Monterrey... Y terminamos por los grecorromanos: Convento de las Agustinas Recoletas, de la Compañía, Plaza Mayor, Colegio de San Bartolomé...

Hágote gracia, lector, de citar todos los monumentos que hemos visitado en estos días, porque ello fuera el cuento de nunca acabar. He citado algunos entre los más principales, y no todos tienen su particular elogio en estas impresiones—ya que la naturaleza de estos artículos no lo consentiría—, y bien me duelo de ello porque todos sobradamente lo merecen, y algunos, como San Benito, las Agustinas, el convento de la

Compañía, la casa del Arzobispo, la Plaza Mayor y el palacio de Monterrey, lo están demandando á voces.

Pero volvamos á mis amigos, los extranjeros. Ella es una mujer rubia y ensoñadora, deliciosamente romántica y extraordinariamente interesante. Es de una gran elegancia, de una charla llena de incoherencias y de una insaciable curiosidad. Es todavía joven y todavía bella. Sus dientes, cuando ella ríe, muéstranse frescos y blanquísimos, prometedores de honradas delicias pasionales. Brilla en sus ojos el ensueño como una alucinación sentimental... El es un craso y bonísimo burgués. Cediendo á los ruegos zalameros de su esposa—que tiene de España una visión recogida en los libros de Próspero Merimée y en las novelas de Fernández y González—, decidióse á hacer un viaje por nuestras tierras. Andalucía, que á su mujer la ha enloquecido de fiebre, de manzanilla, de claveles y de sangre, á él no le ha interesado. Barcelona, sí. Y del Norte, San Sebastián. Como ves, lector, mi amigo es un pobre hombre, incapaz de comprender el alma múltiple de las bellas leyendas antañonas... Aguarda impaciente el instante de montar en el tren de regreso y tornarse á su provincia del Norte de Francia, donde vive orondo y feliz, regenteando una importante fábrica de galletas. Eso es lo que conoce bien en el mundo: El Norte de Francia; es decir, su industria, porque de las divinas catedrales góticas, que son como la aristocracia de aquellas regiones, ni una conoce por casualidad.

Yo no comprendo cómo mi amiga, tan apetecible, se ha casado con un hombre tan basto. Pero, señor, ¿por qué las mujeres más bellas suelen casarse con los hombres más absurdos?



La risa sabia y zumbona de D. Francisco de Quedo suena en mi imaginación, á través de la letrilla famosa:

Poderoso caballero  
es don Dinero.

De noche, principalmente, es cuando mi atrayente amiga gusta de corretear por estas callejas típicas y por estas rinconadas evocadoras. Apenas el incendio postrero del crepúsculo—oro y púrpura—va envolviendo á la ciudad en unas sombras misteriosas y flotantes, propicias á la exhumación espiritual de las viejas y bravas leyendas, mi amiga, llena de curiosidad y de emoción, échase á divagar por estas barriadas bellísimas. Gruñón y zaguero, suele seguirnos el craso y opulento fabricante de galletas.

Atravesando el puente romano hemos ido al arrabal donde los gitanos viven, y mi amiga, segura de que todas las gitanas se llamaban Carmen, me ha preguntado si alguna había enloquecido á un soldado hasta el punto de obligarle á matar á un teniente, y si luego ingresó el soldado en la gitanería, y si el ex militar robó y dió muerte en riña á otros gitanos, y si yo creo que la tal, sabia en brujerías y gran componedora de hechiceros bebedizos, ha de morir á manos de su amante de dos certeras puñaladas...

He cometido la torpeza de explicarla cuán lejos estaba todo eso de la realidad, y mi amiga se ha sentido muy decepcionada. Las mujeres le han parecido muy cimbreadas y muy bellas, y los hombres muy gallardos. Pero, cuando menos, mi amiga esperaba que los más aguerridos se disputasen, cuchillo en mano y cada

media hora, el amor y la sonrisa de una mujer. Y que ella, la gitana por quien riñesen, entrometiérase en la pelea y empapara la seda grana de su mantón en la sangre de las heridas de sus enamorados, y al vencido—tras aliviarle en el primer momento—le abrumase con una nigromántica maldición, y al vencedor—tras colgársele del cuello y besarle febrilmente en la boca—le entregase apasionadísima un sangriento clavel ígneo y oloroso, un clavel que antes hubiérase abrasado de celos y de lujuria sobre el pecho bravío de la hembra...

De vuelta en la ciudad, el patio del colegio de los Nobles Irlandeses, con sus escaleras señoriales, sus elegantísimas arcadas y sus hermosos antepechos—obra de grande encanto, por la que su autor, el escultor Alonso Berruguete, merece un lugar entre los inmortales—ha llenado el novelero espíritu de mi amiga de una emoción sabrosa.

En la plazuela donde asiéntase la inquietante parroquia de San Benito—ya noche cerrada, cerca de estas callejuelas revueltas y oscuras, frente á estas casas hidalgas y sombrías llenas de fuertes rejas y de viejos escudos—, mi amiga se ha cogido nerviosamente de mi brazo, un poco trémula, un poco pálida, y me ha confesado que su terror era delicioso, pero invencible.

Me he creído obligado á decir precipitada y cortésmente algunas frases arrogantes y galantes que rima-  
ran bien con el carácter del lugar y con la emoción de mi amiga.

—Vais con un español, señora—la he dicho, sonriendo—, y jamás esta rinconada donde nos hallamos ha visto temblar á un caballero de mi raza.

—Usted no temblará; pero yo... ha respondido, seductora y tímida.

—Menos debéis temblar, señora—he añadido, lamentando no tener el continente de un capitán de los tercios—. Cuando yo no tiemblo es que podrá existir algún grave riesgo para mi persona, pero nunca para la vuestra encontrándoos á mi lado. Sólo por usted temblaría.

Mi amiga, serenándose, ha clavado en mí su mirada azul, llena de una gratitud sin límites. Ya más tranquila, me ha comunicado su extrañeza por no sorprender, en este sitio y á esta hora, raptos y desafíos y cuchilladas. No se explica cómo no llegan hasta nosotros los ayes de algún moribundo, y cómo sobre el agonizante no se inclina la figura de su adversario, tocado de un gran chambergo y embozado en una capa roja, dándole á besar la cruz de los gavilanes de su espada, sangrienta hasta la afiligranada taza de su empuñadura... No se explica cómo, ante nosotros, no aparecen y desaparecen unos fugitivos enmascarados, llevando prisionera á una bella mujer, por encargo de un Don Juan ó un Don Félix, las dagas desnudas, sonoras las espuelas, ondulantes las plumas desmayadas, mientras los alguaciles de la ronda juran y jadean y corren en su seguimiento, centelleantes las armas al resplandor de las linternas, que todo lo demás dejan en sombra...

Frente al palacio de Monterrey, la fantasía de mi amiga ha llegado á su exaltación máxima. La luna tornaba de plata la calada y maravillosa crestería, y temblaba en los calados peregrinos de sus chimeneas. Monterrey, bajo la luna, es algo extraordinariamente bello, lleno de misterio y de emoción. Parece que han de habitarlo las hadas ó las brujas. Parece mansión de

héroes, de encantadores ó de enamorados. Y diríase que un eco baja de lo alto, de sus largos y desiertos corredores, que es como un rumor de besos apasionados y clandestinos, como el rebotar de bravas espadas contra viejas armaduras, ó como misteriosos y espe-luznantes estertores de agonía...

—¡Cuánto amo á España!—ha repetido mi amiga muchas veces—. ¡La España de Carmen, de Men Rodríguez de Sanabria y de la Inquisición! ¿Y usted ama á Francia?—me ha preguntado.

—Yo amo intensamente á Francia—la he respondido—. La amo por ser la patria de Corneille, de Cyrano y de la Bastilla, y, sobre todo, por ser, señora, vuestra tierra.

\*  
\*\*

Esta noche se marchará mi amiga. Para despedirla digna y poéticamente hemos proyectado una cena en el huerto de Fray Luis de León. Allí hemos pasado la tarde, una tarde inolvidable y fragante, en la que no todo ha sido misticismo, como debiera, porque la alucinación que brilla en los ojos de mi amiga no me ha permitido pensar demasiado en el alma, según iba recitándoles la canción de la «Vida de campo»...

En el ancho mar del cielo, encalmado y azul, se han encendido algunas estrellas rojas, áureas, verdes, como pequeños faros de salvación y de esperanza... A ras de tierra ha surgido, bermejo y luminoso, parte del disco romántico de la luna... Lentamente, ha ido ascendiendo hasta mostrarse entero, redondo... Hase tornado blanco y casto, dejando de enrojecer los trigales, plateándoles, y, al fin, ha bogado hacia la altura, esca-

landola poco á poco, como meciéndose en el sereno infinito azul, tal que una embarcación lírica y milagrosa...

Es la hora del regreso Van mis amigos en abierto carruaje. Yo les escolto á caballo. Ha cerrado la noche. Murmura broncamente el Tormes, y las alamedas, en los claros de luna, espejan su esbeltez en la corriente... Ruedan carros lejanos. Tiembla un rumor de esquilas por la llanura. Ladran los perros vigilantes, encerrados en los corrales espaciosos, y otros ladran en los caminos... Mi amiga siente miedo, un miedo supersticioso que apenas la permite hablar. La obscuridad de la noche, los ruidos lejanos y el desamparo de la carretera, la han llenado de terror... Cree que de un momento á otro han de aparecer—irguiéndose fieros en las cunetas, donde acechaban escondidos, ó saltando desde algún sendero hasta los estribos del carruaje—, unos bandidos invencibles y legendarios, armados de anchas navajas y de trabucos naranjeros...

Hasta el largo puño de níquel de mi látigo de montar, confiesa mi amiga que la parece un arma alucinante, un arma horrible que acecha corazones y gargantas entre las sombras y el silencio de la noche...

La tranquilizo con una fanfarronada pintoresca. El marido va medio dormido. Creo que ronca de vez en cuando...

Una aceña... Una granja .. Una alquería... «La Flecha»... «Casablanca»... «Quitapesares»... Mesones... Farolillos... Bien. Ya estamos en la ciudad.

De aquí á poco, tras los cumplimientos de rúbrica y tras un efusivo apretón de manos que sella nuestro

bonísimo y lealísimo afecto, mis amigos entran en el vagón de un sudexpres...

Silbidos. Humareda. Lumbre. Estrépito de hierro. Y el sudexpres se pierde entre las sombras, camino adelante...

Yo, desde la parte de afuera, tras el vallado, refreno al potro, que se espanta y pienso con tristeza en esta mujer tan imaginativa y tan atrayente, en esta gran amadora de España que tiene de nosotros una idea tan bella y que tiene un marido tan absurdo...

Ya de vuelta, la verja del jardín de mi casa me ofrece comodidad y reposo. Pero paso de largo. Quiero internarme en las callejuelas de la ciudad que tanto sobresaltaron á mi encantadora amiga... Contra las guijas del empedrado chocan los cascotes de mi potro con un ritmo sonoro y marcial.. Al cruzar frente á las viejas iglesias parece que retumban las pisadas bajo las altas bóvedas, á lo largo de las naves desiertas...

La crestería de Monterrey refulge plateada por esta luz lunar—¿besos?... ¿espadas?... ¿ayes?..

Llego al parque de San Francisco. Hay una algarabía de ruiseñores en las copas de los árboles. Hay recatadas parejas de enamorados. Hay aroma de acacias...

Llega al alma—llenándola de ansias de amor, en esta noche primaveral, como un claro de luna, el mismo claro de luna que platea estas piedras gloriosas... Pero estas piedras gloriosas desaparecerán algún día, pese á su orgullo, y el amor en nuestras almas no desaparecerá nunca, pese á nuestra insignificancia...

Transcurrirán los siglos. Estos muros vendránse abajo. Acaso ni memoria quede de ellos. Pero vendrán

otras primaveras, y volverán otros ruiseñores á cantar en las copas de otros árboles, y esparcerán su fragante aliento otras acacias, y vagarán, recatándose entre la umbría propicia y rumberosa, las figuras de otros enamorados, llenos de esperanza y de juventud...





## AL LECTOR, EN VOZ ALTA

Lector: el libro que acabas de leer—si realmente te has echado al coleteo, página sobre página, todas las de la prosa de este volumen—no aspira á ser el libro de Salamanca. Cincuenta libros tales, aún no comprenderían por completo la historia de este pueblo maravilloso, ni toda la belleza que enciérrase en sus piedras viejas y doradas, tan rezumantes de altísima poesía, sugeridoras—sean por ello bendecidas—de tantas esplendorosas glorias pasadas.

Sobre que yo no tengo condiciones de historiador, ni de arqueólogo, de esta Salamanca prócer ha escrito ya largo y tendido. Mejor cortadas plumas que esta modestísima mía, hicieron el elogio de esta ciudad vetusta, silenciosa y áurea, en miles y miles de páginas imperecederas. Yo tuve curiosidad de hojear algunas. Supliqué á D. Miguel de Unamuno y á otros amigos míos que me enviasen libros sobre este particular, y, entre todos, enviáronme tal montón de ellos que no fuera capaz á saltarle el más ligero galgo.

He renunciado, pues, á eso que los pedantes llaman «documentarse», y he terminado, como Dios me dió á entender, estas impresiones volanderas, rápidas, que no aspiran—ya te lo he dicho—á ser la fotografía

material y espiritual de Salamanca, y que no esconden ninguna vanidosa soberbia ni la menor aspiración crítica.

Desde la fundación de Salamanca entre los pueblos vettones, de raza indígena; desde su conquista por Anibal—en cuya ocasión hizose patente el heroísmo, verdaderamente épico, de las mujeres salmantinas—; desde su invasión y cautiverio por los árabes, y su rescate por Ordoño I, y aun—en tiempos más conocidos, en 1098—desde la repoblación de Salamanca, por el conde D. Ramón de Borgoña, que le concedió los primeros fueros, hasta los actuales años que corren, la historia de la ciudad es tan interesante, revuelta, fecunda y accidentada, que ella sola diera estambre suficiente para que, años y más años, no hiciera yo si no tejer sus descabros y sus glorias en mi humilde telar literario.

Además, la historia de Salamanca está escrita cien veces, y uno de sus últimos historiadores, el Sr. Villar y Macías, escribióla con tan apasionada minuciosidad, que de él se cuenta que, habiéndole demostrado el publicista Juan Barco el error de una fecha, de una sola fecha, nuestro buen hombre, lleno de una pesadumbre que le devoró el seso, fuése al otro día, de mañana, á la ribera del Tormes y arrojóse al río por lo más hondo... Puede decirse que finó allí, por manera tan trágica, el historiador más escrupuloso que vieron los siglos. ¡Paz á su memoria, y siempre consérvennos los cielos esta mediana despreocupación que sentimos nosotros porque un hecho célebre, un episodio culminante, ocurriera unos años antes ó acaeciese unos años después.

Te repito, lector—tras confesarme incapaz de tal

celo histórico —, que yo no he dedicado mi vida á este orden de especulaciones. El libro que tienes delante no es de un hombre consagrado á la rigorista investigación histórica, ni á los graves conocimientos arqueológicos. Es el de un ingenuo poeta enamorado—fervorosamente, eso sí—, de esta ciudad gloriosa y de este campo bellissimo. En ella he vivido lo mejor de mi juventud, y la parte de juventud que no he dado al amor de las mujeres la he dedicado, entera, al amor de Salamanca. Ha sido, para mí, como una novia más; la más querida, tal vez. .

No creas, sin embargo, que en esta recopilación se ha despreciado del todo la Historia y la Arqueología. He procurado ceñirme cuanto he podido á la verdad. Y si la vieses quebrantada en algún punto, no me culpes á mí, y encárate, todo lo airadamente que te plazca, con los sesudos hombres de ciencia que he consultado, una y mil veces, según iba escribiendo este libro, y muy en particular con los ilustres Quadrado y Falcón, cuyas obras he tenido con harta frecuencia delante de mis ojos.

Lo que quiero decirte es que yo he puesto toda mi emoción, todo el calor de mi alma, en la parte lírica, en el contenido poético de estas páginas. Un efecto de luna sobre el cimborrio de la catedral vieja me ha sugerido y conmovido más que saber quién fuese el primer tonsurado que dijo misa en ella, bajo sus fortísimas bóvedas resonantes...

Con amor, con mucho amor, se ha escrito este libro. Llevo á Salamanca metida en el corazón. Lloro sus actuales desdichas como si fuèsen propias, y estreméceme de orgullo el recuerdo de sus grandezas antañoas, como el recuerdo de las propias grandezas.

En mis solitarios paseos noherniegos por esta ciudad incomparable, quisiera — como te digo en la primera página — rimar á cada piedra una elegía, y á cada reja un madrigal...

... Es noche de primavera. De los llanos tendidos, ondulantes — explosión de un vigor nuevo —, llega hasta las calles vetustas y retorcidas — remanso de los siglos —, un aroma de vida fuerte y fecunda... Va la noche vencida; viene una claridad por Oriente, y cantan los gallos á la claridad de la aurora... En los surcos triunfa el verde lozano de los trigales, esperanza de abundantes cosechas...

También, para la vida ciudadana, florece una milagrosa primavera á la sazón. El más brillante esplendor que aureoló en resplandores de triunfo deslumbrantes y dorados á la ciudad vieja — sus glorias universitarias — tiene ahora, después de tantos años de sombra, como un claro renacer glorioso.

Tal que agrupáronse antaño alrededor de aquel formidable manchego fray Luis de León los más doctos profesores de la época, agrúpanse hoy, alrededor de este formidable bilbaino D. Miguel de Unamuno, unos cuantos hombres de gran prestigio, verdaderos orgullos científicos en sus respectivas especialidades: Pedro Dorado Montero, el más enorme criminalista contemporáneo, quizás; Enrique Noguerras, médico que en plena juventud es ya un prestigio nacional, hombre infinitamente bueno y extraordinariamente sabio; Casimiro Población, igualmente joven aún y ya ilustre y muy prestigioso tocólogo; Juan D. Berrueto, autorizado matemático y grada, hondo y fuerte escritor; Tomás Elorrieta, tan gran orador como conocedor profundo del Derecho político universal; Fran-

cisco Bernis, eminentísimo hacendista; Angel Apraiz, Manuel Bedmar, Salvador Cuesta, Rodríguez Miguel...

¿Quién no conoce y respeta sus nombres? Cuantos siguen en España, y respecto de algunos de los citados fuera de ella también, con seriedad y con reposo, el pensamiento cultural y científico, sienten hacia ellos una íntima y lealísima estimación.

Y esto quería decirte en voz alta, lector: Salamanca renace...



## ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
SEÑOR DON SANTIAGO ALBA.....	5
Salamanca, por <i>Miguel de Unamuno</i> .....	7
Á Salamanca, por <i>G. Martínez Sierra</i> ..	11
Salamanca, ¡madre nuestra!, por <i>Salvador Rueda</i> .	13
Á Salamanca, por <i>Eduardo Marquina</i> .....	15
Salamanca, por <i>Francisco Villaespesa</i> .....	19
Á MANERA DE PREFACIO.—Salamanca.—Castilla. —La civilización y el sentimiento.—El alma del paisaje castellano.—El oratorio y el huerto de fray Luis.—Canción de esperanza.....	21

### PRIMERA PARTE

#### DICE LA VOZ DE LAS PIEDRAS...

La Universidad.—Tarde de domingo.....	37
La Catedral vieja.....	55
La <i>Casa de las Conchas</i> .....	69
La Casa de las Muertes.....	77
La vieja barriada.....	87
La casa de Santa Teresa.....	91
La <i>Casa de la Salina</i> .....	99

## SEGUNDA PARTE

## DE LA TIERRA Y DE LOS HOMBRES

Estos, Fabio, ¡ay dolor!.....	107
Bonanzas tardías.....	119
Correr los gallos.....	125
Las onzas del sacristán.....	131
Profanación.....	139
De la vida cruda.....	147
Segadores.....	153
En el mesón.....	159
Alma de antaño.....	169
Los pobres que lloran en los entierros.....	175

## TERCERA PARTE

## SALAMANCA DORADA

La Catedral nueva.....	181
El barrio de Calisto y Melibea.....	193
La casa de Doña María la Brava.....	205
San Esteban.....	219
La casa del comunero Maldonado.....	229
Claro de luna.....	237
Al lector, en voz alta.....	247



# OBRAS DE ALBERTO VALERO MARTÍN

## PUBLICADAS

### Verso.

Ninón.

Campo y hogar.

### Prosa.

Los perros de la alquería.

Salamanca.

La moza del mesón.

### Teatro.

Más allá de la muerte. (Tragedia en un acto, estrenada por Enrique Borrás.)

Castilla madre. (Poema rústico en un acto.)

## PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Andariegas. (Poesías.)

Un crimen pasional. (Novelas.)

La querida. (Novelas.)







**3 PESETAS**

Imp. J. Pueyo.—Madrid.

A. VALERO

MARTÍN



CASTILLA

MADRE

SALAMANCA